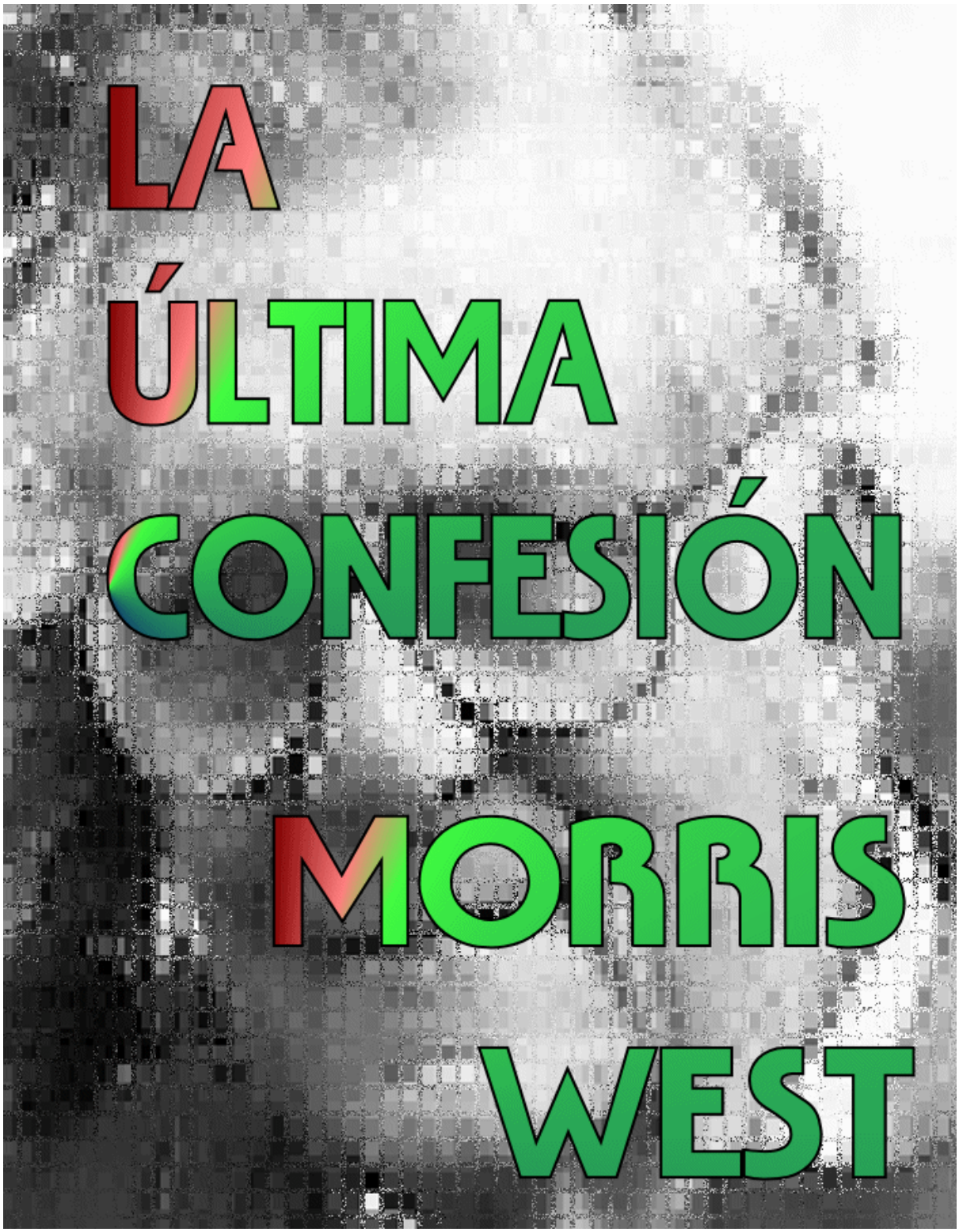
LIBRO dot.com

LA ÚTIMA CONFESIÓN
MORRIS WEST



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Agradezco de todo corazón a Thomas Keneally por su generosa y espléndida introducción, a Angelo Loukakis por su nota del editor y a Beryl Barraclough por su contribución al epílogo, así corno por su ayuda en muchos otros aspectos. Todos ellos han hecho posible la publicación de este libro.

Joy WesT

Prólogo

Cuando llegué a Londres por primera vez en 1970, como un joven escritor de los confines de la Tierra que hacía la visita obligada al que entonces era el centro del mundo literario, descubrí que allí había un australiano que había llegado antes que yo. Su nombre estaba en letras de molde en el West End, fuera del teatro donde se representaba su pieza El hereje. Habiendo sabido por sus primeros libros que estaba interesado en las anomalías de la fe, en la cuestión de dónde había, dentro de los legalísimos de la Iglesia, un lugar para la trascendencia, la alegría y la exuberancia del pensamiento, no me sorprendió enterarme que la pieza trataba sobre el más exuberante de todos los herejes italianos, Giordano Bruno.

Bruno era un espíritu libre -cosa peligrosa-, y sufrió la muerte por su derecho a ciertos conceptos. Por conversaciones posteriores con Morris, en la franca y jovial luz de Avalon, Nueva Gales del Sur, supe que Giordano Bruno era su alma gemela, alguien con cuya historia de vida Morris se identificaba, a pesar de que poseía un temperamento algo menos estridente que el de Bruno. Como Morris le hizo decir en su historia: "Sacerdote réprobo, un monje fugitivo, un mago con una caja de trucos de prestidigitador, un fanfarrón, un embustero, un pretencioso portador de antorchas afanándose en su propia oscuridad, locuaz en el diálogo, viperino en el debate". Como Morris, Bruno fue un escritor prolífico que se ocupó de una gama de temas, y un autor teatral. Más importante, cuando lo acusan de haber ido a Zurich para convertirse en calvinista, aparece diciendo: "Era un alma atormentada, que trataba de encontrar algo con qué cubrirse el cráneo a punto de estallar". Morris también pasó su vida noblemente buscando con qué cubrirse.

Sé que es motivo de consuelo para la familia de Morris que él haya muerto de la manera en que los escritores dicen que quieren morir: en su escritorio y al final de un párrafo particularmente bueno. Por contraste, su amigo a través de los siglos, Bruno, murió al final de siete años de interrogatorios, riguroso tratamiento penal y torturas ocasionales, en una horrible exhibición de venganza institucional; en este caso, de la Inquisición. Morris resume mordazmente el muy humano dilema de ese hombre, el contraste entre el gran y largo alcance del intelecto y los límites del cuerpo. "¡Escribiste tan confiado sobre un universo infinito y sobre mundos plurales más allá de nuestros ojos; sin embargo no puedes controlar ni siquiera esta minúscula ratonera en tu propio planeta!" Morris también recorrió a grandes pasos el universo, pero al final cayó en alguna traición íntima e instantánea de su propio cuerpo, como todos lo hacemos si morimos pacíficamente. La muerte llegó a Bruno hace mucho, en una pira en el Campo del Fion en Roma, el 17 de febrero de 1600. Sin embargo, corno se verá, el último párrafo de Morris, escrito en los últimos segundos de su vida, lo conecta al hereje hace tanto tiempo muerto, v es profético tanto para Bruno -porque un escritor seguramente puede ser un profeta, alguien que dice la verdad, retrocediendo en el tiempo- como para el propio Morris, y para el resto de nosotros todavía pendientes del dilema humano.

Éste es un libro recorrido por la expectativa de la muerte y la necesidad de amor como la única respuesta viable a eso. No es un secreto para los amigos de Morris y para sus lectores que él era un hombre muy compasivo. Su amor por la humanidad se combinaba con una confiada mundanidad y con una aguda conciencia de las tentaciones que la ortodoxia representa para aquéllos propensos al autoritarismo y al absolutismo. Sabía que la pasión por la más estricta ortodoxia era el problema humano habitual, aplicable igualmente a los ideólogos de la Inquisición como a los devotos de ciertas modernas teorías económicas y políticas. Esas manifestaciones modernas, como las censuras de la Inquisición, se ocupan menos del individuo que del ser obediente, el votante manejable, el consumidor pasivo de lo que se le ofrece. Como Giordano, Morris no podía entender por qué, para llevar a un hombre ante la misericordia de Dios, las autoridades primero tenían que destruirlo. Y como a Giordano, a Morris le habría gustado ver a la Iglesia influida por filosofías más abiertas que por una tradición de legalismo estrecho, más apta para fomentar la autoridad que para afinar.

También como Giordano, Morris percibió esta estrechez como una derivación carente de imaginación de la muy estructurada v rigurosa teología cíe santo Tomás de Aquino, que se había basado en el método filosófico del filósofo griego Aristóteles. Y como Giordano, Morris apreciaba igualmente, o quizá más, ese desafiante sentido de los misterios inefables que algunos escolásticos encontraron en Platón y trataron de llevar al catolicismo.

Esta lucha entre los defensores de Platón y. los de Aristóteles constituye una antigua disputa en la Iglesia, y fue dramatizada en El nombre de la rosa, de Umberto Eco, donde el monje-detective que hace las veces de héroe en la historia, en el gran debate culminante, defiende la tradición platónica que puede liberar a las almas del rigor de esa misma Inquisición que terminó con la vida de Bruno.

Giordano, el monje desgraciado, murió por desafiar el acercamiento legalista a la fe y por tratar de ver qué luz arrojaron los reformadores protestantes sobre el dogma tradicional. Su gran travesura intelectual -que vernos en la narración de Morris abarcando no sólo cuestiones tales como el Alumbramiento de la Virgen, el celibato de los clérigos, la existencia de mundos paralelos, sino también los conjuros y los trucos de la memoria- consistió en querer comprender, examinar y escribir volúmenes sobre el entero espectro de la fe, ya fuera ésta la del Vaticano, la de Lutero o la de Calvino. Bruno trataba de determinar y adecuar a un modelo las ideas de un mundo que se alteraba en forma masiva bajo la influencia de la Reforma; un mundo al cual Copérnico había mostrado como un mero fragmento exterior de un universo casi infinito. El mismo espíritu había animado a Morris. A decir verdad, él quería examinar todas las ideas, a pesar de que éstas yacieran más allá de la fortaleza de hierro de los dogmas, que algunos consideran la esencia de la fe, la medida del alma humana y el solitario camino hacia la redención. Morris pasó su vida, en sus viajes y en sus libros, de la manera en que deberían hacerlo los humanos: corno un peregrino. Bruno se estrelló contra una Iglesia que había perdido a millones de sus miembros en el torbellino de la Reforma, y, que por eso no estaba de humor expansivo. Morris pasó sus últimos años en una Iglesia que también estaba socavando la independencia de conciencia, la modernidad, el secularismo y la realidad postindustrial. Ambos lucharon heroicamente contra lo que amaban.

Ahora que la muerte puso término a su excepcional carrera, hay algunas cosas que quiero decir sobre Morris, que quizá no han sido adecuadamente señaladas en sus obituarios. Primero que nada, fue un joven de la clase trabajadora, carente de privilegios y de cualquier tipo de ayuda. Sus orígenes lo llevaron a apreciar el privilegio que constituía ser escritor, tener lectores en todo el mundo, poseer una voz. Honró su oficio, su talento y su gran fama siendo un escritor muy- profesional. Siempre dije eso sobre él públicamente, y algunos vieron con recelo la palabra "profesional", corno si se tratara de una descripción poco elogiosa. Para mí, ésa es una de las mejores cosas que se pueden decir sobre cualquier escritor, puesto que la supervivencia -vale decir, la capacidad de llegar a la gente- depende de eso. Consideró su carrera como algo digno de seria atención, de seria dedicación y devoción, y de seria organización. Y corno rasgo de esa seriedad, los escritores australianos siempre recordarán que Morris, por su energía y su contribución financiera, fue uno del pequeño grupo que creó la Sociedad Australiana de Escritores. Esta sociedad continúa aconsejando y ayudando a los escritores en sus relaciones con el gobierno, los editores y los lectores del Commonwealth. También ideó un contrato mínimo que ahora es respetado por todos los editores honestos. Llevó a cabo un Derecho de Préstamo Público (compensación para los escritores cuyas obras están en las bibliotecas públicas), instauró un sistema de compensación de derechos de autor por las fotocopias, abogó por el Derecho de Préstamo Educativo y dio al oficio de escribir un alto perfil en la sociedad australiana.

Informalmente, Morris también prestó ayuda económica a cierto número de escritores, y siento que esa generosidad nunca ha sido adecuadamente advertida, porque él no habría querido que así fuera. Pero ya es tiempo de decirlo.

Morris también mostró el camino a otros australianos. Resulta difícil recordar que, cuarenta años atrás, los escritores australianos eran en realidad una fauna rara y desdeñada,

ocupantes de un continente olvidado y, en muchos casos, afectados por un complejo de inferioridad difícil de superar en aquellos días de gran confianza cultural. Morris fue uno de los pocos que regularizó la afirmación de que los australianos podían ser publicados y leídos no sólo por sus conciudadanos, sino por el mundo. Ése fue un servicio cultural cuyo impacto no puede ser exagerado.

Después de su retorno a Australia y al hermoso Pittwater, donde vivió con Joy, rodeado por espléndidos cuadros en una espléndida costa, Morris se convirtió en una figura respetable de nuestra comunidad. Fue una voz cuestionadora y sana para los católicos australianos, que trataban de equilibrar su sentido común individual y su conciencia con el frecuentemente absolutista magisterio de la Iglesia. Pero, en The Australian y en otros medios, él también expresó con frecuencia sus comentarios acerca de la marcha de la sociedad civil y acerca de la arrogancia política y administrativa. Morris fue un anciano de nuestra tribu; con una voz urgente y humana. Por eso también lo vamos a añorar, y ésa es una razón más para que considere un honor presentarles sus últimas palabras, la más esencial de sus historias.

Nota del autor

No hago ningún tipo de reclamo en lo que respecta al origen de este documento.

En cuanto a la autenticidad de su contenido, puedo afirmar que se ciñe constantemente a la línea histórica revelada en los documentos de los juicios de Bruno en Venecia y en Roma, y en las posteriores investigaciones de sus biógrafos y comentadores: Spampanato, Firpo, Mercati, Yates, Giliberto y otros. El personaje de Bruno aquí descrito es un retrato ajustado, aunque no siempre afectuoso, del genio nacido en el momento inadecuado, en guerra consigo mismo, víctima de los prejuicios de su época, que en el final de su vida alcanzó la dignidad de mártir y un lugar duradero en la historia del disenso honesto. Lo descubrí cuando, de pie ante su gran imagen de bronce en el Campo del Fiori en Roma, leí la transcripción de la dedicatoria:

A Giordano Bruno; el sido que él anticipó. En Ronza, donde fue quemado en la pira.

La publicación de este documento es mi homenaje a su memoria en el cuarto centenario de su muerte.

Morris West Clareville
1999

La última confesión de Filippo Giordano Bruno,
llamado el nolano, escrita en su celda en Roma
durante el último mes de su vida en el año 1600

Roma: cárcel del Santo Oficio
21 de diciembre de 1599

Conozco muy, bien este lugar. He vivido aquí durante casi siete años desde que, un miserable día de invierno que todavía recuerdan mis dolidos huesos, me extraditaron de Venecia.

En la cárcel uno pierde la noción del tiempo. Al principio, trata de medirlo por medio de la pálida luz que penetra a través de la alta ventana enrejada. Luego, abandona el esfuerzo. ¿Para qué cooperar con los carceleros atormentándose uno mismo?

Sin embargo, estoy, seguro de la fecha de hoy, porque el Notario la anunció cuando me llevaron a la Congregación del Oficio de la Santa Inquisición Romana y Universal.

Conforman una asamblea impresionante: nueve de los Muy Ilustres y Muy Reverendos Cardenales, seis altos y reverendos clérigos -religiosos y reglados- y, por supuesto, el Notario que, meticuloso, registra los procedimientos que hoy se anotan bajo el título "Visita a aquellos encarcelados en el Santo Oficio

Romano". Soy sólo uno de los prisioneros; pero me dijeron que hoy soy el único objeto de la atención de mis señores.

Primero se me pide que me identifique. ¡Dios! ¿Cuántas veces lo hice? ¿Cuántos notarios en cuántos documentos lo anotaron? Mi apellido es Bruno. Nací en 1548 en la ciudad de Nola, en el reino de Nápoles. Mi padre se llamaba Giovanni. Mi madre, Fraulisa. Mi nombre de pila es Filippo. Sin embargo, en todos los documentos se me nombra por mi nombre religioso, Giordano. Soy, un sacerdote ordenado, monje de la Orden de Predicadores, doctor en teología sagrada.

Cada uno de esos títulos es auténtico. Cada uno me proporciona un nudo corredizo distinto para colgarme. Ya no practico mi ministerio; en consecuencia, estoy acusado por mi vida disoluta y licenciosa". Abandoné mi Orden, por lo tanto soy un "monje apóstata". Estoy acusado de pervertir, en franca herejía, la divina ciencia de la teología. Por eso, pueden hacer-me ejecutar.

El hombre que hoy se dirige a mí en nombre de los Inquisidores es el Ilustre y Muy Reverendo Señor Cardenal Roberto Bellarmino, un jesuita de quien se dice cuenta con el favor del Pontífice. A diferencia de algunos de sus colegas, es amable y. de modales suaves. No obstante, conozco desde hace mucho la vida en la cárcel como para fiarme demasiado de él.

Lo que me dice es muy sencillo. El v sus colegas han terminado las investigaciones sobre mi vida, mis escritos y mis opiniones. No habrá más interrogatorios. Inmediatamente después de la Navidad, la Congregación tomará su decisión. La próxima vez que se me llame, será para que escuche el veredicto. Mientras tanto -y esto es lo más difícil de tragar- debería emplear las próximas semanas en reconsiderar mi posición con más cuidado. Bellarmino enfatiza la expresión con precisión de gramático. La palabra resispicere significa "repensar con sabiduría".

Siento que se despierta en mí una súbita cólera. ¿Qué otra cosa, por el amor de Dios, he estado haciendo durante todos estos años en la cárcel que pensar y repensar, contraponiendo un argumento a otro, aun cuando mi mente fue confundida por la fiebre, y mi cuerpo atormentado por los dolores reumáticos? Consigo controlarme y responder con firmeza, pero respetuosamente. No deseo ni siento obligación alguna de reconsiderar ningún asunto. He respondido a todas las preguntas que, durante meses y años, se me han hecho. No entiendo qué se espera de mí ahora.

Mi Señor Cardenal Bellarmino aclara que Él y sus colegas entienden mi impedimento. Es un estado bastante frecuente en el difícil camino del arrepentimiento y de la iluminación espiritual. Por esa razón, han pedido al Superior General de mi Orden y a su Vicario que se reúnan privadamente conmigo en mi celda y que me ayuden a ver la vanidad de mi modo de vida y los errores doctrinales en los que caí. Me pregunta si estoy preparado para recibirlos y para razonar con ellos abiertamente.

Claro que estoy, preparado para hablar. ¡Todo con tal de diferir el funesto día de la decisión! Sin embargo, le digo que no puedo prometerle un cambio. Lo entiende. Incluso

elogia mi honestidad. Luego, con la misma manera suave, me recuerda que mi libertad, mi vida y mi salvación eterna dependen del resultado.

¿Qué puedo decir? Sé que estoy a dos pasos del momento que siempre temí. Me exprimieron como una naranja, hasta dejarme en las semillas y la corteza. Inclino la cabeza en silencio y espero que me despidan. Para mi sorpresa, se me ofrecen algunas pequeñas indulgencias.

En lo sucesivo, me alojaré solo en mi celda. Lo agradezco. A mi costa he aprendido que truchas veces los compañeros de celda pueden resultar informantes, como Celestino, el capuchino, ese pobre tipo que me calumnió para salvar su propio pellejo. Me provocó meses de problemas con sus informes sobre nuestras charlas v con sus cuentos sobre mis burlas blasfemas y licenciosas. No le sirvió de nada. Hace tres meses se lo llevaron v lo quemaron por herejía en el Campo del Flor¡.

Por eso estar solo es un alivio. Pero todavía persiste el gusto amargo en mi vino: como los Inquisidores, sé que la soledad engendra miedo, incertidumbre, dudas y terrores pesadillescos. Me agradó que Bellarmino me dijera que me darían plumas, tinta, papel y velas para mi vista debilitada. Hay de nuevo una pizca de amargor en la copa: no se me permite escribir sobre ningún asunto que no esté conectado con mi caso. No puedo poseer ni leer ningún otro libro que el que se me ha dado: el breviario aprobado para el uso especial de la Orden de los Dominicos. Por lo demás, voy a mantener mi mente despierta con mi cosecha diaria de recuerdos.

En ese punto me atrevo a expresar algunas de mis más simples necesidades. Mi túnica es delgada y está raída. Mi celda es fría como una tumba. Mis articulaciones están entumecidas y duelen; mis manos, en carne viva con sabañones. Pedí una bata de lana y un manto, mitones para mis manos y medias para mitigar el frío de las baldosas de piedra.

Algunos de los Inquisidores claramente desaprueban esas moderaciones. Bellarmino las reduce velozmente a su aprobación. Se le ordena al Notario que libre una solicitud al jefe del

Guardarropa. Se destina dinero para que pueda bañarme Y fregarme con agua caliente y pague al barbero para recortarme el pelo y la barba.

Agradezco a mis señores por sus indulgencias. Les pido finalmente que se dé curso a la orden. Una vez que los ilustres visitantes se hayan ido, la vida carcelaria retomará su ritmo acostumbrado: las promesas van a desenhebrarse, a postergarse en largas mañanas, como las cuentas de un largo rosario. Bellarmino acepta mi ruego. Se dirige a sus colegas y les advierte: "Somos nosotros los que controlamos este lugar y no el personal. Lo que ordenamos debería ser ejecutado sin demora. Y tú, Hermano Bruno, también deberías prestar inmediatamente atención al bienestar de tu alma. El tiempo pasa rápidamente y, a cada momento, estás en peligro. Puedes marcharse ahora". Mi carcelero me conduce a mi celda y me encierra en ella. Me echo sobre mi catre y me acurruco allí como un feto, muerto en un oscuro útero, condenado a no ver jamás la luz del día. Luego, de a poco, la locura de la desesperación se convierte en una cólera negra y fría. La ira es buena. Afirma que estoy vivo y todavía entero. Me tienen atrapado y encerrado; pero no soy una oveja. Sabrán que soy un lobo, que todavía puedo gruñir, lanzar una dentellada y morder la mano de cualquier intruso.

Los campesinos entre quienes nací tienen un viejo proverbio: "Cuando comiences una vendetta, cava siempre dos tumbas". Bien, son ellos los que armaron una vendetta en mi contra. Me convirtieron en un vagabundo entre los sabios de Europa; me calumniaron, me privaron de libertad; amenazaron mi vida; buscan incluso llevarme ante el banquillo del Todopoderoso. Tienen todas las armas, todo el poder.

Las únicas armas que poseo son las que hoy me concedieron: plumas de ganso, tinta de tizne y bilis, una pila de papel en blanco y un mes de tiempo. ¿Qué puedo hacer con tan poco? Pronto mis enemigos me destruirán, pero también ellos son mortales y van a morir y ser enterrados a su debido tiempo. Al menos puedo darme el gusto de escribir nuestros epitafios.

El título ya toma forma en mi cabeza: La última confesión de Filippo Giordano Bruno, llamado el nolano, quien ahora se presenta a si mismo para el juicio de la historia.

¿Qué diré en este escrito? Aunque breve, un epitafio es una nota. ¿Qué es lo que más deseo que se recuerde de mí? ¿De qué deseo convencer a aquellos que, quizás en algún futuro oscuro, lo lean?

No he de tener tiempo y, de todos modos, no siento propensión a escribir una crónica de mi vida o una defensa de mis opiniones. Éstas han sido investigadas -¡Dios, con qué tediosa repetición y elaboración!- en los registros de mis inquisidores en Venecia y aquí, en Roma.

Más bien me gustaría hacer conocer -sencilla y abiertamente, como en una charla informal entre amigos- quién soy y cómo leo el destino que me ha traído hasta este momento. Si bien me faltó el talento para leerlo y descifrarlo, ese destino estuvo escrito desde el principio sobre la palma de mi propia mano.

No puedo ponerlo todo por escrito de una vez, como una oración o un argumento filosófico. Ya antes recorrí ese camino y no conduce a ningún sitio. Por lo tanto, lo mejor que puedo ofrecer es la anécdota, la alusión, migajas y fragmentos de memoria que quizá se revelen al final como un retrato fragmentado del verdadero Bruno que vive dentro de mí.

Por un momento, la idea me ofrece una tenue alegría. Luego, me agobia un nuevo horror: si me condenan, seré despojado de toda posesión excepto de mi túnica y me enviarán encadenado al comandante de la Torre Nona, quien se encargará de entregarme sumariamente a los verdugos.

¿Qué será entonces de mi manuscrito? ¿Cómo podré esconderlo mientras escribo? ¿Cómo haré para sacarlo de aquí y ponerlo a salvo en manos amigas?

Todo lo que ahora puedo pensar es que, aun en este lugar, estrictamente confinado y vigilado de cerca, he sido capaz de hacer pequeños favores a la gente humilde: escribir una nota para un joven perdidamente enamorado, una carta de petición de patronazgo para un guardia iletrado. Tal vez uno de ellos me ayude a su vez. Por ello tengo que confiar en la suerte ya que, siendo un monje apóstata y bajo el cargo de herejía, difícilmente puedo apelar a la Divina Providencia. ¡Oh, Hermano Giordano! ¡Escribiste tan confiado sobre un universo infinito y sobre mundos plurales más allá de nuestros ojos, y sin embargo no puedes controlar ni siquiera esta minúscula ratonera en tu propio planeta!

23 de diciembre

Tomó dos días, pero Bellarmino mantuvo su promesa. Esta mañana se me permitió bañarme en una tina de agua tibia. Cuando me desnudo, puedo contar los huesos de mis costillas y los pliegues de mi vientre encogido. Los músculos de mis piernas están flojos por falta de ejercicio. Despegada la mugre, mi piel está pálida y amarilla como la de un pollo desplumado.

Se llevaron mis viejas vestimentas y tiraron sobre mi catre otras ropas. No son nuevas -¡Dios no lo quiera!-. Están zurcidas y remendadas, pero al menos están limpias y no hieden a cárcel.

Para recortarme el pelo y la barba viene un barbero. A éste nunca lo habla visto. Es tosco y desgarbado. Habla con gruñidos y explosiones de romanaccio, un dialecto ruidoso que suena desagradable a los oídos de alguien del sur como yo, cuya lengua está hecha para cantar.

Le pregunto qué le pasó a su colega. Está enfermo. Tiene la malaria. ¿Cuándo volverá? "¿Quién sabe? Dios es quien se encarga de esas cosas."

Me alegra que este áspero bruto me dé la espalda. Echo de menos al otro, que es napolitano como yo, locuaz y chismoso. También es amable. A veces me desliza una fruta o un dulce y siempre tiene algún escándalo obsceno para iluminar mi día.

Sobre mi mesa hay tres velas: una, en un candelabro de pared; las otras dos, una al lado de la otra sobre la mesa. Se me advierte que eso es todo lo que tendré hasta la próxima visita de los inquisidores. Cuidadosamente, calculo cómo hacerlas durar. Si este cálculo infantil mueve a risa, me permito recordar lo preciosa que es la luz, la alegría que trae, el terror que se siente cuando a uno se la quitan.

De manera repentina -y sin desagrado- se me hacen presentes mis días de estudiante en Nápoles. Éramos un montón de alborotadores y fanfarrones. La mayoría de nosotros era pobre y ganábamos nuestro dinero haciendo recados para los tenderos. Pagábamos nuestros placeres llevando recados para las muchachas en los burdeles. En uno de los informes para mi candidatura como novicio de la Orden se me llamó un postiglione per le puttane: ¡un postillón para las putas! Había un doble sentido para la broma. El postillón monta el caballo principal en el tiro de un carruaje. El segundo sentido era claro. Sugería que yo también me montaba a las chicas.

Claro que lo hacía. Era un muchacho de sangre caliente, orgulloso de mi reciente virilidad. Asimismo, parecía gustar a las muchachas. Me decían que les significaba un cambio respecto de los viejos que se tomaban una hora para dar forma a una erección. Recuerdo ahora que el placer siempre se medía por la luz de la vela. El amo del burdel marcaba la vela de la cama de cada muchacha: una hora, seis turnos. Había que pagar si uno quería más de diez minutos, o si uno necesitaba tiempo para entrar en acción.

Cuando se había pagado, la muchacha encendía la vela. Cuando la cera se derretía hasta llegar a la línea que marcaba el tiempo, la muchacha apagaba la vela. El breve turno de amor se acababa. Uno y el crédito de uno quedaban agotados.

No se podía discutir el asunto. Si uno lo hacía, recibía una golpiza y era arrojado a la calle. De modo que hay una frase en nuestra lengua: cortigiana a candela -cortesana a vela- que me hace pensar que eso es lo que mis Señores Inquisidores quisieran hacer de mí, midiendo mi vida por medio de la llama de velas y cera derretida.

Además de las velas hay una pila de papel en blanco, un tintero y una docena de plumas ya cortadas para escribir. Prefiero cortarlas yo mismo para que se ajusten a la forma y al sesgo de mi escritura. En el pasado, había pedido un pequeño cortaplumas, pero siempre se -me había rehusado. No debo poseer ningún instrumento con el cual pueda causarme daño o causárselo a otros.

¡No importa! Estos pocos alivios ya han restaurado mi amor propio y mi pequeña dotación de valor. Así que ahora estoy preparado para sentarme, mojar la pluma en el tintero y comenzar a escribir mi última confesión.

Mi padre, Giovanni, era soldado al servicio del virrey de Nápoles. No me entendáis mal. No era un rufián a sueldo que se vendía al mejor postor por cualesquiera de los asuntos sucios de la soldadesca. Pertenecía a un cuerpo de elite, uno de dieciséis compañías, cada una de setenta hombres, que eran el sostén de las fuerzas de la guarnición del Duque de Alba. Había estrictas

condiciones para su enrolamiento: tenían que haber nacido gentilhombres, sanos de cuerpo, inteligentes y de probado valor. Estaban bien pagados. Mi padre ganaba un estipendio de ochenta ducados al año, con los que tenía que proveerse de dos buenos caballos y un palafrenero.

Durante mi niñez, él estaba ausente durante largos períodos, sirviendo en los Abruzzi, Puglia y en las zonas costeras amenazadas por invasiones corsarias. Me lo imaginaba como una figura heroica, un espíritu libre que se enfrentaba a los enemigos del Rey, que viajaba por un mundo del cual yo nada sabía. En sus raras visitas a casa, le imploraba que me contara historias de sus campañas; pero él era un hombre taciturno al que no le gustaba contar historias. Entonces, yo inventaba sus hazañas de las cuales me jactaba ante mis amigos.

Mi madre se impacientaba con sus ausencias y lo regañaba cuando él estaba en casa. Al recordarlo, difícilmente puedo culparla. Era virtualmente una viuda y me crió sola, aunque vivía rodeada de una extensa familia. Al final, ella se volvió propensa a los ataques de melancolía, lo que hizo de su vida y de la mía una miseria doméstica.

Aun así, no me faltó compañía o diversión. Nuestra casa era parte de la propiedad de la familia Savalino. Tenía nueve habitaciones, ocupadas por catorce familias. Un cura local, Don Gian Domenico, nos enseñaba a los niños a leer, a escribir y los rudimentos de aritmética. Cuando no estábamos en clase, vagábamos por el campo al pie de la montaña a la que llamaban Cicala. Era una propiedad rica en olivos, nogales, robles, álamos, romeros, vides, olmos y mirtos.

Más allá de ese Edén yacía la extendida ciudad de Nápoles, y todavía más lejos -el límite del mundo conocido- el oscuro

y siniestro cono del Vesubio, con su penacho de humo marrón y, de noche, el intermitente brillo de su corazón batiente y feroz. El misterio y el terror de esa montaña fue el principio de mis posteriores cuestionamientos sobre la naturaleza del mundo, del universo mismo, de su Hacedor y de nuestros destinos humanos. La destrucción de las ciudades de Pompeya y Herculano todavía era vívida en nuestro folklore. Cada predicador la usaba como texto, hablando de ella como de un acto de la venganza divina: Dios haciendo llover fuego sobre los habitantes disolutos, así como una vez lo había hecho sobre Sodoma y Gomorra. El desagradable asunto, aun entonces, se me atravesó en la garganta. Cuando viví en Nápoles como estudiante, la noción se me hizo todavía más indigesta. La nuestra era una ciudad cristiana, pero no era ni una pizca más virtuosa que la antigua Pompeya. Había tanta lujuria, maldad y violencia como las había habido entre los antiguos.

Así que no parecía haber ninguna buena razón para que el Vesubio no fuera usado, nuevamente, como un instrumento del castigo divino. Toda la tierra alrededor de la bahía de Nápoles, desde Sorrento hasta Pozzuoli, era terreno inestable, que se levantaba y desmoronaba, y lanzaba admonitorias fumarolas de los fuegos subterráneos. A veces, después de una noche de alcohol y juerga, soñaba con que me ahogaba en polvo caliente y vapores malsanos.

Incluso cuando escribo estas palabras, la pesadilla vuelve a apoderarse de mí. Si los inquisidores me condenan, he de morir en la hoguera, sofocándome con el humo de la madera, mientras crecerán las llamas hasta consumirme. También a esto lo llamarán venganza Divina, porque reclaman juzgarme en nombre de Dios.

Librodot

¿Cómo me juzgaré yo mismo? Ésa es la cuestión central. No queda tiempo para abrigar ilusiones; no vale la pena morir por ninguna ilusión. Por lo tanto, la pregunta se amplía por sí misma: ¿qué es ilusión?, ¿qué, realidad?

Una realidad es que soy un hijo del Sol. Nací en una costa en la que crecen las uvas y las naranjas; en la que el mar es cálido y azul, y las mujeres también son calientes, y en la que los hombres pasan rápidamente de la risa a la ira.

Hablamos mucho y discutimos a gritos. Mentimos fácilmente y nos encogemos de hombros cuando nos sorprenden: ésa es la manera en que la gente sojuzgada actúa respecto de sus conquistadores. Sin embargo, somos tan vanidosos como cualquiera de los nobles españoles que se pavonean en nuestras calles como si éstas les pertenecieran; lo que, en rigor, es así, ya que España nos gobierna a través de un virrey español. No obstante, la ciudad siempre fue rebelde: un guijarro en la bota de Italia.

En nuestros días de estudiantes todos portábamos armas. Había muchas riñas en la universidad misma, sobre las escaleras, en los patios, incluso en la iglesia de Santo Domingo. Finalmente, se impuso un duro castigo contra quienes alteraran la paz: cuatro izamientos en la cuerda para dislocarle a uno los hombros; y castigos ulteriores a quienes reiteraran el delito: para los nobles, el destierro; para los plebeyos, servicio obligatorio encadenados a los remos en las galeras.

Tuve bastante suerte y no me metí en líos serios. Me hacía mucho más feliz revolcarme con una muchacha que permanecer en un callejón, con una daga desenvainada contra los matones.

Por otra parte, para un hombre de mi condición, para el hijo de un soldado, sin título nobiliario y muy poca probabilidad de

herencia, aprender era el único camino para progresar, y la Iglesia era la puerta que se abría directamente a ese camino. Estudié teología con Mattia Gibbonis, Ambrogio da Nopoli y Giacomo Marotta, todos dominicos. Leí metafísica con Agostino Manualdo y con Gerónimo de Cardines, que era un agustino. Todos ellos eran monjes y, como jardineros laboriosos que llevan la vid a sus guías, inclinaron mi mente en desarrollo hacia la religión.

No podía reivindicarme devoto; pero mis maestros sabían -o creyeron saber- qué podía hacerse con jóvenes como yo: ambiciosos de aprender, pero sin recursos y vulnerables al turbulento mundo que nos rodeaba. La vida de un religioso regular ofrecía no sólo seguridad material, sino un lugar en el orden establecido de las cosas, así como la oportunidad de ascender paso a paso a la eminencia y a la autoridad dentro de ese orden. No todo eso me resultaba claro en ese entonces, pero el entendimiento me fue filtrado poco a poco por mis mentores. Quizás un día estaría en condiciones de ser admitido en la Orden de los Predicadores en la comunidad local de Santo Domingo.

Parecía que, al menos, tenía algunas de las cualidades necesarias: mi nacimiento era legítimo, era bien educado, instruido en gramática, soltero, libre de toda enfermedad escondida. Los excesos de mi vida de estudiante no constituían un impedimento. Podían ser expurgados en la confesión general que precedería a mi admisión: y el Maestro de Novicio me guiaría o conduciría a lo largo de la ascendente senda a la virtud.

La idea tenía mucho de bueno: un estómago lleno, una vida protegida y dedicada al estudio, la posibilidad de abandonar antes de tomar los votos y ser ordenado sacerdote. ¿Podría vivir célibe? Pensé que sí. La vida con mi madre me había

quitado completamente el deseo de casarme. La castidad era enteramente otro asunto; pero la permisividad de la época, si no el ideal del padre fundador, santo Domingo, podía hacer su práctica menos ardua. Además, ya había descubierto que el estudio serio aliviaba algunos de los tormentos del deseo. Por cierto, una de las muchachas a quienes frecuentaba -una morena preciosa y vivaz cuya madre era morisca- solía decirme: "Siempre sé cuando estás estudiando, Filippo. Haces que nos esforcemos demasiado, ¡y es la mitad de divertido!".

Pero, ¿para qué desperdiciar papel y la valiosa luz de la vela en ese tiempo perdido? El decimoquinto día de junio del año del Señor 1565, recibí la tonsura de clérigo menor y vestí

el hábito de monje dominico. También recibí un nuevo nombre que simbolizaba mi nueva identidad: Giordano.

¡Eso es! ¡Sé que esta vez ésa es la fecha exacta! Cuando se me interrogó en Venecia, hace siete años, me equivoqué y el error nunca fue corregido. ¡Como si aquello importara un rábano a alguien! Mi entrada en la religión fue el primer paso hacia la condena con la cual ahora me amenazan mis Señores Inquisidores: para mi cuerpo, muerte por fuego; para mi alma, una eternidad de tormento. Ésa es la naturaleza de la locura que propagan: ¡hacer que un hombre admita un Dios amante y quemarlo!

Suficiente por ahora. Reordeno mis papeles, poniendo las hojas que he escrito en el fondo de la pila. Limpio mis plumas y me echo en mi catre para sosegarme para la visita del Superior General de mi Orden y su Vicario.

Forman un curioso par: el Superior General, alto, delgado, con ojos escrutadores en un rostro que podría haber sido tallado en vieja madera; el Vicario, redondo y rojo como una manzana,

pero observador y siempre deferente ante el Superior. Su saludo es frío. Están claramente incómodos en mi estrecho cuarto, con su penetrante olor a piedra mohosa, humedad del Tíber y orina rancia. El Superior General parece incluso indeciso sobre las palabras con que abrir el diálogo. Espero en respetuoso silencio. Finalmente, habla.

-Estoy contento, Hermano Giordano, de que estéis listo para tratar abiertamente con nosotros. Sabed que estamos aquí para ayudaros: siempre que nos lo permitáis.

-Estoy muy necesitado de ayuda, Superior. ¿Puedo primero preguntaros algunas cosas?

-Por supuesto.

-En términos de la ley, todavía estoy sujeto a mis votos,

¿no?

-Sí, tanto legal como moralmente.

-Por lo tanto todavía estoy bajo la jurisdicción de la Orden: su jurisdicción Superior.

-En términos estrictamente legales, habéis pasado a la jurisdicción de los Inquisidores; pero sigo siendo vuestro superior religioso.

-Entonces, ¿cómo me véis? ¿Cómo a un hermano o como a un enemigo?

Se toma un poco de tiempo para construir su respuesta; pero su tono es suave.

-Os veo como a un hermano que ha errado durante demasiado tiempo y demasiado lejos de la casa de nuestro Padre. -Y si vuelvo arrepentido, ¿me recibiréis con alegría y con los brazos abiertos?

El Vicario abre su boca para hablar, pero el Superior General lo detiene con un gesto.

-No soy vuestro padre, soy vuestro hermano. Nuestro padre común en la tierra es Su Santidad, que habla por nuestro Padre en el cielo. A él le corresponde decir si seréis o no bienvenido de vuelta a su casa. Sólo él puede dispensaros de vuestros solemnes votos o de las censuras de las que seréis objeto en este momento.

-Lo sé, Superior General. Presenté varias peticiones de clemencia directamente a Su Santidad. Me aseguré de que fueran entregadas. También se me dijo que Su Santidad se había negado a abrirlas siquiera. ¿Podéis decirme por qué?

-En su sabiduría, Su Santidad ha decidido que no intervendrá. Dejará la determinación del caso al tribunal de la Santa Inquisición.

-En síntesis, entonces, continúo prisionero en la casa de nuestro Padre. No retorno pródigo, sino paria para siempre. -Eso todavía no ha sido decidido, Hermano -en ese momento, habló finalmente el Vicario, claro y alto como un tenor castrado-. El tribunal todavía está considerando su veredicto.

-Entonces, decidme, caballeros, cuál es el sentido de esta conversación.

Los miro a uno y a otro. El Vicario está estudiando las rajaduras en el suelo de mi celda. Los ojos del Superior están cubiertos como los del halcón antes de que se desaten las correas de sus patas. Su voz ahora es cortante como el filo de una navaja. -Nuestro interés, Hermano, no es el veredicto de los Inquisidores. Ellos lo tendrán listo a su debido tiempo. La

sentencia pasará. El Santo Padre aprobará lo que se haya hecho. Estamos aquí como vuestros hermanos, para ayudaros al arrepentimiento, ofreceros vuestra absolución y reconciliaros con la

Iglesia y con Dios. Si elegís verlo acertadamente, éste es un momento de gracia. Pase lo que os pase luego, lo aceptaréis como el ladrón en la cruz aceptó morir al lado del Salvador y en el Paraíso fue recibido por Él. ¿Entendéis qué os estoy diciendo?

¿Si entiendo? ¡Pobre Cristo sufriente! Por un momento la razón tambalea hacia la locura. Ya he oído esto antes, y todavía me dan náuseas las reverentes hipocresías.

Extra ecclesia nulla salus. Fuera de la Iglesia no hay salvación. Millones de almas humanas, hechas -dicen- a imagen de Dios, caen cada día a la condena como hojas en el viento otoñal. Las llaves del Reino de los Cielos las tiene un hombre que renuncia a abrir su correspondencia; para no mencionar su corazón. No tengo esperanza de alcanzarlo. Los accesos a su casa están guardados por los cancerberos de Dios, listos para acosar y desgarrar a todo intruso. El Superior y el Vicario me están observando de cerca, esperando mi respuesta. Se la doy tan tranquilamente como puedo.

-Estoy agradecido por vuestros buenos deseos, Superior General. Estoy conmovido por vuestro interés en el bienestar de mi alma. No estoy seguro de cuándo me servirá si los inquisidores me condenan y si su Santidad da vuelta el rostro.

-Pero Dios nunca le volverá el rostro al pecador penitente. Su misericordia es infinita.

-Si es así, ¿por qué encuentro tan poca en su Iglesia? -¡Eso es blasfemia! -el Vicario protesta vehemente y, de pronto, pierdo toda la calma. Le grito.

-¡No, Vicario! ¡No! ¡No! ¡No! Sos vosotros quienes perpetráis las blasfemias: arrestos sin cargos, testigos sin nombres, confesiones extraídas mediante tortura, condena sin apelación. ¿Cómo podemos creer en el Dios que nos exhibís?

De repente, descubro que estoy llorando: grandes y torturados sollozos que parecen desgarrar mi pecho. Escondo el rostro entre las manos. Salto violentamente cuando el Superior General apoya una mano sobre mi hombro. Su voz resuena a lo lejos como una declaración délfica desde una caverna oscura. -Dejad que vuestras lágrimas fluyan, Hermano. Dejad que la gracia de Dios obre su cura.

Cuando levanto la vista, se han marchado. Cuando dejo de llorar, estoy avergonzado de que me hayan visto así. La oleada de negra rabia que sigue es la verdadera misericordia. Todavía no me he quebrado. Todavía poseo el pequeño centro de mí mismo: Filippo Giordano Bruno, llamado el nolano.

24 de diciembre

Hoy es la víspera de la Navidad: el cumpleaños de nuestro Señor y Salvador Jesús Cristo. La frase se desliza con facilidad por mi pluma. Es familiar y definitiva. Uno podría empezar una historia con ella o hacer un sermón a partir de ella, como uno de esos que solía hacer cuando era un joven sacerdote recién llegado a la iglesia de Santo Domingo en Nápoles. Eso fue hace veintitrés años: casi un cuarto de siglo.

Ahora, el significado de las palabras ha cambiado para mí. ¿Cómo puedo llamar a Jesús "mi Señor" cuando Su Vicario en la tierra me rechaza y sus servidores me expulsan de su casa? ¿Cómo puedo llamarlo "Salvador" cuando la orden de condena que puede ser librada en mi contra traspasa la frontera del tiempo hasta la eternidad? Lo que ates o desates en la tierra será atado o desatado en el cielo.

Reivindican que ése es el poder de las llaves dadas por Cristo a Pedro, transmitido a través de los siglos a los seguidores de Pedro en legítima sucesión. Pero, ¿es realmente así, o se trata -como siempre han sostenido los griegos- de una interpretación

exagerada de los romanos para mantener su autoridad? Poco importa ahora. Diga lo que diga, e incluso lo que se juzgue que piense, se imputará como herejía.

Me aparto de estos desiertos estériles de la controversia y, por un momento, me entibio en los luminosos prados de mi infancia en Nola.

Hoy, en cada iglesia del Reino de Nápoles, deben estar armando el presepio, el pesebre: el grupo de estatuillas que representa a Cristo niño durmiendo en el establo, con María, José y los pastores sirviéndolo, mientras los animales -un buey, un asno, una oveja- exhalan vapor en el aire invernal. Algunas de esas estatuillas son muy antiguas; fueron talladas por artesanos locales y exhibidas amorosamente a cada generación.

Incluso yo, el escéptico carente de ilusiones, el desconfiado cuya mente zumba de preguntas no contestadas, me conmuevo por la simplicidad de la escena. Aquí no me burlo. Anhelo la paz que perdura en el humilde refugio del establo.

Para nosotros, la gente del sur, el ciclo de nacimiento, muerte y renovación continua es común, pero sigue siendo una maravilla misteriosa. La mujer fértil encarna a una diosa, preciosa y sagrada. Tiranizamos a nuestras esposas y hermanas; pero también las honramos. Nuestras abuelas se convierten en matriarcas a quienes no se contradice. Aun en las más sangrientas vendettas, las mujeres de las familias son intocables. No ocurre lo mismo con aquéllas a las que, por falta o defecto, se las considera deshonradas por haber perdido su virginidad fuera del matrimonio.

Mis huesos comprenden esto. También comprendo la doctrina de la Virginidad de María, de la cual se me acusa de haber abjurado. La madre virgen es la imagen más antigua en la leyenda mediterránea; pero uno debe aceptarla y no discutirla a la manera escolástica. Es imposible demostrarla por medio de textos y silogismos.

Admitiré que caí en esa trampa en algunas de mis primeras disputas: en mi charla con Mocenigo, y en las obscenas discusiones con otros prisioneros en Venecia. En la cárcel, al igual que en los campos de batalla, las conversaciones indecentes son una defensa contra la locura. Según mi propio recuerdo, estaba imitando los anticuados debates aristotélicos; por lo cual me convertí en satírico peligrosamente dotado. Sin embargo, lo que se reportó a la Inquisición fue algo diferente, un asunto grosero: no tiene sentido manifestar que una virgen, sin ser fecundada, pueda engendrar a un niño.

¿Cómo se refuta una acusación semejante, especialmente cuando quien nos acusa carece de nombre y no lo podemos confrontar para demostrarle la verdadera coloración de las palabras y la ocasión en que éstas fueron dichas? Por otra parte, los Inquisidores siempre presuponen que el acusado es culpable hasta que se demuestre lo contrario. Así, me consumo en la cárcel mientras los testigos principales siguen en libertad.

Reflexiono de nuevo sobre las imágenes del presepio: San José, de quien se nos enseñó que fue el padre de crianza de Jesús. Nuestras imágenes siempre nos lo muestran como un hombre viejo, un protector, pero no como el compañero de boda de María. ¿Verdad o leyenda? Es verdad porque la Iglesia siempre lo enseñó. Además, siempre se presenta al Apóstol Santiago como al Hermano del Señor. Se menciona a otros miembros de la familia, pero no se los nombra. Nuestros maestros realizaban todo tipo de acrobacias para explicar esas referencias, y no se nos alentaba para polemizar sobre ellas, ni siquiera en debates retóricos. Uno de mis más respetados maestros, Vincenzo Colle, llamado el sarnense, lo dijo con claridad: "El don de la fe no necesariamente incluye el don de la certeza. Es un acto de asentimiento. Recuérdalo siempre, Hermano Giordano". Fue un buen consejo. Ojalá lo hubiera tenido más en cuenta.

El pensamiento de las relaciones sexuales despierta punzantes recuerdos. Ésta será la Navidad más helada de mi vida. Siento deseos del calor del cuerpo de una mujer en mi cama. Estoy acusado justamente, lo admito- de ser un monje fugitivo y un sacerdote libertino; pero hay tantos en estos días que no puedo entender que yo sea el principal candidato a la ejecución. No todos los pontífices que reinaron durante mi vida han sido modelos de casta virtud.

Cuando los inquisidores imputaron esos cargos en mi contra, no tuve más alternativa que declararme culpable, manifestando en mi defensa que, en la actualidad, la falta de castidad era, como mucho, un pecado venial, y que mi huida del convento se produjo por miedo. En Nápoles se me procesó sobre la falsa imputación de herejía. Sabía cómo trabajaba la Inquisición: ¡a nosotros, los dominicos, se nos encargó que la dirigiéramos! Por lo tanto, tenía miedo. Escapé.

En aquellos primeros días de confinamiento en Venecia fui aprendiendo muy rápido. La primera lección consistió en no mostrarme demasiado valiente bajo la tortura. Eso sólo servía para alentar a los tipos que me torturaban a esforzarse aún más. Así que dejaba oír mis alaridos y gritos lo más alto que podía. Las heridas eran las mismas, pero la duración -generalmente una sesión de media hora de strappado antes del interrogatorio- no se prolongaba indebidamente.

Tardé más en aprender la segunda lección: los inquisidores tienen un visión más indulgente de las faltas personales que de los reproches o imputaciones contra la Iglesia, sus ministros o sus doctrinas. Entendieron muy bien que yo, el Hermano Giordano, no era una amenaza: era un don nadie que podía ser aplastado como una pulga. Pero las ideas eran otra cosa. Eran semilla de dragón que, llevadas aquí y allá por el viento, un día podrían germinar en hombres armados. Por eso, año tras año, me pasaron por la zaranda para separar el grano envenenado y quemarlo.

Ésa -ya se ve- fue, al mismo tiempo, mi vanidad y mi simpleza. Era un muchacho campesino nacido en un mundo nuevo, turbulento, sí, pero todavía lleno de maravillas. Estaba lleno de preguntas sobre todo. Se me dijo que carecía de humildad para aprender de los grandes maestros. Quizás era cierto, pero ellos carecieron de la habilidad de llegar a mi corazón y aprovechar mi curiosidad.

Mis contactos con mujeres eran frecuentes y, la mayoría de las veces, placenteros; pero mis compromisos siempre fueron breves. Un hombre como yo, sin estabilidad ni mecenas, no era un pretendiente bienvenido en la casa de cualquier padre. Los clérigos y los académicos siempre viajaban ligeros. Sin importar cuántas enseñanzas cargaran en su mente, había poco oro en sus bolsas. Así que la mayor parte de mis amantes fueron prostitutas, o muchachas de taberna, o esposas desdichadas, o viudas, contentas de ser reconfortadas en su cama. Tuve bastantes, tantas como para jactarme -fuera como dentro de la cárcel- de que, si bien no se equiparaban a las amantes del Rey Salomón, no le iban mucho en zaga.

La jactancia siempre me perdió. En todo debate o discusión, tengo que exceder el argumento. En todo juego de ingenio tengo que ser yo quien pronuncie la última palabra satírica o injuriosa. La necesidad que me traiciona es defender al Bruno real, oculto, cubierto, reprimido por el hábito que asumí demasiado fácilmente con demasiado poca convicción.

En la cama, con una mujer dispuesta, nunca necesité presumir. No pedía probarme frente a ella, sólo gozar y ser gozado. Sin embargo incluso en eso dañé mi causa. No hubo jactancia, sino simple exuberancia, cuando declaré: "La Iglesia se equivoca al hacer un pecado de lo que sirve a hombres y mujeres tan bien y placenteramente".

Si sólo lo hubiera dicho de otra manera -sacar a la Iglesia y encontrar otra palabra para pecado- ese cargo nunca habría sido leído en la acusación. Pero yo era un sacerdote y maestro, a cargo de diseminar la verdad del Evangelio, puro e inmaculado. Era, por otra parte, un dominico, uno de los sabuesos de Dios, un embrión de inquisidor. ¡Ni más ni menos! Así que me juzgaron con la mayor severidad. ¡Al diablo con ellos, y con todos sus sistemas y silogismos!

En la oscuridad de mi celda, evoco a todas las mujeres que alguna vez conocí por sus nombres, rostros y por los rasgos recordados; incluso a aquéllas a quienes no me atreví a conocer, como las damas de compañía en la Corte de la Reina Isabel de Inglaterra, la triste pero hermosa joven esposa de Giovanni Mocenigo, que me protegió durante mi malograda estancia en su casa. Desfilan ante mi con la música de una lenta pavana, una visión de bellas

damas, brevemente poseídas, perdidas hace tiempo. Todavía me excitan; pero siendo satírico, me pregunto cómo actuaría si, por milagro, cada una de ellas viniera a mi celda.

Todavía estoy jugando con la idea cuando Roma rompe en un tumulto de campanas para dar la medianoche y anunciar el cumpleaños de Cristo.

25 de diciembre
Fiesta de la Navidad

Por la mañana, se abre la puerta de mi celda y el guardián hace entrar a un visitante. Es un hombre pequeño, media cabeza más bajo que yo (y yo soy un sureño de huesos pequeños). También es, por lo menos, veinte años mayor. Su rostro está arrugado y fruncido como la cáscara de una manzana muy vieja. Su pelo canoso es fino y ralo, pero sus ojos son celestes y, en ellos, hay un destello de malicia. Está vestido con el hábito de Santo Domingo, que le queda como una masa informe. Se dirige a mí en latín: en el latín de nuestro comercio diario en la escuela, en la sala de conferencias y en la correspondencia académica. Sin embargo, mientras se explica, su acento me resulta extraño.

-Soy el Hermano John. Si te parezco extraño es porque soy extraño. El Padre General me llama su homunculus Britannicus -su enano inglés-, porque, en Londres, fui miembro de la comunidad de los dominicos. Tuve que huir a toda prisa porque estaba siendo perseguido por los seguidores de sir Francis Walsingham. Esto fue inmediatamente después de que llegaste tú y te instalaste en la casa del embajador francés. Debo decir que entonces te envidié, Hermano Giordano. Vivías con gran estilo, mientras yo me escondía en las casas de las familias de los mercaderes católicos que comerciaban a través del canal.

-Entonces, mi buen Hermano John, quizá me digas qué te trae hoy por aquí.

-En este punto de mi carrera -que, por cierto, decae más que progresa- sirvo como Encargado de las Limosnas del Superior General.

Lo miro incrédulo con la boca abierta.

-Llevo aquí en la cárcel cerca de siete años. En todo ese tiempo ninguno de mis hermanos me ha ofrecido un regalo o algo que me conforte.

-Entonces, permíteme cambiar la costumbre.

Diciendo esto, levanta el faldón de su túnica y descubre un trozo de red de pesca, atada alrededor de su flaca cintura. La red está llena de maravillas: un tarro de olivas en salmuera, una horma de buen queso de cabra, una gran salchicha de campo, un frasco de vino tinto, otro de un fuerte licor de fruta, una hogaza de pan de trigo, dos naranjas, dos manzanas y una bolsa de almendras azucaradas. Son tesoros más preciosos que los diamantes; sin embargo estallo en carcajadas. Hay algo gloriosamente cómico en ese minúsculo enano que va anadeando por Roma con toda una despensa colgando de su cintura. Él también se ríe y comienza a despojarse de su cargamento, hablando mientras lo hace.

-Si hubiera cargado esto en una cesta, habría tenido que pagar tributo a cada paso: al vigía, a los guardias de la puerta, al que abre tu celda. Ya sabes cómo son las cosas.

-Debería saberlo, pero, como ves, no salgo mucho. ¡Pero esto es un milagro!

-Me dijeron... ¡sólo chismes del tribunal, claro!... que proclamaste abiertamente que todos los milagros eran trucos de los brujos.

-Es parte de mi problema. Abro demasiado la boca en la compañía equivocada.

-¡Hay una verdad! Pero esto, querido Hermano, se puede explicar por causas naturales; así que, por definición, no puede ser un milagro.

-¡Explícame, entonces, las causas naturales!

-¡Para eso, necesitamos estimular el cerebro!

Se levantó nuevamente el faldón y sacó todavía otro frasco, ya descorchado. Esta vez es grappa y, claramente, es para su uso personal contra el frío invernal. De nuevo, tengo una visión cómica: el hombrecito recogiéndose el hábito para orinar en un rincón sombrío de la ciudad, agarrándose el pene con una mano y empinando el licor con la otra. Me recuerda al emperador Augusto y el sobrenombre que éste le puso al poeta Horacio: peniculus meus, mi pequeña picha. Sonrío con el recuerdo. El Hermano John me pide que comparta la broma. Difícilmente puedo rehusar. Para mi sorpresa, también se ríe. Me tiende una copa y me sirve una medida generosa del ardiente licor. Luego, me dice:

-No hay nada más placentero que cerrar el círculo: trasegar buen licor por un extremo y todavía poder mear cómodamente por el otro; ¡créeme, a mi edad, un don excepcional! Pero hay un pequeño problema.

-Si me haces el favor, ¿cuál es?

-Pasa una buena mujer; peor aún, ¡una doncella inocente! Hace una reverencia y suplica que le dé mi bendición. ¿Qué

puedo hacer? Mi mano izquierda sostiene la botella. Mi mano derecha, la de bendecir, sostiene mi miembro fláccido. ¡No es un espectáculo edificante!

Nos reímos juntos. Trato de discernir qué se esconde detrás de esos centelleantes ojos celestes. Apuro la pregunta.

-¿Quién ha enviado estos regalos y por qué?

-Quién es fácil de decir: el propio Superior General.

-¿Y el porqué?

-Esto necesita una pequeña explicación -se echa un buen trago de grappa por el gaznate-. Ocurrió ayer. El Superior y su Vicario volvieron de la visita que te hicieron. Estuvieron hablando con tres o cuatro miembros del Capítulo. Se habló brevemente de ti y te despacharon con un gesto. El Superior General dijo: "Creo que lo quebramos. Volveré a visitarlo después de la Epifanía'. La mención de esa fiesta trajo el más importante asunto de las limosnas y los regalos para los amigos de la Orden. En Roma se ofrece tributo absolutamente a todos. Mi tarea es ver que nadie sea olvidado, menos aún aquellos que puedan perjudicarnos o tenernos inquina. Consulté mi lista. El Superior preguntó si había alguien a quien hubiéramos olvidado. Entonces, no sin cierta malicia, pregunté: "¿No deberíamos quizás ofrecer un pequeño regalo al Hermano Giordano?". Los otros estallaron en risas. Pensé que recibiría una reprimenda, si no un castigo del Superior. En su lugar, se volvió hacia los otros Hermanos y los reprendió duramente. Dijo: "El Hermano John tiene razón. Ayer pasamos mucho tiempo tratando de persuadir al Hermano Giordano de que se arrepintiera de sus delitos. Si un pequeño acto de caridad puede ayudarlo en ese acto de salvación, no deberíamos negárselo. Ocúpese, Hermano John. Creo que comida y bebida para el día de fiesta serían lo mejor. Está tan flaco como un palo de una escoba". Los otros frailes todavía estaban digiriendo su reproche. Finalmente, uno de ellos preguntó. "¿Esto significa un perdón por todos sus delitos y herejías?". La respuesta del Superior fue instantánea y precisa. "En el foro del sacramento, sí. Dada la correcta disposición de su alma, le ofrecemos la absolución, la Eucaristía y la Extremaunción. Entonces, limpio de sus pecados, se lo entregamos a la autoridad civil que, en castigo por sus crímenes, lo enviará a Dios. Ésa es la ley. Es inapelable a menos que el Papa ordene lo contrario; él no está dispuesto a eso en este momento."

... y así es cómo se me comunica mi sentencia, un mes antes del veredicto formal. Se me ofrece con vino y comida, como si fuera un demonio colérico que debe ser aplacado. Sin embargo, repentinamente, no me queda ninguna ira. Este ridículo hombrecito, con sus ojos celestes y su latín vacilante es uno de los hombres buenos de Dios; ¡si es que Dios todavía sigue haciendo hombres buenos! Espera que le diga algo. Le digo que siento que me estoy emborrachando, algo que no hago desde hace muchos años. Le ofrezco abrir una de las botellas que me ha traído y compartir el pan y la salchicha con él. Sacude la cabeza.

-¡Guárdalas, hermano! No bebas todo el licor de una vez. Te traerá dolor de cabeza; con todos los problemas que tienes, no lo necesitas en absoluto. Además darías una excusa a los guardias para que te robaran la comida. Sigue mi consejo: disfruta un poco de vino cada día. Haz que las cosas buenas duren. ¿Te caería mal que dijera una oración por ti; una muy breve, sólo un Pater y un Ave?

-Eres un hombre libre, Hermano John. Haz lo que gustes, es tu elección. En mi boca, en este momento, las palabras serían una blasfemia.

Se estira para tomar y sostener mi mano temblorosa. Su apretón es sorprendentemente fuerte. Luego, silenciosa e íntimamente, murmura los rezos.

-Pater noster qui est in coelis...

Sello mis labios pero no puedo detener mis lágrimas. La vieja voz sigue murmurando. Él aprieta mi mano con mucha fuerza, pero me conforta. Abandono mi mente a las cadencias familiares, como a una canción sin palabras; pero el último verso del rezo me alcanza como un martillazo.

-... et ne nos inducas in tentationem: y no nos dejes caer en la tentación.

Mis tentaciones son ahora una certeza, escrita para siempre en las líneas de la palma de mi mano. Cuando el Hermano John invoca a la Virgen Madre, me encuentro llorando en silencio e inútilmente por mi propia madre hace tiempo perdida.

-Santa María Mater Dei, ora pro nobis: Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte.

Al menos por esto puedo decir un ferviente amén. ¿Quién sabe en qué podrá beneficiarme? Cuando termina el rezo, agradezco al hombrecito por sus regalos, por su compañía y, sí, incluso por sus rezos. Sólo en ese momento me atrevo a preguntarle:

-Dime, Hermano John, ¿qué te trajo realmente hasta mí? Duda un momento, luego me responde.

-Pueden quemarme también por lo que le digo, Hermano Giordano, pero odio el comercio al que se entregan demasiados de nuestros hermanos. Para preservar la fe, que es una fórmula de palabra que encubre un misterio, destruimos a hombres y mujeres. Tú eres mi hermano, quizás, ahora en apuro, todavía

más de lo que puedas creer. Dios te guarde. ¡Ahora esconde todas esas cosas antes de que llame al carcelero!

Me apresuro a esconder debajo de mi manta arrugada los tesoros que me ha traído. No es un verdadero escondite, pero ahora están seguros de mí, ya no inspeccionan mi celda. Aun así, el Hermano John pone su mano sobre la mirilla de la puerta para bloquear la vista de cualquier oficial que pase. Entonces, cuando me ve a salvo, golpea la puerta para llamar al carcelero. Su último gesto es de bendición, su última palabra una arenga. Sursum corda: ¡Arriba los corazones! Luego se va y quedo encerrado otra vez en mi soledad, solo con mis papeles y los milagrosos regalos de licor para solazarme.

El momento siguiente es extraño: una calma gélida, una fría luz de revelación como rayos de luz sobre una montaña helada. Mi propia lengua es la que me llevó a este peligro. Mis propios pies me encaminaron a esta cárcel. Los términos de mi acusación han sido escritos por mi propia mano.

Cuando todavía era un niño de pecho, mis padres y mis padrinos hicieron por mí afirmación de creencia cristiana, y en mi nombre renunciaron a Satán y todas sus obras. El sacerdote derramó agua sobre mi cabeza y luego, sin mi conocimiento o consentimiento personal, fui bautizado como cristiano. En ese mismo instante, se me hizo súbdito de la jurisdicción de la Iglesia y de sus poderes plenarios desde entonces y en lo sucesivo.

Más tarde, cuando me uní a la Orden de los Predicadores y fui ordenado sacerdote, por votos solemnes me encomendé formalmente a un sistema de leyes, de creencias e incluso de idioma completamente cerrado. La clausura fue formalizada por una bula papal, lanzada por el papa Pío IV al final del Concilio de Trento. La misma prohibía a quien fuere cualquier

intento de "publicar del modo que fuese, todo tipo de comentarios, glosas, anotaciones, escolios o todo tipo de interpretación de los decretos de dicho concilio".

Cuando se promulgó ese decreto, yo tenía quince años. No tenía la menor idea -¿cómo podría haberla tenido?- de lo prolongadas y potentes que podían ser sus consecuencias en mi propia vida. Ahora lo sé. ¡Dios me ayude!

Estoy confinado, más allá de toda apelación, por el código de una ley canónica y por las Constituciones de mi Orden. Se me conmina a que suscriba, no sólo a las verdades principales de los Evangelios, sino a toda interpretación de ellas por la autoridad romana, toda expresión de ellas en el latín enmarañado de los escolásticos. Se me dijo qué libros puedo leer y cuáles se me prohíbe leer o poseer. La historia que me enseñaron está expurgada y, a menudo, falseada. El modelo de todos los filósofos es Aristóteles. El maestro de la más pura teología es Aquino, aunque al final de su vida haya hecho a un lado su propio trabajo con desdén: "¡Todo lo que he escrito es paja!". Con estas múltiples ataduras, muy pronto me sentí impaciente y descontento.

Un monasterio es un mundo pequeño y especial, encerrado detrás de muros de piedra. Entre sus habitantes se puede encontrar a unos pocos santos, a otros que viven en sencilla rectitud y a otros -¡más de lo que la Iglesia está dispuesta a admitir!- que venderían a sus hermanas, que robarían el cepillo de las caja de limosnas o que sodomizarían a un monaguillo si se les presentara la ocasión. En este mundo especial no hay mujeres, sólo hombres que pueden volverse sexualmente violentos contra los de su propia clase y entonces, como toros encerrados en la misma pastura, expresan su ira los unos contra los otros.

La conducta de la comunidad de Santo Domingo era tan escandalosa y violenta que se prohibió, bajo pena de excomunión, comentarla en el exterior. Inevitablemente, porque soy de naturaleza combativa y satírica, me hice enemigos y su enemistad se expresó a través de delaciones oficiales al Prior. Se había ordenado como regla que debíamos informar sobre los crímenes de nuestros hermanos. A mí, específicamente, se me acusó de estudios heréticos, porque critiqué el uso de medallones de la Virgen y de los santos como una práctica primitiva y supersticiosa y, más seriamente, porque tenía los comentarios de Erasmo de Rotterdam sobre las obras de san Juan Crisóstomo y san Jerónimo. El acceso a los escritos de Erasmo estaba prohibido. Escondí las copias en nuestra letrina, donde más tarde fueron descubiertas, delatándome porque las había citado en los debates con colegas y con académicos visitantes de otros conventos de la Orden. El punto culminante tuvo lugar cuando el Prior me dijo que la Orden instruiría un proceso jurídico en mi contra. Era demasiado. Me sentí como un Daniel muy pequeño en una caverna llena de leones muy grandes. Así que huí.

Al principio, no tenía una idea clara de adónde debería ir o de qué debería hacer cuando llegara a ese lugar. Lo único que sabía era que tenía que marcharme lo más lejos posible de Nápoles, de la jurisdicción de Roma y de los siempre presentes y aullantes Sabuesos de Dios, ¡mis propios hermanos en la religión!

Ahora sé que fui un tonto. Debería haberme quedado y enfrentado a mis acusadores, pero una vez en el camino, me rendí a la dulce ilusión de libertad. No era demasiado difícil sobrevivir. Para la gente sencilla, yo era un santo porque vestía el hábito religioso. Para los más educados, seglares o clérigos, yo era un personaje al que había que tratar con respeto y al que, discretamente, había que ofrecerle limosnas y hospitalidad. Había una ironía en la idea: ¡el aura de la inquisición protegía al mismísimo hombre a quien la inquisición amenazaba!

Por supuesto, en el convento de Santo Domingo notaron mi ausencia. Comenzaron investigaciones, pero cada día yo me alejaba, viajando al menos tan rápido como cualquier correo.

Cuando en el camino o en las postas me encontraba con miembros de mi propia Orden, refrenaba mi lengua locuaz, refugiado detrás de un muro de misterio oficial durante el día y riéndome con mi almohada durante la noche.

Ahora no me río. El único lugar que puedo recorrer libremente es el campo de la memoria. La única corte a la que puedo apelar es el foro de mi propia conciencia. Pero

todavía tengo el gusto de la libertad en mi lengua, el polvo de muchos caminos en mis botas. Viví en muchos países: Francia, Inglaterra, Alemania, Suiza. Tengo muchos amigos de alcurnia: nobles, príncipes y hasta un rey. Mi voz ha sido oída en muchas casas de enseñanza. Espero que los libros que he escrito me sobrevivan; ni siquiera la Santa Inquisición romana puede quemarlos todos. Mi insensatez es clara: un día, confiando en la amistad, en el mecenazgo de un noble poderoso -y sí, en la validez de lo que había escrito y en la sabiduría de aquellos que lo hubieran leído-, me encaminé de nuevo alegremente al cautiverio.

Desde entonces, he explorado cada pasadizo del laberinto de la ley buscando una salida. Todos terminan en un muro blanco. Cuando el Hermano John me dejó, me hundí inmediatamente en un pozo negro de desdicha. Ahora, realmente, he sido despojado de esperanzas; incluso de ira por lo que he visto como una traición jurídica. En Venecia hice una retractación general de cualesquiera de los errores que hubiera cometido hablando o escribiendo. Esa retractación fue realizada sobre la base de una promesa de libertad del tribunal local de la Inquisición. Luego los romanos pidieron mi extradición, sosteniendo que el juicio veneciano sólo era una parte de los asuntos que venían de Nápoles.

En Roma, muchas veces a lo largo de los años, me ofrecieron el mismo trato: retractarme y ser libre. Ahora han vuelto a cambiar de opinión: podría retractarme y ser absuelto en el foro de la conciencia; pero todavía estaría sujeto a los castigos de la ley porque el Papa no levantaría las censuras que pesan sobre mí. Mi destino ya ha sido determinado. Todo lo que tienen que hacer es declararlo formalmente con un documento notarial.

Repentinamente, un nuevo impulso se apoderó de mí. Desparramaré toda la comida y el vino y me atiborraré hasta atontarme; luego, dejaré que los carceleros se las arreglen con el despojo hinchado de Filippo Giordano Bruno, el nolano. La cordura no me volvió hasta el momento en que disponía la comida sobre la mesa. Me di cuenta de que esta locura de la glotonería sería mi derrota final, su victoria final. Entonces, en efecto, el Superior General podría declarar que me quebraron y que mi débil voluntad también evidenciaba mi mala fe en mis prolongados tratos con los Inquisidores. No podría, no debería proporcionarles un triunfo tan fácil.

Entonces, la furbizia, la viveza callejera de mi juventud napolitana, me permitió una pequeña esperanza. En lugar de llenarme la panza con comida que me enfermaría, ¿por qué no usarla como soborno para ganarme el favor de mi carcelero? Pronto, antes de que yo, el escritor, sea borrado del libro de los vivos, necesitaré un correo para que saque mi último testamento de esta cárcel.

No tuve -y tampoco tengo ahora- certeza alguna, pero una apuesta muy desigual parece mejor que un dolor de estómago por glotonería. Así que golpeo la puerta y llamo al carcelero. Se toma su tiempo para venir y pregunta con fiereza qué quiero. Le digo que quiero darme el gusto de ofrecerle un pequeño regalo por el día de fiesta. Esto lo decide a abrir la puerta y a meter un pie receloso dentro de la celda.

El guardián es joven, tiene mandíbula fuerte, ojos embotados y un algo más que estúpidos. Me dice que está de guardia, solo, hasta el atardecer. Todos sus colegas están en su casa con sus familias. Me pide que le muestre el regalo que tengo para él. Lo arrastro adentro y me aseguro de que la puerta esté cerrada. Luego le señalo la comida y el alcohol. Se queda con la boca abierta y me pregunta cómo obtuve esas cosas. Le explico. Le digo que me gustarla que las compartiera conmigo y que se quedara con las sobras. No puede entender por qué soy tan generoso. Le digo que, en estos días, estoy inapetente. Necesito más la compañía que la comida. Claramente, se siente incómodo. Lo apremio amablemente:

-¡Por favor! Concédeme la gracia. Estás solo. Estoy solo. ¿Quién se va a enterar?

Resolver este problema matemático le lleva unos minutos. Finalmente, acepta. Se sienta en mi taburete mientras permanezco de pie para servir el alcohol y le pido su cuchillo para cortar el pan y la salchicha. He escondido la fruta y las almendras azucaradas debajo de mi manta: pequeños manjares que no son una incitación a la glotonería o a la ebriedad.

Me sirvo una pequeña y prudente medida de alcohol, pero animo a mi huésped a que coma y beba a gusto. Al cabo de un

rato, empieza a relajarse. Le pregunto por su familia. Su padre está muerto. Vive en su casa con su madre y con una hermana soltera quien, por carecer de dote, es difícil de situar en el mercado de los casamientos. No es fea, así que la madre está tratando de arreglarle un casamiento con un comerciante viejo, que ha enviudado recientemente, y necesita una mujer, preferiblemente un muchacha que lo cuide y se ocupe de la tienda.

Personalmente ya está listo para hacerme confidencias-, no apostaría por la suerte de su hermana. Hay demasiada competencia, ¡y un tendero próspero no necesita casarse para tener la cama caliente y el negocio arreglado!

Eso me impulsa a preguntarle cómo van las apuestas del personal a propósito del desenlace de mi caso. Sacude la cabeza.

-¡Van parejas! Eso es lo mejor que se ofrece. A menos que, por supuesto -me mira con ojos astutos-, a menos que estos regalos signifiquen mejores noticias. ¿Están acaso ofreciéndole perdón a cambio de uno o dos nombres?

-Lo dudo, amigo.

-De todos modos, le deseo suerte. La salchicha está muy buena; el vino también es bueno.

-Sólo lo mejor para la mesa del amo. -¿Cómo puede estar tan animado? -¿Ayudaría que me lamentara todo el día? -Supongo que no; pero, ¿no tiene miedo? A veces.

-¿Vio alguna vez una quema? -pregunta con cierta estúpida inocencia.

Le digo que no. No es un espectáculo al que iría para divertirme.

-Yo vi una. El que compartía la celda con usted, el fraile barbudo. ¿Cómo era que se llamaba?

-Hermano Celestino.

-Ése. Fui con mi amigo Ambrogio. A Celestino lo quemaron de noche en el Campo del Fiori. Levantaron la hoguera justo enfrente de la embajada de Francia. El embajador armó un gran lío por eso. Dijo que el ruido y el hedor lo mantuvieron despierto; pero fue un gran espectáculo; en realidad, como un carnaval.

A pesar de mí mismo, me fascina oír su versión del acontecimiento. Lo describe de la misma manera en que un niño describiría una actuación de Polichinela en una feria campestre.

-Primero hay una procesión desde la Torre Nona hasta el Campo. Hay un guardia de piqueros y un trompeta. Al condenado lo llevan en un burro. Para que no se caiga, le atan los pies por debajo de la panza del animal y los brazos, por debajo de cuello. Lo visten con un gran saco de arpillera pintado con diablos y las llamas del infierno. Su cabeza es lo único que uno puede ver. Le meten una cuña de madera en la boca para que no pueda maldecir o gritar. Antes de que la procesión se ponga en marcha, los hombres misericordiosos ocupan su lugar a los lados del animal.

¿Hombres misericordiosos? Es una expresión que nunca oí. Le pregunto quiénes son. La palabra y el título inusual lo hacen trastabillar. Resulta que los hombres misericordiosos son miembros de la Cofradía de San Giovanni decollato: san Juan, el decapitado. Ellos acompañan a la víctima a la hoguera, rezando, metiéndole un crucifijo debajo de la nariz, rogándole que se arrepienta antes de que lo quemen en la tierra y en el infierno. Esta mascarada bárbara me fascina e indigna. Por primera vez percibo el completo horror de la narración que hace el Evangelio de la crucifixión: Jesús y las otras dos víctimas, clavado desnudo a la cruz, hostigado por las burlas de una muchedumbre y desafiado por los creyentes ortodoxos a que haga un milagro que le permita salvarse. Mi narrador está absorto en la culminación de su propia historia macabra.

-Cuando llegan al Campo, todo está listo. Alrededor de la pira se amontonan ramas y troncos de pino empapados con aceite para que quemen mejor. Liberan de las ligaduras al reo y lo desnudan, como se pela una naranja. Los hombres misericordiosos intentan por última

vez salvarle el alma. Él se aleja de ellos. Entonces lo atan a la pira y los portadores de antorchas encienden el fuego. Me quedé esperando que el tipo gritara, pero, claro, con la mordaza, no pudo. Tampoco pudo moverse demasiado porque sus ligaduras estaban muy ajustadas. Ambrogio, mi amigo, dijo que si el tipo tenía suerte, el humo lo sofocaría antes de que el fuego realmente lo quemara. ¿Quién sabe? La multitud no nos dejó ver y el humo, antes de que el fuego prendiera, era muy espeso. ¡Diablos! ¿Por qué le estoy diciendo todo esto? Podría ocurrirle a usted y no tiene sentido que pase dos veces por esto antes de estar ahí. ¿Dijo que podía quedarme con el resto del vino y de la comida?

-¡Por favor! Llévate todo; es mi regalo. -¡Usted es un hombre generoso!

Me encojo de hombros, me esfuerzo en sonreír, apilo la comida en sus brazos y le mantengo la puerta abierta. No puedo encontrar palabras para decirle que, en ese momento, otro bocado se me atragantaría.

Cuando llega la oscuridad, enciendo una de mis preciosas velas, extiendo mi papel y trato de escribir para quitar las pesadillas de mi cerebro. Aunque trato, no lo consigo. Timor mortis conturbat me. El miedo a la muerte me aterroriza; sin embargo, no es tanto el miedo a la muerte, es la terrible bufonada que la acompaña. Antes de morir me convertirán en un payaso.

Finalmente, el cansancio hace lo que el pensamiento no puede. Me siento aquí, observando cómo flamea la llama de la vela sobre el papel en blanco, mientras froto la pluma en mis labios.

La idea de desnudar a un hombre como se pela una naranja me recuerda que todavía conservo una. Estoy tentado a comerla. En vez de hacerlo, la sostengo en mis manos como un globo dorado; por una extraña inversión de la razón, entiendo que es por eso que quieren matarme.

La naranja es su modelo del universo, una esfera, completa, cerrada, que necesita un primer motor para ponerla a rodar así como la hago rodar sobre la mesa con el dedo. Lo que veo es diferente: un cosmos expandiéndose a infinidad de tierras, soles, galaxias y estrellas más allá de nuestra concepción. El Dios que hizo eso no es un malabarista de naranjas celestiales, que nos deslumbra con esferas en órbita. Está en todas las cosas, con todas las cosas, en nosotros y alrededor de nosotros, por lo que en él realmente vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser. ¿Por qué llaman a esto herejía? ¿Por qué se empeñan en quemarme por esto?

Esa pregunta, como la naranja, queda para otro día. Antes de apagar la llama de la vela, inclino la cabeza y rezo: "¡Oh Dios, si es que hay Dios, otórgame por esta única noche un sueño sin pesadillas!".

26 de diciembre
Fiesta de San Esteban, mártir

Mi ruego por una noche sin sueños fue otorgado. Dormí hasta que fui despertado por el guardia que me trajo mi colación matinal y que caminó conmigo mientras yo vaciaba mi cubo en el agujero de la alcantarilla. Encontré cierta ironía en el hecho de que se quejara de ser presa de la resaca que yo podría haber tenido. Había otra pequeña ventaja: no volvería a molestarme hasta la próxima comida. Podría escribir en paz. Podría mirar hacia atrás, hacia mis días de libertad, y no hacia adelante, hacia mi muy corto futuro.

El viaje de Nápoles a Roma en febrero de 1576 me llevó cinco días. Viajé por la ruta histórica: Capua, Gaeta, Terracina, Velletri. Llegado a Roma, me arriesgué mucho pidiendo alojamiento en el convento de mi Orden, en Santa Maria sopra Minerva. Tenía que saber si

las noticias de mi huida de Nápoles ya habían llegado a la ciudad. Era claro que no, pero podrían llegar en cualquier momento. Inventé una historia sobre un

encargo especial para el Prior en Nápoles para preparar un estudio sobre el arte de la memoria.

Sin embargo, era un cuento demasiado frágil para que se sostuviera mucho tiempo. Para empeorar las cosas, uno de los hermanos, involucrado en una refriega, mató a un hombre y arrojó el cuerpo al Tíber. Yo no tenía nada que ver con el incidente; pero era un recién llegado a la ciudad y, por lo tanto, un blanco natural de sospechas. Ahora los riesgos eran demasiado grandes. Volví a desplazarme, esta vez despojándome de mi hábito, adoptando la sobria vestimenta de un letrado y llevando espada y daga para protegerme contra los rufianes en el camino.

Tenía que empezar a vivir de mis propios recursos, que en ese momento consistían en una muy pequeña reserva de dinero, un cúmulo de enseñanzas religiosas y mis propios talentos, que todavía no habían sido probados en ningún mercado. Primero fui a Noli, un oscuro y pequeño puerto en el territorio de Génova, la ciudad que el gran Andrea Doria había construido como una república marítima de mercaderes, banqueros y navegantes quienes, siguiendo a Cristóbal Colón, abrieron las rutas marítimas y se convirtieron en comerciantes con el Nuevo Mundo. Allí era España la que mandaba y no Roma. Había riqueza en abundancia, pero poco mecenazgo para un oscuro letrado como yo; Me gané la vida enseñando astronomía a algunos caballeros y gramática a los mocosos. Pronto, reanudé la marcha, volviéndome a encaminar hacia el este: Savona, Turín y, a través del valle del Po, a Venecia.

Allí conocí a algunos frailes dominicos que me persuadieron de que, ya que todavía no había sido excomulgado, estaría más a salvo volviendo a vestir el hábito. Esto implicaba todavía otra estratagema. Le dije al Prior Provincial, Remigio Nannisi Fiorentino, que quería escribir y publicar un libro que se llamaría Las orientaciones de la época. El Prior Provincial me alentó y me pagó un estipendio para que trabajara en él. Era un hombre humanitario, un erudito iluminado, que se sintió feliz de tomarme al pie de la letra: hasta que vio mi otra cara.

Nuevamente, mi temperamento meridional fue mi perdición. La gente se molestó por mis preguntas incansables y mi constante debate. Me recordaron que estaba en una ciudad en la cual las denuncias secretas eran comunes: alguien deslizaba una nota en la Boca del León y, antes de que pasara mucho tiempo, los guardias lo apresaban a uno por dudar y se podía terminar colgando de los talones en la Piazzetta. El Prior Remigio era un hombre sabio. Puso el dinero en mi bolsa y me dijo que necesitaba viajar más para observar más orientaciones de la época. Así que, una vez más, me puse en marcha; esta vez hacia el oeste, a Padua, Brescia, Bérgamo y, cruzando el paso de Monte Cenis, a Chambery en Francia.

Cuando vuelvo a mirar al hombre que era en esos primeros años fugitivos, no me siento muy orgulloso de él. Era una criatura cambiante, por momentos exaltado, por momentos deprimido, girando como un trompo, mirando hacia atrás, hacia adelante y alrededor, todo al mismo tiempo. Era un monje, un sacerdote, un letrado y en ocasiones también un tonto. Vestía el hábito del monje como un disfraz para un baile de máscaras. Era un sacerdote sin congregación, un erudito sin mecenas enfrentado con el más poderoso y rico de todos los mecenas, la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana. Era un oportunista, carente de vergüenza en sus estratagemas para sobrevivir, un fanfarrón sin nada de qué jactarse porque no había hecho nada.

Sin embargo, había otro Bruno al que todavía puedo recordar con afecto, con respeto y con tolerancia por sus más egregias locuras. Éste todavía era un muchacho con una cabeza llena de sueños que empujaban y gritaban por salir. Todas las voces de la época, viejas y nuevas, resonaban dentro de su cráneo, aunque no podía ponerles palabras, y aun cuando encontraba las palabras, éstas eran inadecuadas. Tenía un anhelo de amistad, y sin embargo era torpe y quisquilloso en su práctica. Agotaba las amistades muy rápido sin entender muy bien por qué. Había una inocencia especial en su convicción de que la verdad, como la piedra filosofal, tenía una virtud propia que transmutaría la escoria en oro y pondría fin a toda

discusión. Amaba a las mujeres y las mujeres se sentían atraídas por él, hasta que descubrían que estaba tan enamorado del conocimiento como de ellas; que, incluso después de los éxtasis del lecho, todavía seguiría buscando el brillo de estrellas en cielos distantes. Lo consideraban inconstante: aunque su necesidad no manifiesta era ser parte de una familia. No obstante, tenía una gran necesidad de libertad que todavía no había empezado a experimentar, una libertad de espíritu para imaginar incluso imposibles, para ser un fabulista del más fabuloso de los misterios: la creación misma.

Después de la prolongada oscuridad de la Edad Media, frente a todas las sangrientas confusiones de nuestro propio tiempo, todos nosotros buscábamos en el pasado una edad de oro del arte, las letras, la ley y la conducta humana. Sabíamos que habían existido por los fragmentos que nos llegaban, muchos de los cuales estaban siendo restaurados para nosotros por eruditos griegos, árabes y judíos, bajo el mecenazgo de príncipes ilustrados como Cosimo di Medici. Creíamos que la restauración podía consumarse con una especie de renacimiento mágico. La Iglesia incluso, fracturada y fragmentada por disputas doctrinarias y dinásticas, podía ser restaurada volviendo a sus orígenes: la buena nueva predicada por Jesús a orillas del lago de Galilea.

Después de la dialéctica estéril de mi aprendizaje monástico en Nápoles, estaba abierto a este sueño esperanzado. Leía con avidez todo lo que podía encontrar: los escritos de Lactancio sobre la obra del antiguo sabio Hermes Trimegisto, los textos de éste, el Corpus Hermeticum y el Asclepius, traducidos por Ficino a expresas órdenes de Cosimo di Medici. Consideraba esta tarea más importante que la traducción que Ficino había hecho de Platón.

Para muchos eruditos de nuestro tiempo -y todavía estamos en nuestro tiempo, ¡aunque pronto yo estaré fuera de él!-, esos escritos contenían la clave de todo el conocimiento, la teología prístina, la fuente primaria de la antigua sabiduría, una magia histórica que podría cambiar el mundo, como lo había cambiado para los antiguos.

Por lo tanto, para establecer mi sistema de memoria y mis visiones de una nueva era, no debería usar meramente las convenciones literarias de diálogos y disputas entre antiguos dioses, sino el vocabulario de la astrología, la adivinación y los conocimientos ocultos. En mi opinión, no había nada presuntuoso o herético en esto. San Agustín y Lactancio coincidían en que Hermes había descubierto muchas verdades y habían afirmado la excelencia y la majestad del Logos, la palabra divina.

La Iglesia -especialmente la Iglesia Romana- tiene su propio lenguaje y sus propias fórmulas mágicas. El sacerdote dice "Éste es mi cuerpo" y el pan se transforma en la carne de Cristo por un proceso místico de transustanciación. El sacerdote dice "Te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo". El alma, inmediatamente -sea ésta lo que sea- se limpia de toda inequidad, con tal que el penitente -a veces hay una condición; a veces, no- se disponga a arrepentirse y cambie. Por otro lado, el bautismo es magia pura: un niño recién nacido, un heredero del pecado de Adán y Eva, es transmutado en un hijo de Cristo, heredero del Reino de los Cielos.

Así que, cuando usé el lenguaje hermético, pensé que estaba sobre tierra firme, apoyado por buenas autoridades, al menos suficientes como para dar crédito a mis argumentos. Todavía lo pienso; pero desde hace ya más de siete años, me he visto envuelto en un diálogo de sordos con los Inquisidores (que es casi tan útil como golpear mi cabeza contra los bastiones de la propia fortaleza del Papa: Castel Angelo).

Los Inquisidores sostienen los cargos de herejía: yo los niego. Escribo descargos que nadie lee. Envío peticiones al Papa. Él tampoco las lee. No espero que él o ellos me crean. Sólo digo que tengo el derecho de caminar por mi propia senda en busca de la verdad. Ellos no querrán. Debo creer lo que me dicen que crea. Debo confesarlo en los términos que dictan. Si me niego, me matarán.

Es la fiesta de San Esteban, el primer mártir de la cristiandad, lapidado por herejía por los ortodoxos de su tiempo, cuando Saúl de Tarso, el ferviente perseguidor, llevaba el manto de los ejecutores. Más adelante, Saúl se convirtió por un milagro en el camino de Damasco.

Librodot

Me pregunto si algún milagro cambiará la opinión de los Inquisidores y de Su Santidad el Papa.

No puedo pensar más adelante que esto, así que vuelvo a mi primer viaje a Francia: por los Alpes hasta Chambery en Saboya.

Recuerdo Chambery como un pequeño pueblo industrioso y bello, donde fui recibido con cortesía. Sin embargo, allí no había trabajo para mí; así que, una vez más, fui forzado a buscar la hospitalidad de la comunidad local de mi Orden. Eso implicó otro cambio de vestimenta y otra serie de ficciones para explicar mi presencia. No me siento orgulloso de esos episodios; alego sólo que fueron una estratagema de supervivencia.

Pronto reanudé la marcha, esta vez hacia Ginebra, donde un caballero napolitano, el Márchese de Vico, era conocido por ofrecer hospitalidad y apoyo a los italianos que adherían a la fe protestante de los calvinistas.

De Vico me recibió con afecto. Me dio nuevas ropas, apropiadas para un erudito, y me explicó que podría vivir en Ginebra en paz y a salvo, con tal de que mostrara un respeto decente por la religión y las leyes de la ciudad. Me explicó el sistema ginebrino de gobierno por consejos y la estrecha cooperación de éstos con la Asamblea instituida por Juan Calvino. Confieso haber escuchado con menos atención de la que la situación requería. Como buen napolitano, había nacido en la convicción de que la mayoría de las cosas podían "arreglarse".

Vico, por ejemplo, me dijo que no era necesario convertirme en miembro formal de la comunidad calvinista, aunque podía asistir a los servicios e incluso recibir el Sacramento. Siguiendo su consejo, firmé en el Libro del Rector en la Universidad, asistí a conferencias y participé en los debates. Uno de los profesores era un tal Antoine de la Faye, un filósofo, un erudito en la Biblia y, más importante, un amigo del Rector. Lo que oí en sus sesiones me impresionó muy poco. Noté más de veinte errores en una sola conferencia. Hice que fueran publicados por un impresor local. Inmediatamente, tanto el impresor como yo fuimos arrestados por publicar el libelo. El impresor me culpó y recibió una multa leve. Yo insistí en defender mis razones y mis argumentos. Fui encarcelado. Nuevamente, había interpretado mal los indicios de la época y la tolerancia de los religiosos.

Apelé al Consistorio. Me disculpé por mi ataque intemperante contra el sabio. Se me concedió clemencia. Fui liberado, pero, muy formalmente, me sugirieron que estaría más contento y a salvo en otra parte. Dado que sólo habían pasado veintitrés años desde que habían quemado por herejía a Miguel Servetus, estuve de acuerdo.

Abandoné Ginebra a toda prisa y me dirigí hacia el oeste, a Toulouse. No sabía -¿cómo. podría saberlo?- que, veinte años más tarde, los Inquisidores venecianos y romanos usarían en mi contra los sucesos de Ginebra.

Ahora, demasiado tarde, estoy convencido de que es una locura entrar en polémicas con cualquier Estado o religión establecida. Las ideas nuevas son una amenaza para la estabilidad. Por consiguiente, deben ser suprimidas. El error no tiene derecho a existir. Aquellos que lo propaguen deben ser destruidos. Ningún argumento en el mundo puede triunfar sobre el ejercicio del simple poder.

Entonces, ¿por qué sigo intentándolo? ¿Qué espero en mi celda de esta labor solitaria y subrepticia? La pregunta me fue planteada muchas veces por diferentes personas. Todos me preguntaron: ¿para qué lucha? ¿Por qué no darles lo que quieren: retractación, sumisión, una muestra de sabia obediencia? Es una formalidad que ellos necesitan. ¡Déselas! ¡Después puede volver en paz al jardín de su monasterio y seguir creyendo en lo que quiera!

Pero entonces tengo mis propias preguntas. ¿Qué quedará de mí para vivir en el jardín de mi convento? ¿A quién veré cuando me mire en el espejo? ¿A un querubín con una sonrisa imbécil y la cabeza vacía, sin cerebro? ¿Cómo podré soportarlo? ¿Cómo podré perdonarme por las mentiras que tendría que decir para alcanzar ese estado de felicidad?

¡Oh, ya conté mentiras! Escondí incómodas verdades durante todos estos años. Por ejemplo, las obras del Maestro Erasmo en la letrina de Santo Domingo. Puedo vivir con esas

faltas, incluso espero se me perdonen, porque las reconozco por lo que son: los trucos de un zorro molesto para hacer que los sabuesos confundan su rastro.

Pero hay tiempos más felices que recordar. Mi estadía en Toulouse, la antigua capital del Languedoc, es uno de ellos. Después de la masacre del día de San Bartolomé en París, hubo ataques en todo el reino a las comunidades protestantes. Sin embargo, hacia el tiempo en que llegué a Toulouse, la ciudad estaba relativamente en calma. Me alojé en la casa de Berthe Maupin, viuda de un abogado, una mujer acomodada y agraciada a quien había sido recomendado por un caballero con quien había viajado desde Lyon. Ese mismo caballero me dio buenas noticias: los profesores de la universidad eran elegidos por los estudiantes y no se les pedía ninguna profesión de fe o participación en los Sacramentos.

Tal como lo había hecho en otros lugares, empecé por reunir un pequeño grupo de estudiantes con los que trabajé en forma privada. Luego, a medida que crecía mi reputación -y creció muy rápido-, pedí ser examinado para obtener un Doctorado en Teología. Una vez que se me confirió, me presenté para una cátedra, a la que fui electo inmediatamente.

Ese nombramiento todavía me enorgullece. Lo obtuve por mis méritos, sin padrinazgos. Gané, creo, lo que valía. Di dos cursos: uno sobre De Anima, de Aristóteles, y el otro sobre el Arte de la Memoria. Con cada uno de ellos hice un libro, que me permitió ganar algún dinero extra y que, por cierto, ampliaron mi reputación como filósofo.

En Toulouse no me hice de enemigos que pueda recordar. Mis conferencias atrajeron a muchos estudiantes. Mis charlas sobre la memoria los asombraron. Entre mis pares, me hice de un pequeño grupo de amigos, algunos de los cuales, más tarde en París, me fueron útiles. La viuda Maupin me tenía afecto y, quiero pensarlo, yo también sentía afecto por ella. Tenía una cómoda herencia de su marido, y no necesitaba ni esperaba riquezas de un académico sin pertenencias. Yo era más joven y concupiscente que el hombre a quien ella había perdido. Me alimentaba bien, mantenía limpia mi ropa de cama y zurcía mis medias. En la cama nos entendíamos bien. Mientras yo trabajaba en mis charlas y en mis libros, vivíamos silenciosa y discretamente. Cuando recuerdo lo regular y, de hecho, lo casi conventual que era nuestra existencia doméstica, sonrío.

Me pregunto también cómo habría sido mi vida si me hubiera dedicado a hacer carrera en esa universidad de provincia. El casamiento, claro, habría sido un problema. Berthe era católica y yo, un sacerdote renegado que seguía siendo un monje bajo solemnes votos de los cuales sólo el Papa habría podido dispensarme. Por eso, a fin de cuentas, el estado que mejor nos hubiera convenido a ambos era el de un concubinato discreto. Podríamos haber seguido así muchos años. Berthe estaba dispuesta. Yo era el tipo con el diablillo de la ambición siempre susurrándome en el oído, urgiéndome ad altiora, a cosas más altas y grandiosas.

Para ascender todavía más, necesitaba un empujón que el Canciller y la Facultad de Toulouse no podían darme. Primero tenía que ir a París. Para establecerme allí, necesitaba presentarme como un filósofo original y desafiante.

Así que, como parte de mi preparación, ideé una serie de conferencias sobre los Atributos Divinos, según los considera Tomás de Aquino. Las publicitaria en la ciudad con la ayuda de un impresor que haría los anuncios y que los distribuiría. Siempre, en cada ciudad, hay un público para los nigromantes, para los juglares y para los adivinos.

En una capital donde la ortodoxia había sido confirmada con derramamiento de sangre, las conferencias demostrarían mi ortodoxia. Al mismo tiempo, prepararía el esquema de un trabajo sobre la magia natural y un sistema de memoria, del cual yo mismo soy ejemplo y un dotado exponente. Puedo reivindicar, en efecto, que tengo la memoria de un Mago el cual, a través de antiguas imágenes que ha aprendido y comprendido, alcanzó un enorme poder personal. Deseaba que mi exposición de ese poder me atrajera la atención de la Corte y, en realidad, del rey mismo, el cual -según el rumor- era devoto de las artes liberales, pero vivía en desasosiego y temeroso de los espectros de su pasado reciente.

Mi Berthe no sabía nada y nada le importaba la filosofía; pero comprendió mi necesidad de progresar. Mi decisión no se discutió. Lloramos juntos y Berthe advirtió

Librodot

amablemente: "Mi amor, es fácil recoger los huevos de las gallinas propias, pero las águilas anidan en lugares altos y peligrosos y son aves hostiles. Así que, cuídate, amor mío. Te echaré de menos. ¿Me escribirás de vez en cuando?".

Le prometí que lo haría; pero nunca lo hice. Ésa es la maldición del vagabundo: nunca puede volver la vista atrás. Sin importar lo cómoda que haya sido la cama que compartió, en el camino siempre está solo.

27 de diciembre

Hoy soy víctima de la lobreguez del invierno: una melancolía sofocante que, si me vence, me dejará en la cama mirando las piedras grises del techo. Tengo que obligarme a limpiar, comer el pan rancio de mi desayuno e instalarme para escribir. Cuando invoco mis recuerdos de esa primera estancia en París -que están entre los más felices de mi vida-, se alza la nube de la tristeza.

Me había preparado bien para esa estadía. Estaba cansado de la vida andariega del erudito vagabundo. El tiempo con Berthe me había enseñado el valor de la tranquilidad doméstica. En Toulouse había gastado poco, así que tenía en mi bolsa una modesta suma de dinero, lo suficiente para comprar un caballo, pagar los gastos en el camino y vivir en París mientras buscaba un mecenas.

Un colega me había dado cartas de presentación para tres impresores parisinos y para dos profesores de la Sorbonne, donde él había estudiado. En síntesis, estaba en mejor situación de la que había estado en mis vagabundeos anteriores; pero sabía que tenía que empezar a trabajar lo antes posible.

Por una afortunada casualidad, todos los impresores para quienes tenía cartas estaban en la rue Saint Jean de Latran, bastante cerca del College de Cambrai. Uno era Egidius Gilles, cuyo emblema eran las Tres Coronas; el segundo, Egidius Gorbin, cuyo cartel anunciaba "Esperanza", y Guillaume Giuliano, que era sobrino de Gorbin.

Decidí distribuir mi trabajo entre los tres, lo que los pondría a competir y me permitiría estirar mi crédito un poco más. Cada impresor necesita autores para que sus prensas estén ocupadas y para proporcionarle títulos que puedan vender a los libreros y en las ferias. Los impresores deseaban presentarme a sus clientes como una nueva y distinguida figura en sus catálogos, por lo que fui invitado a hablar en varias reuniones de eruditos y nobles. Más rápidamente de lo que me atreví a desear, se me estableció una conexión con la corte del rey Enrique III.

El Enviado de Venecia, Giovanni Moro, me prestó el apoyo más generoso y me enseñó las maneras de la vida cortesana. Mi querido y devoto amigo Jean Regnault me presentó a Henri de Angouleme, Gran Prior del Reino, Teniente General y Almirante de la Flota. Yo era capaz de demostrar detalladamente a esos nobles y a otros como ellos mi sistema de memoria, mejorado a partir del ideado por Ramón Llull.

Les pedía que me examinaran sobre el aprendizaje y la rememoración de temas de su elección: historia, geografía, astronomía y mitologías antiguas. Confieso que en todas mis actuaciones usaba pequeños trucos desconcertantes como los de un actor enmascarado o un adivino en carnaval. En todos nosotros hay un niño que se deleita con la ilusión.

No desalenté las habladurías ni los debates sobre si el arte que exhibía era natural o mágico, aunque tenía cuidado de no decir -más allá de la exageración retórica- que contenía elementos de magia antigua. En la atmósfera de discusión y sospecha creada por las guerras religiosas, lo último que quería era otra acusación de herejía.

Finalmente, recibí un Requerimiento Real para que me presentara en la corte y demostrara mi sistema. Como parte de mi exposición, señalé que un hombre con una memoria bien entrenada era el correo más seguro para los mensajes importantes. No tendría documentos que pudieran ser robados o copiados. Lo único que necesitaba el mensajero era una prueba de identidad. En cierto sentido, dado que el dolor confundiría los símbolos cuidadosamente ideados del recuerdo, sería invulnerable aun a las torturas.

Su Majestad, entonces, me sometió a una prueba ideada por él mismo. Ocurría que había preparado un documento de cierta dimensión, que contenía instrucciones diplomáticas y militares sobre una operación ficticia en Flandes. Me preguntó cuánto tiempo necesitaría para aprenderlo de memoria. Solicité cinco minutos. Pero después de tres minutos de lectura enrollé el pergamino y lo devolví. Entonces lo recité palabra por palabra, luego pedí que Su Majestad y otros me interrogaran al azar sobre los detalles.

En mi presente estado de degradación, todavía recuerdo esa ocasión triunfal. La confianza de mis amigos nobles fue justificada. Su Majestad quedó grandemente impresionado. Ordenó que se me encontrara un puesto como maestro en el College de France y me dijo claramente que consideraría qué otros usos podrían encontrarse a mis singulares habilidades.

En muy breve término, concluí tres obras, todas ellas basadas en el arte de la mnemotecnia: La arquitectura en los libros de Ramón Llull, Las sombras de las ideas y La canción de Circe. Viéndolas ahora retrospectivamente, reconozco que fueron más importantes para mi carrera que para la posteridad. Ya entonces quería escaparme de ese rincón un poco estéril del jardín de la filosofía. En su momento, constituyeron un fenómeno, pero significaron poco para el verdadero progreso de la sabiduría y la cultura. Sentía la necesidad de cambiar de la erudición pedante a la comedia de la vida real. Orienté mi mente hacia otros maestros -Bibbiena, Ariosto, Aretino-, y decidí que tenía la experiencia y la habilidad literaria para alcanzarlos. ¡Escribí una obra de teatro! Fue una comedia a la que llamé El hacedor de velas.

Sentado en mi celda, con frío y solitario, miro mi propia y magra provisión de velas y recuerdo con qué audacia presenté mi prólogo a El hacedor de velas.

"Debéis imaginaros a vosotros mismos en la muy Real Ciudad de Nápoles. Os esperan destellos de timadores, bribones y carteristas... mujeres viriles, hombres afeminados... Veréis poca cosa bella, nada bueno... ¡Que el cielo os asista!"

Era una sátira de la vida monástica y de la profesión de los eruditos pedantes que -según se dice- habla sido sacada de la vida misma. Como pieza teatral, fue exitosa e hizo hablar a todo París. Como un episodio más de mi variada carrera, fue, retrospectivamente, de mal agüero. Me valió tantos enemigos como amigos y, desde el comienzo de mis juicios en Venecia y en Roma, se presentó como un argumento en mi contra.

Quiero decir que mi vida en Paris me proporcionó mucho placer, pero ninguna fe en la bondad de los seres humanos. Tenía mi puesto en el College de France porque éste se encontraba bajo la protección del Rey, pero la Sorbonne me estaba vedada porque allí triunfaba la Iglesia, desesperada por defenderse de las intrusiones de herejes sospechosos como yo. El éxito de mi comedia acrecentó la amenaza. La teología dudosa es una cosa contra la que se puede debatir o que puede suprimirse. La sátira popular es otro asunto. La carcajada burlona de la multitud nunca puede sofocarse; así que hay que lanzar los perros contra el hombre que la provoca.

Sin embargo, por el momento sus aullidos apenas se oían detrás del aplauso de mis admiradores y las entusiastas respuestas de los estudiantes que se agolpaban en mis conferencias. Había dejado en claro desde el principio que ellos eran libres de hacerme todas las preguntas que quisieran, planteándolas incluso en los términos más conflictivos.

-Un sabio -les dije-, un verdadero sabio es aquel que está enamorado del conocimiento. Debe estar dispuesto a vender la última camisa que tenga por una verdad pequeña, un destello de fuego celeste que ilumine el misterio del mundo y todas las mentiras que se esconden

detrás de él. Definir y componer fórmulas no es conocimiento. Es pedantería; no es eso lo que os ofreceré en esta clase. El lenguaje, amigos míos, es el más seductor y traicionero de los dones porque los hombres y las mujeres construyen todas las lenguas. La capacidad de construirlas es lo único que podemos decir que nos dio el Creador. Desde la época de los griegos nos hemos emborrachado de elocuencia. ¡Hicimos una jaula de palabras y empujamos a su interior al Creador, de la misma manera que los niños confinan a un grillo o a una langosta para que canten su canción sólo para ellos! Pero cuando se aprisiona al cantante, ya no hay canción, hay el silencio de un Dios que agoniza en un cuarto estrecho y oscuro.

Ellos entendieron eso. Al menos, así lo creí. Lo leí en sus ojos. Lo oí en sus exclamaciones de sorpresa y asombro, lo que me elevaba a más audaces especulaciones. Ésa era la libertad que siempre había anhelado: dejar que mi mente hablase y que otros, aprobándome o refutándome, me respondieran. No me preocupaba por los modales, sólo porque no se estuvieran sentados como vasijas vacías, esperando en silencio que algún erudito bodeguero las llenara con vino aguado a punto de convertirse en vinagre.

No obstante, hice lo posible para reservarme tiempo para estudios más privados. Busqué a aquellos que eran -o decían ser-adeptos a las prácticas alquímicas relacionadas con las transformaciones que afectan la materia misma: cómo, por ejemplo, los metales básicos pueden ser transformados en oro o plata. Sobre ese arte secreto se dijeron y escribieron muchas tonterías. Muchos de los que dicen practicarlo son viles charlatanes.

Sin embargo, encontré a un verdadero personaje. Su nombre era Don Miguel Maravilloso. Se presentaba como español, pero lo más probable es que fuera miembro de alguna antigua familia morisca que se había convertido hacía mucho y que había huido del país al exilio.

Ese Maravilloso era un tipo alto y moreno, de alrededor de sesenta años, con una sonrisa que raramente asomaba y ojos que leían los secretos escondidos detrás de los rostros de los otros hombres. Se había hecho de buena reputación y se ganaba muy bien la vida como armero vendiendo, en la escuela de esgrima que había fundado, buenas dagas y espadas a los nobles. Sus armas de acero damasceno eran muy apreciadas entre la nobleza a quien él instruía.

Yo no podía permitirme pagar sus mercancías, pero conseguí interesarlo en mi conocimiento de las artes herméticas, de las

cuales la forja del metal es la más antigua y misteriosa. Se fue abriendo de a poco, cautamente al principio, y luego con la libertad de un amigo. Recuerdo nuestra charla más personal como si fuera ayer.

-Mis habilidades las aprendí de mi padre; él, del suyo, y así sucesivamente, hasta un oscuro pasado que se remonta a Alejandría y Cartago. Me enseñaron mucho más que el arte, me enseñaron la magia que lo inspira y el lenguaje que lo expresa.

-Don Miguel, ¿qué quiere decir cuando dice magia? ¿Magia buena, magia mala, hechizos, conjuros?

Se río y sacudió la cabeza.

-¡No, Maestro Giordano! ¡No y no! Lo que yo llamo magia no es lo que hago, sino lo que sucede cuando lo hago.

-Tendrá que explicármelo.

-¿Sabe usted lo bien que se templa el acero, primero calentándolo y sumergiéndolo inmediatamente en agua?

-Lo sé de hecho, pero eso es todo. No puedo hacerlo ni explicarlo.

-¡Es eso exactamente! Forjando espadas soy un maestro: soy mejor que la mayoría de los de esta ciudad. Un hombre menos capaz puede hacer lo que yo hago, usar los mismos elementos y producir una hoja que no sea mejor que la cuchilla de un carnicero. ¿Qué es lo que me hace diferente? ¿Qué cosa heredé que me dota de un juicio de maestro? ¡Ésa es la magia! El resto es rito. Nómbreme los cuatro elementos.

-Tierra, aire, fuego y agua.

-Exactamente. Los uso en mi forja: el metal sacado de la tierra, el aire de mis fuelles, el fuego de mi hogar, el agua de mi tonel. Pero, ¿qué es lo que sucede dentro de la hoja que hago? No sé. ¡Me desespero por saberlo, pero un día, en algún momento mágico, alguien adquirirá ese saber! ¡Piense! Los antiguos decían que el arte de trabajar el metal fue aprendido de Vulcano, que se afanaba con los cíclopes en su forja en la cima del monte Etna. Eso es leyenda. El misterio consiste en saber quién enseñó a los hombres que, en lugar de hacer hachas de piedra, podían hacerlas de bronce. ¿Quién les enseñó cómo hacer hierro y forjar el acero? ¿Quién les enseñó a convertir la arena en vidrio? Creo que tales conocimientos se producen en momentos de inspirada conjetura. Los que descubren eso son los verdaderos magos. Nosotros, los artesanos, somos los expertos que heredamos sus secretos. Conservamos el saber para nosotros, lo escondemos en la charlatanería de los conjuros, porque sabemos que da poder. Entonces, Maestro Giordano, ¿cree poder explicar esto a sus alumnos? ¿Se anima a proclamarlo en sus escritos?

-¿Me desafía, amigo mío?

-Lo prevengo, tal vez. Hago un fino estoque que puede matar a un hombre o con el cual yo mismo puedo ser asesinado. Así, hago una funda para proteger la hoja y para resguardarme.

Éstos son tiempos peligrosos. Lo que usted enseña y lo que escribe son armas que pueden volverse en su contra.

-¿Entonces, un lenguaje cuidado es la funda en donde esconderlas?

-Hasta que esté lo suficientemente enfadado o hasta que sea lo suficientemente audaz o lo suficientemente imbécil para desenfundar la espada, deje la retórica a un lado y diga la pura

verdad. Ésa es la primera lección que enseño a mis alumnos. Nunca invite al combate. Nunca amenace a otro hombre, a menos que esté listo para matarlo o para que lo maten a usted.

-¿Por qué se preocupa tanto por mí?

-¿Por qué sigo hablándole? -volvió a reírse-. Quizá porque usted es un hombre con sombras en su pasado, como yo.

Eso, al menos, son los chismes que oí. También oí que usted sueña y habla de un futuro nuevo. Hago lo mismo cuando estoy feliz en mi laboratorio. Me pregunto qué secretos podremos aprender del mañana. Me pregunto qué es lo que quizá traigan los viajeros de lugares lejanos, como Cathay o las Nuevas Indias. El problema es que nuestro futuro puede amenazar a otros que temen mortalmente al cambio.

-¿De qué otra manera puede producirse el cambio, si no lo ideamos?

-Mientras forjo mi acero, en privado, y sólo para aquellos que lo valoran.

Fue luego de esa conversación cuando le pregunté si podría visitarlo en su forja y en su laboratorio. Sonrió y sacudió la cabeza. -No aprendería nada, Maestro Giordano. Una forja es una forja; un herrero, un herrero. En cuanto a mi laboratorio, todo lo que obtendrá será un dolor de cabeza por los vapores, manchas en las manos y en la ropa debido a los licores. Para usted, puedo crear olores pestilentes y explosiones, y destilar un licor de colores en mi alambique. Pero ésos serian trucos de hechicero. No responden a las preguntas reales: ¿qué es lo que hace que el acero cambie de color, cómo se combinarán algunos metales entre si, cuál es la diferencia entre un árbol vivo y el carbón que de éste se deriva? Usted y yo avanzamos por diferentes caminos hacia la misma verdad. ¿Quién sabe? Quizás algún día pueda demostrar en mi laboratorio lo que usted conjetura en alguna mágica noche de silencio. Pero tenga cuidado, Maestro Giordano. ¡Piénselo bien! Ésta es la época de la locura. Quemamos doncellas y abuelas por brujería. Vaya a saber qué nos harían cuando descubran lo poco que sabemos.

No escuché la advertencia ni la tuve en cuenta. Volaba demasiado alto, como un halcón que cabalga el viento.

Pasaba mucho tiempo en la Corte. Su Majestad se sentía cómodo en compañía de eruditos y filósofos, con los cuales podía pasar dos y tres horas cada día leyendo y discutiendo. Me nombró uno de sus Lectores, posición que despertó algunos celos, pero que agregó dinero a mi bolsillo. Más importante: durante un tiempo estuve desesperadamente enamorado.

Egidius Gorbin, el impresor en cuya casa me alojaba, era un hombre singularmente caritativo. Había dedicado tiempo y dinero al cuidado de los hijos de los miembros del Gremio de los Impresores que habían quedado huérfanos por la muerte de sus padres o en la indigencia por la pérdida del padre. Les encontraba padres adoptivos y, cuando crecían, situaba a los varones como aprendices y hacía que las niñas aprendieran las artes domésticas de manera tal que alcanzaran un casamiento razonable con alguno de los miembros del gremio.

Las muchachas recibían instrucción en la casa de Mademoiselle Françoise Solanges. Una noche, bebiendo vino, Egidius Gorbin me pidió un modesto favor: ¿estarla yo dispuesto a ir a la casa de Mademoiselle Solanges para hablar con las jovencitas? La idea no me gustaba. Sentía que ya había cumplido mi condena de maestro mal pagado y carecía de toda experiencia al frente de una clase llena de adolescentes. Con mucha tranquilidad, Gorbin insistió. Quería hacer un favor a la dama. Quizá me interesara conocer la clase especial de cuidados que ella tenía para con sus pupilas. En todo caso, implicaría un cambio respecto de las discusiones en la sala de conferencias y de las intrigas de la Corte. No pude encontrar ninguna buena razón para negarme, así que, una mañana temprano, me presenté a la casa de Françoise Solanges, una discreta morada en una de las callejuelas que había detrás del College de France.

Incluso en la desesperación y suciedad de mi condición presente, descubro una viva alegría en el recuerdo de ese primer encuentro con Françoise Solanges. Su belleza física me aturdió: pelo castaño rojizo, ojos verdes, la piel como el mármol más blanco y su figura, oculta, pero de algún modo abiertamente manifiesta por una túnica sobria y un peto de encaje rústico. Su sonrisa, como su saludo, era sincera y franca: un cambio agradable respecto de las coqueterías y de los relajos de las damas cortesanas. Para mis embelesados ojos, parecía bañada en calma, como el brillo de la luna sobre el agua de un lago. No obstante, sentí una repentina punzada de deseo por ella, un deseo que no me atreví a revelar inmediatamente, pero que, como todo esperanzado libertino, soñaba algún día confesar.

Las pupilas tenían entre doce y quince años. Era evidente que la adoraban. La trataban como a una hermana mayor, deseosas de su atención, del consuelo de su presencia y de su contacto. En el afecto que ella les prodigaba no había ninguna mezquindad. Rogué en silencio que pudiera concederme un poco. Le pregunté qué era, según su parecer, lo que yo podría ofrecer a las muchachas. Su respuesta me resultó sorprendente.

-Quiero que las haga soñar. Me dijeron que, tanto en Toulouse como en París, eso hizo con sus alumnos. Quiero que para mis niñas abra un jardín en el que puedan pasearse el resto de su vida.

-¿Y qué os hace creer que yo pueda hacer eso, Mademoiselle?

-Egidius Gorbin me lo aseguró. El habla de los prodigiosos poderes de su memoria. Los chismosos dicen que usted es adepto a las malas artes.

-¿Usted les cree?

-No. Pero creo a Monsieur Gorbin. Él lo llama "caminador de nubes". Ahora que lo conozco, me parece un buen nombre. Me gustaría que llevara a mis niñas a pasear por las nubes, que les mostrara el cielo que hay más allá de ellas y las estrellas, más allá del cielo.

-¿Le parece importante para las jovencitas?

-Me parece importante para todos nosotros, Maestro Bruno. No menos que los hombres, las mujeres necesitan un futuro al cual puedan entregar sus esperanzas.

-Yo hubiera creído que sus esperanzas estaban puestas en el casamiento y en los hijos.

Se río de lo que dije, y mientras escribo recuerdo que su risa era como el sonido de campanas de plata. Nuestro primer momento de intimidad terminó allí. Me condujo al salón donde, muy atentas, esperaban las niñas, murmurando y tentadas por el tipo bajo y moreno con su toga de hombre docto que, por primera vez en su vida, se sentía tímido ante las mujeres. Entonces, repentinamente, tal como le ocurrió al mudo del Evangelio, mi lengua se soltó y empecé a contarles la historia de mi propia infancia en Nola, a hablarles sobre los bosques y las arboledas del monte Cicada, y sobre las criaturas mitológicas que allí moraban: ninfas, sátiros, centauros, Pan -que tocaba las flautas- y Apolo, que hacía música con su lira. Luego las invité a cabalgar conmigo sobre una gran bocanada de humo del Vesubio y a saltar sobre las nubes hacia una infinidad de estrellas y tierras ignotas.

No les hablé desde una tarima, sino que me desplazaba entre ellas, agachándome a veces, acuclillándome en el suelo y atrayéndolas para que hicieran un círculo a mi alrededor, exagerando como un actor de la Commedia dell'Arte. Su fresca femineidad

me rodeaba: un fauno en un campo de asfodelos, pero también un niño, volviendo a vivir horas inocentes entre sus compañeros de juegos. Sé que ese día fui feliz. Sé que las niñas también, y más tarde, en la intimidad de su salón, Françoise Solanges tomó mis manos entre las suyas un momento y me dijo:

-Me ha hecho andar por las nubes con usted, Maestro Bruno. No puedo agradecerle lo suficiente por haber venido.

-Me gustaría volver.

-Espero que pueda, tan a menudo como usted disponga.

-Por mi parte, Mademoiselle, desearía que alguna vez pudiéramos pasear juntos, solos usted y yo, en un privado mundo de nubes.

Me sonrió con un gesto extraño y sacudió la cabeza.

-Creo que no sería una buena idea.

-¿Por qué no? ¿Está comprometida? ¿Teme al escándalo?

-¡No!

-¿Le desagrado entonces?

-Al contrario, me honra que me lo pida.

-¿Entonces, cuál es el problema?

-El problema, querido Maestro Bruno, es que en mi vida no hay lugar para un hombre, ni siquiera para uno tan atractivo como usted. Hay lugar para una amistad -aun para una del corazón, pero sólo para eso, no. Mi vida está completa en sí misma. Gasto mi femineidad en mis niñas, para hacer que finalmente sean mujeres. A cambio, me prestan su juventud y su amor.

-¿Y con eso le basta? ¿Siempre le alcanza?

-Cuando ya no me alcance, daré otro paso.

-¿Cuál?

-Cuando nos conozcamos un poco mejor, Maestro Bruno... y le confieso mi esperanza de que así sea... entonces se lo diré.

Y con eso, forzosamente, tuve que contentarme, pero en los días y semanas que siguieron me acosó el deseo por esa mujer, azotándome con las furias de los celos y la sospecha. No obstante, no me atreví a arriesgar palabras o gestos que pudieran alejarla de mí.

Visitaba su casa por lo menos dos veces cada semana. Me entretenía con la muchachas en juegos de memoria, les leía leyendas y poesías, las instruía en las reglas elementales de la retórica. Sus aptitudes y entusiasmo abrieron mis ojos de monje a los talentos de la mujer, tan poco apreciados en nuestro mundo masculino. También me recompensaron con un sentido de apego familiar, ausente desde hacía mucho en mi vida vagabunda.

Al final de cada clase, bebía un vaso de vino y hablaba en privado con Françoise. Mi pasión aumentaba, pero ella sólo me ofrecía un tranquilo afecto de hermana que me hacía sentir rechazado y frustrado. Llegó el día en que ya no pude contenerme. Me senté a su lado,

la tomé de las manos y dejé que mi amor y mi deseo fluyeran en un torrente de palabras ardientes.

No se apartó de mí; tampoco se entregó. Había lágrimas en sus ojos, pero se quedó sentada, silenciosa y serena como recomponiéndose para maldecirme por mi locura. En lugar de eso, me amonestó con singular cortesía.

-Mi querido amigo, y, créame, usted es mi muy querido amigo, le dije desde el principio que no había lugar para un hombre en mi vida. No soy como las otras mujeres. Mis necesidades y mis dones también son diferentes.

-¿Diferentes en qué? ¡Dígamelo, por favor! Ayúdeme a entender.

-Si se lo digo, querido Maestro Bruno, pongo mi vida en sus manos.

-Yo ya puse mi corazón en las suyas.

Movió la cabeza, desesperada por mi falta de comprensión. Luego, alzó los brazos para desprender de su cuello una cadena de plata de la que colgaba un pendiente, invisible entre sus pechos. No me lo mostró de inmediato, sino que lo sostuvo un momento apretando el puño, dudando si me lo haría ver o no. Finalmente, abrió la mano y me presentó el objeto: un disco de oro antiguo, con un realce en el centro como el de un escudo; del centro salían cuatro rayos, como los radios de una rueda, salvo que no había el mismo espacio entre ellos. Un par estaba muy abierto; el otro encerraba un segmento más corto del círculo.

Supe instantáneamente qué era. Lo había visto como ilustración de documentos de mi Orden de Predicadores, que se remontaban al siglo XIII. Había sido instruido sobre su significado de culto. Durante mi reciente estadía en Toulouse, me habían mostrado objetos similares como curiosidades: una moneda, un medallón, una curiosa cruz con un pájaro posado en ella.

Eran los símbolos de la secta cátara, que había sido la fe preponderante en todo el Languedoc, antes de que sus fieles fueran masacrados por herejes en una serie de cruzadas militares, ordenadas por el papa Inocencio III. Después de eso fueron arrasados prácticamente hasta su extinción por inquisidores de mi orden. Sus doctrinas, declaradas heréticas y destructivas para el orden social, habían derivado de las antiguas enseñanzas maniqueas que sostenían que el mundo era un campo de batalla entre dos deidades en conflicto: el Hacedor del Bien y el Hacedor del Mal; por un lado la materia, por el otro el espíritu. A pesar de la santidad de muchos de sus creyentes, fue vista como una doctrina falsa y perniciosa que tenía que ser extirpada dondequiera que se presentara.

Me sorprendió que Françoise hubiera confiado tanto en mí. En Francia, incluso en aquellos días, tres siglos más tarde, la mera posesión de un talismán le habría valido la acusación de herejía y traición. La masacre de los hugonotes en la víspera de San Bartolomé era todavía un recuerdo reciente, y las guerras religiosas estaban lejos de haber terminado.

Françoise me miraba y esperaba mi reacción. La simple pregunta me hizo tartamudear: ¿qué significaba ese símbolo para ella? Me respondió con calma:

-Significa que soy cátara. Mi familia vino de Albi que, desde tiempos inmemorables, fue la ciudad de nuestra gente. Teníamos nuestro propio clero, nuestros propios ritos, incluso nuestra propia moneda. Muchas de las familias más nobles del Languedoc eran creyentes. Nuestras tradiciones se remontan varios siglos hasta los sabios de Persia, que creían en la oposición eterna entre el bien y el mal, la materia y el espíritu.

Sonriendo, se interrumpió y me tocó en la mano.

-Pero, ¿por qué lo estoy aleccionando? Usted ya sabe todo esto. Los sacerdotes de su orden siguieron a los ejércitos para convertir a la gente de mi pueblo que escapó de las matanzas. Mi familia fue una de las que sobrevivieron y transmitieron nuestras tradiciones de una generación a otra. Cuando mi madre murió, le prometí que un día tomaría el sacramento que llamamos "consolación". Una vez que alguien lo toma, alcanza el rango de "Los Perfectos"; renuncian al matrimonio y a todo intercambio carnal para vivir la vida del espíritu. Por razones obvias, la mayoría de nuestra gente difiere ese acto hasta el final de su

vida para poder así vivir normalmente como nuestros vecinos e, inclusive, simular que nos identificamos con ellos, como yo hago.

Estaba a punto de preguntarle por qué había elegido tan joven aceptar la disciplina ascética de "Los Perfectos", pero ella se me adelantó.

-Debe saber, querido amigo, que siempre fui más feliz en la compañía de mujeres que entre hombres. Aun de niña, cuando oía las historias que se contaban sobre los malos tiempos, solía tener pesadillas en las que un hombre vestido con armadura me empalaba con su lanza o su espada. Viviendo de la manera en que vivo, no tengo pesadillas. Soy algo así como la mayor de una familia de hermanas cariñosas. Las más pequeñas son como mis propias hijas. No me siento privada, sino enriquecida. No soy fría. No soy incapaz de amar. En verdad, querido Maestro Bruno, puedo decirle sinceramente que lo amo; pero no puedo ofrecerle lo que pueden otras mujeres. No es que menosprecie eso. Simplemente, no puedo dárselo de la manera en que usted querría.

Repentinamente, todo mi enfado se esfumó y me encontré llorando en silencio. Ella se arrodilló ante mí y me abrazó protectora, consolándome como a un niño.

-¡Por favor, querido hermano! ¡No llore! ¿Entiende lo que le he dicho? Lo que acabo de mostrarle es una prueba de que lo amo. Tiene mi vida y mi felicidad en sus manos. Perdóneme por lo que no puedo darle.

No había nada que perdonar. Se lo dije. Ella no me había avergonzado, como algunas mujeres avergüenzan a los hombres con su rechazo o ridiculizándolos; me había honrado más allá de todos mis méritos. Le rogué que me disculpara por entrometerme en su vida secreta y que entendiera que, en sus especiales circunstancias, yo podía constituir un riesgo para ella porque también yo estaba en peligro. Antes de irme, nos besamos por primera y última vez; sin embargo, su presencia en mi vida todavía es lo suficientemente importante como para que quede registrada en este documento, que quizá sea mi obituario.

La constancia de ella en sus propias creencias me alentó para mantener las mías. Me enseñó que el derecho a creer es más importante que la creencia en sí misma, que la libertad de equivocarse es la más difícil de defender. Gracias a ella, entendí que la última torre de la última fortaleza es aquélla en la que reside nuestra identidad, nosotros mismos. Rendir eso es incurrir en la más extrema condena: la nada. Ésa es la rendición que muy pronto me exigirán. Acudo a Françoise para que me dé fuerza en el momento de la prueba.

Como le prometí, guardé su secreto. Su vida dependía de mi silencio. Mi propio honor en jirones se había comprometido a ello. Ahora estoy absuelto de mi promesa porque Françoise Solanges murió hace algunos años, víctima de la peste que asoló París poco después de mi partida hacia Inglaterra. Egidius Gorbin me lo informó en una carta enviada a través de mi huésped, el embajador francés en Londres. En su casa ofrecí una misa privada por el reposo de la dulce alma de Françoise Solanges.

Mientras recuerdo esa misa, es como si ella estuviera sentada conmigo en la celda, una figura fuera de las nieblas de la historia, como Safo entre sus mujeres en Lesbos. Me pregunto de qué otra manera que con simpatía la habrá juzgado Dios, y cómo juzgará a mis rectos acusadores, que sostienen que el error no tiene derecho a existir y que es mejor quemar a los hombres que permitirles exhalar en el aire el menor vapor de error.

Es tarde. Tengo que recordar que debo ahorrar vela. Tristes o alegres, basta de recuerdos. Estoy desesperado de sueño.

29 de diciembre

Ayer no escribí nada. Pasé todo el día acurrucado en la cama, tratando de dormir, pero tuve pesadillas, de las que desperté atragantado con mi propia lengua, como si hubiera muerto e ido al infierno para luego ser brutalmente resucitado.

El proyecto que emprendí -escribir un comentario sobre mi pasado- se presentó como un ejercicio de futilidad. ¿Quién leerá estas páginas, una vez que las cenizas de su autor sean esparcidas a los vientos? ¿Quién oirá a medianoche los gritos de un pálido espectro en una plaza vacía? ¿Y dónde estaré yo, Filippo Giordano Bruno, llamado el nolano, mandado por decreto fuera de esta vida a otra?

El pensamiento en ese otro mundo era lo que me rebajaba al letargo destructivo. Era seguro que pronto entraría en él. ¿Pero de qué forma o modo? ¿Hacia qué nuevo movimiento o progresión? ¿Con qué objeto? ¿O en qué incesante viaje infinito? ¿Y cuál o qué Divinidad determinaría el resultado?

La Santa Madre Iglesia, en la que me había pasado la vida, me había enseñado que el momento de la muerte era un instante privado de rendición de cuentas y juicio entre la creatura y el Creador. También, que ella era la única mediadora auténtica en el juicio, que ella sola, a través de la persona del Pontífice, poseía todo el poder hasta incluso el umbral de la eternidad.

En consecuencia, según ese razonamiento, si ella me expulsa, quedo sin ningún amigo o defensor ante el banquillo del juicio del Todopoderoso. Las palabras rituales de la excomunión formal me habían sido familiares desde mis primeros días en la orden que, sigo recordándolo, ha tenido durante siglos un procedimiento de la Santa Sede para purgar a los heréticos:

> Te declaramos hereje impenitente; por consiguiente, eres merecedor de todas las reprobaciones eclesiásticas y castigos del Santo Canon, las leyes y las constituciones tanto en general como en particular. Y, a través de este acto, ordenamos y disponemos que seas degradado de todas las órdenes eclesiásticas, tanto mayores como menores, en las cuales hayas sido ordenado de acuerdo con la Ley del Canon Sagrado; y que seas expulsado, y te expulsamos de nuestro foro eclesiástico y de nuestra Santa e Inmaculada Iglesia, de cuya misericordia eres indigno.

Es una formulación monstruosa, de la que toda creencia reniega, contra la cual la razón misma se rebela y que el corazón humano repudia con absoluta dureza. Me resisto a creer que el Creador trate a Sus creaturas de la manera en que los Inquisidores me tratan en Su nombre. Los rostros que me miran desde su tarima son máscaras carentes de toda humanidad, sus ojos están vacíos de piedad. Soy el chivo expiatorio, cargado con sus pecados, al que expulsan al desierto para que perezca, mientras ellos se regocijan en su propia rectitud.

A veces, en días negros como éste, he pensado en el suicidio. No sería difícil, por la noche, abrirme una vena de la muñeca y echarme a dormir hasta alcanzar la paz. Como alternativa, podría adoptar el comportamiento al que los cátaros llaman "éndura" y dejarme morir de hambre. Temo, no obstante, haber dejado esta última solución para muy tarde. Podría ayunar cuarenta días y todavía sobrevivir para ser quemado.

Ésa es la espina que tengo atragantada. A un hombre se lo ejecuta por violación o asesinato. ¡Está bien! Ojo por ojo y diente por diente. ¿Pero por una idea? ¿Algo intangible? ¿Por una opinión mantenida en privado o expresada en público? La opción es intolerable: ¡cree en lo que nosotros creemos o calla para siempre!

Lo que en éste, mi último testamento, quiero decir es que sé quién soy, quién he sido y qué se cree que soy: un sacerdote réprobo, un monje fugitivo, un mago con una caja de trucos

de prestidigitador, un fanfarrón, un embustero, un pretencioso portador de antorchas afanándose en su propia oscuridad, locuaz en el diálogo, viperino en el debate. ¡Todo eso! ¡Más, si encontráis las palabras!

Aunque hay algo más. Conocí a muchas mujeres y a todas las amé demasiado poco; pero estoy enamorado del conocimiento y de la verdad. Dios sabe que rezo poco; pero hay una plegaria que sí elevo: ¡dame luz, dame ojos para verla, dame el valor para testimoniar esa visión! Amén.

Y con ese "amén" mi largo día negro terminó. Caí en un sueño de agotamiento y me desperté renovado para continuar con este testimonio.

En Francia, al principio estaba feliz y ocupado. Mis conferencias eran muy seguidas. Atraje estudiantes y discípulos. Con constancia, escribí cuatro obras en latín sobre varios aspectos del Arte de la Memoria: Ars Memoriae, Umbra Idearum, Cantus circaeus, De Compendiosa Architectura et completo Artis Lullii. Además, produje mi comedia más exitosa, esta vez en italiano: II Candelaio.

Todo eso representó un montón de trabajo. La reputación que me valió estaba bien merecida. Daba por tierra con las acusaciones posteriores de que yo era un vagabundo disoluto, un clérigo que sólo se inclinaba por el libertinaje. En rigor, no tenía tiempo o energía para tal vida.

Era lo que siempre había querido ser: un erudito, un filósofo respetado, públicamente aclamado por sus obras. Asistía regularmente a la Corte para cumplir con mi función de Lector Real. Gozaba del gracioso favor de Su Majestad. Entre los nobles de su entorno, tenía mis propias amistades, así como entre los eruditos y los impresores. Tenía amigas dispuestas a recibirme, y siempre mi extraña y frustrante relación con Françoise Solanges.

Si así se le quiere llamar, ése era uno de los paneles del díptico. El otro era oscuro y turbulento. Los católicos y los protestantes (que en Francia se llamaban hugonotes) estaban en un estado de guerra esporádica. El Rey, a pesar de toda la gracia que me confería y -permítaseme decirlo sin ambages- a pesar del elogio encomioso y diplomático que de él haga, nunca tenía el control completo de la situación. En París y en otras ciudades había disturbios y tumultos. En la misma Universidad había refriegas, las cuales me recordaban mis días de estudiante en Nápoles. Había también actos individuales de violencia, vendettas que se remontaban a las primeras matanzas de diez años atrás. En las ciudades había asesinos sueltos, contratados para ajustar viejas cuentas.

También yo estaba en peligro. Tenía rivales y enemigos. Después de todo, era un extranjero, un hombre de carácter sospechoso, un académico pendenciero, impaciente con los tontos y los pedantes, que carecía de la discreción necesaria para llevar una vida tranquila en una situación complicada. Como alrededor de una rama caída y atascada en el medio del torrente en los rápidos de un río, a mi alrededor se formaban remolinos y corrientes.

Había muchas razones, y yo mismo era una de las principales. Apenas había empezado a reconocer -por supuesto, sin poder dominarla- la ira que había en mí. Mi propia ambición de fama y mi necesidad de construirme un lugar en mi insegura existencia me volvieron dogmático y, a menudo, indiscreto. Había sido educado en absolutos: legales, teológicos, filosóficos. Cuando cambiaron mis convicciones, como ocurrió, seguí siendo un absolutista de mal genio. A pesar de que la discusión pacífica y alguna concesión podrían haberme permitido mantener el mismo lugar seguro y en paz, defendía mi posición contra todos los contendientes.

Por un tiempo, fui capaz de vivir en mi mundo privado, de ignorar los vientos que se alzaban en el exterior y de engañarme a mí mismo -una ilusión prohijada por mi entrenamiento monástico- creyendo que pertenecía a una casta privilegiada, sujeta únicamente a su propio código y a sus propios tribunales. El hecho de que hubiera tratado de ubicarme fuera de esa comunidad era, en cierto sentido, irrelevante. Las autoridades de la misma concluyeron que todavía estaba vinculado con ella y que podía ser reclamado por la justicia.

Así, mientras mis amigos seguían opinando amablemente que debía marcharme, de preferencia a los dominios de algún príncipe protestante donde, al menos en teoría, mi aberrante filosofía no sería interpretada como una amenaza para el orden público, mi vida interior estaba sujeta a zozobras. En rigor, era un consejo sano; pero en Ginebra, por ejemplo, había descubierto que los calvinistas eran casi tan intolerantes como los católicos.

Con todo, había consenso general de que, para alguien como yo, Inglaterra ofrecía el más seguro asilo. Era un reino insular. La Reina estaba a la cabeza de la Iglesia y del Estado. Allí, los autos de prisión de la Inquisición romana no tenían efecto. Los extranjeros con instrucción u oficio -como los tejedores flamencos- eran bienvenidos. La Reina Isabel tenía buena disposición hacia los italianos e, incluso, hablaba nuestro idioma. La universidad de Oxford ocupaba el primer lugar de las instituciones de enseñanza. Decidí, finalmente, que no tenía nada que perder y que, quizá, del otro lado del Canal tenía mucho que ganar.

Primero, pedí autorización a Su Majestad, diciéndole a modo de broma que mi partida le permitiría sacarse una piedra de sus zapatos reales; luego, sugiriéndole que, a modo de agradecimiento por sus atenciones hacia mí, en Inglaterra quizá podría serle útil. La idea le gustó y me aseguró que más tarde me instruiría. Me otorgó el permiso para marcharme de su Corte y pidió al embajador británico, sir Henry Cobham, que me suministrara un laisser passer para los dominios de la reina Isabel. El embajador no se opuso; pero dejó en claro que tenía algunas reservas respecto de mis enseñanzas y mi fe católica, la cual yo no podía ni iba a negar, a pesar de mis frecuentes objeciones.

Estoy seguro de que él escribió en los mismos términos a sir Francis Walsingham, su superior en Londres, para informarle de mi llegada.

Su Majestad luego me hizo acreedor del mayor signo de su confianza: una carta de recomendación para su propio embajador en Inglaterra, Su Excelencia Michel de Castelnau, Señor de Mauvissière, Concressault y Joinville. También me ofreció dinero y me aseguró que, si alguna vez decidía volver, sería bienvenido en su reino.

No me marché inmediatamente, sino que llevé a cabo una ronda de visitas a todos mis amigos y participé en las cenas de festejo que se organizaron en mi honor. También trabajé mucho para preparar una carta para el vicerrector de Oxford, rogándole que me recibiera y que me permitiera dar mi domicilio a la facultad y a sus profesores. Asimismo, me dispuse a preparar otro trabajo sobre la memoria para su publicación en Inglaterra: Triginta Sigillorum explicatio, una explicación sobre los Treinta Sellos. Para mí, ése era un campo bien trillado, pero juzgué que podría provocar alguna sorpresa entre los beneméritos doctores de Oxford.

Finalmente, después de un último y tierno encuentro con Françoise Solanges y su pequeña familia, abandoné París y cabalgué hasta Calais, donde me embarqué para Inglaterra. Tuvimos una rauda travesía con viento a favor, y todavía recuerdo mi entusiasmo cuando el timonel extendió su brazo y señaló los acantalidados de tiza blanca, las fronteras de esa tierra que se había puesto más allá del alcance de Roma y de todos sus aliados europeos. Recuerdo que pensé con ironía que, para mí, allí sería más fácil ser católico que bajo las murallas almenadas de Castel Angelo en Roma.

Cuando llegué era abril. La primavera estallaba en el campo, por lo que mi marcha hacia Londres constituyó un compendio de placeres para el ojo y el espíritu. Soy un hombre sujeto a sus humores, repentinamente triste y alegre. Me sentía aislado tanto por mis empeños de estudioso como por mi falta de conocimiento del lenguaje. El inglés no es un idioma fácil de entender. Las tabernas y las posadas no son el mejor lugar para aprenderlo. Sin embargo, hice el esfuerzo por conversar con todos los viajeros que quisieron hablarme.

Entre los ingleses, al igual que sucede en Italia, hay muchos grupos y dialectos. Cuando se los trata por primera vez, los ingleses pueden ser lacónicos y reservados, pero con sus amistades y cuando están borrachos son abiertos y cálidos. Sus mujeres -al menos aquéllas con las que me encontré- sonreían fácilmente y eran abiertamente coquetas con los extranjeros como yo. Supuse que su vida, con los valientes hacendados rurales y con los

jóvenes caballeros -jinetes consuetudinarios y bebedores empedernidos- a quienes son ofrecidas o ya fueron vendidas en el mercado nupcial, no sería siempre fácil.

En Londres, el embajador Michel de Castelnau me recibió con desbordante generosidad. Era un hombre apuesto que había pasado los sesenta años, con una sonrisa encantadora y un talento para la amistad poco frecuente en el engañoso oficio de la diplomacia. Me propuso que me alojara en su casa y cuando, para no molestarlo, me negué, insistió.

-Maestro Bruno, es la voluntad del Rey y mi honor. Mi esposa desea datos la bienvenida. Mis hijos se beneficiarán de vuestro saber, mis amigos se enriquecerán con vuestra compañía. Yo mismo os presentaré a Su Majestad y a sus ministros. Ella siente buena disposición hacia mí, pero su real prima, María Estuardo, Reina de Escocia, es la madrina de nuestra hija. Mi esposa está emparentada con ella, y yo me he comprometido a ayudarla de la manera que pueda. No lo oculto; pero tampoco conspiro, por lo que los nobles de Inglaterra se sienten honrados de sentarse a mi mesa. Este país es, probablemente, el lugar más tranquilo de Europa en este momento. Su Majestad goza de popularidad entre su pueblo. Incluso sus súbditos católicos -al menos, la mayoría de ellos- son leales a la Corona y desconfiados de Roma y de los españoles.

-¿Cómo seré juzgado por los académicos ingleses? Echó hacia atrás la cabeza y se río francamente.

-¿Cómo saberlo, Maestro Bruno? He sido soldado la mitad de mi vida y cortesano el resto de ella. Tengo muchos amigos que son académicos; pero no vivo en su mundo. Supongo que los ingleses sienten celo por sus sabios así como por la soberanía de su isla. Me dijeron que usted hablará en Oxford.

-Si me invitan, sí.

-Haré que lo inviten. Lord Leicester es el rector. Su sobrino, sir Philip Sidney, es amigo mío. Pronto lo conocerá. Ahora, déjeme que le presente a los míos. Su compatriota John Florio es el tutor de mi hija.

Estaba contento en esa casa. Tenía una habitación tranquila en la cual podía trabajar; escribí prolífica y vigorosamente. Cuando necesitaba tomar aire, podía bajar al Támesis por Water Lane y mirar el movimiento de los barcos y el vuelo de las gaviotas.

Castelanau me presentó en la Corte. Fui llevado ante Su Majestad, que fue amable conmigo y hablamos en italiano. También conocí al Primer Ministro, sir Francis Walsingham, quien me saludó cordialmente y luego conversamos largamente sobre mi vida, mis experiencias en Nápoles bajo la ocupación española y mis opiniones sobre las guerras religiosas en Francia. Se quedó obviamente impresionado por lo que le conté y me propuso de manera discretamente velada que tuviéramos un intercambio regular de informaciones similares. Le contesté que, salvando las obligaciones que en términos de deber y amistad debía a mi huésped Castelnau, me complacería hacerlo. En ese momento no vi conflicto alguno en ello. También en su país era un invitado. La continuidad de mi estadía dependía de su protección y de la de Su Majestad.

Oxford resultó un pequeño episodio amargo de mi estadía en Inglaterra. A los doctores y eruditos no les gustó demasiado que desafiara su obstinado apego a Aristóteles y que sugiriera que consideraran los méritos de otros filósofos: Pitágoras, Parménides, Anaxágoras. No fue un secreto mi sorpresa cuando descubrí que a los maestros y profesores los multaban con cinco chelines por cada error de interpretación del Organon de Aristóteles y que la persistencia en tales errores les podía valer la expulsión.

Escribiendo estas palabras, se me presenta la amarga ironía: una multa o inclusive una expulsión es un precio pequeño que se debe pagar por opiniones que se desvíen de la norma. Las mías pueden muy bien costarme la vida.

Hubo otras razones más sencillas para no haber impresionado a los beneméritos académicos de Oxford. Obviamente, yo era extranjero. Incluso mi aspecto me traicionaba. Era bajo y moreno, un hombre mediterráneo. Mi forma de hablar era diferente, incluso en

Librodot

latín, el idioma común de los eruditos. Cuando pronunciaba chirculo, a la manera italiana, en vez de circulo, el público se reía.

Aun así, mi visita fue muy provechosa. Mi libro se vendió bien. Me hice conocer públicamente. Se me reconoció en la discusión como un oponente formidable. En todas mis defensas, había una pasión tal que conmovió incluso a los flemáticos ingleses.

Castelanau también era un hombre apasionado. Amaba a su mujer, adoraba a sus hijos y le encantaban sus amigos. Todavía estoy orgulloso de haber sido uno de ellos. Yo admiraba su tolerancia y su curiosidad. Siempre estaba listo para forzar su inteligencia a entender ideas que no le resultaran familiares. Él fue quien me sugirió una solución a mis problemas con la Iglesia y con mi orden.

-No discuta teología con ellos, mi amigo. Siempre lleva las de perder. En el fondo, los romanos han sido juristas toda la vida. Hacen que todo -aun el misterio último- encaje en el contexto de la ley; entonces la usan para golpearlo a uno hasta someterlo. Es un callejón sin salida. Busque otro camino.

-Ojalá su Excelencia me indicara uno.

-Dobléguese un poco. Si no puede hacerlo con su inteligencia, baje al menos la cabeza. Admita que no fue hecho para ser monje, condición para la que, ahora sabe, no tiene vocación. Implore el perdón por sus errores. Luego, pida ser liberado de sus votos, pida que se lo acepte para servir cumpliendo con un papel más sencillo: sacerdote académico bajo la jurisdicción de algún obispo simpático. ¡Estoy seguro de que podríamos encontrarle uno en Francia!

-Todo eso, Excelencia, se basa en una suposición.

-¿En cuál?

-La de que ellos realmente quieren hacer uso de mí y no convertirme en ejemplo de lo que no se debe hacer.

-Un punto para usted, mi amigo; pero, pierda o gane, está obligado a jugar con las cartas que tiene.

-Que son malas, Excelencia.

-Pero bastantes buenas como para mantenerlo todavía en el juego. Considérelo un momento. Aquí, en Inglaterra, está fuera del alcance de Roma. Tiene la protección diplomática de Francia en un hogar católico. Con tal de que sea discreto, puede vivir a salvo. Por otro lado, si así lo elige, puede convertirse al protestantismo, como hizo su colega John Florio. Siendo católico, no puedo recomendárselo, y mi querida esposa seguramente lo desaprobaría. A largo plazo, podría conseguirse una capellanía en la Iglesia de Inglaterra, y si estuviera dispuesto -y a veces pienso que lo está-, también una mujer.

-Siempre estoy dispuesto para las mujeres, Sire. Me temo que el matrimonio me encadenaría con tantos grilletes como la vida del convento.

Se río de buena gana y agregó algo que yo recordaría mucho después.

-El matrimonio también es un negocio caro, amigo mío; a menos que la novia tenga una dote decente.

-¡A los autores y a los eruditos no nos pagan bien! Por lo tanto, parece que voy a necesitar una novia rica y un mecenas generoso.

-A la novia tendrá que buscarla usted mismo.

-¿Y al mecenas?

-Mi querido Bruno, usted es un hombre difícil de conformar -sonrió un poco apesadumbrado mientras lo decía-. Para mí, usted es la más agradable de las compañías, pero sus opiniones no son fácilmente entendidas; por eso, no son aceptadas en todas partes. El mecenazgo es una indulgencia de los ricos y los poderosos. Por lo general, a ellos no les gusta tener un erizo andando por su casa.

Esa observación me impulsó a contarle sobre la sugerencia de Walsingham para que me convirtiera de algún modo en proveedor de información política. Castelanau frunció el ceño y sacudió tristemente la cabeza.

-Todos lo hacen, Maestro Bruno. ¡No! Debo ser honesto: todos lo hacemos en este oficio. Vivimos de la información. Somos como ropavejeros, recolectores de desechos y muestras de tela descartada para hacer una manta de retazos. ¿Quién visita a quién? ¿Cuándo y por qué? ¿Cómo hace ése para tener la bolsa llena, cuando ayer no tenía donde caerse muerto? ¿Quién es favorito de la Reina y quién no? ¡No hay en el mundo casa de diplomático que no tenga su propio Judas vendiendo información a gente como Walsingham!

-Excelencia, ¿está diciendo que en vuestra casa tiene un Judas?

-Claro. Pero no puedo probarlo. -Pero entonces, ¿para qué conservarlo?

-Porque si no es él, será otro. Y cuando uno los desafía, todos ellos van a responder con las mismas palabras que Judas: "¡Yo no, Señor! ¿Cómo podéis creer que os vendería por treinta monedas de plata?". Pero, créame, en general el precio es mucho menor que treinta monedas de plata. Lo sé porque yo también pago.

-Entonces, ¿qué quisiera usted que le diga a sir Francis Walsingham?

-¿Que le habéis dicho la primera vez que preguntó?

-Le di una respuesta que espero Su Excelencia aprobará. Le contesté que me complacería hacerlo, salvando las obligaciones que en términos de deber y amistad debía a mi huésped: usted, Excelencia.

-¿Y nada más se dijo?

-Ni entonces ni después, nada más.

-Sepa que la cosa no terminará ahí.

-Probablemente no. ¿Qué debería responderle si tales preguntas se efectuaran; por ejemplo, qué actividades se realizan en esta casa?

-Diga lo que diga, mi amigo, no le creerán hasta que puedan comprobarlo con otras informaciones. Usted dice "sí" y oirán "no". Usted alega ignorancia y ellos inferirán conocimiento. ¡Niéguese a contestarles y supondrán que confiesa traición!

-Excelencia, ¡se parece mucho a mi convento de Nápoles!

-¡Exactamente, Maestro Bruno!

-Pero, ¿por qué?

-Porque están en juego las mismas cosas: poder, preferencias, codicia de riquezas o territorios, casamientos dinásticos y todas las intrigas que esas cosas engendran. Su Dios es el Dios verdadero porque no hay poder si no el de Dios y el de aquellos que hayan sido investidos por Dios; por lo tanto, por quienquiera que posea a Dios. Usted lo sabe, Bruno. ¿Para qué voy a leerle sermones?

-Porque es un hombre de buen corazón, Excelencia, y porque tengo la suerte de contar con vuestra amistad. Padezco la maldición de un temperamento exaltado y de una lengua suelta; pero nunca traicionaré vuestra confianza.

Dije cada palabra sinceramente, pero no pude sacarme de encima la sensación de desconfianza que siguió a nuestra conversación. Si en nuestra casa había espías, entonces ¿dónde podía uno estar a salvo? Esa inquietud fue la que me llevó a vincularme lo más estrechamente posible con el círculo de amigos al que me había presentado Castelnau.

El primero y más simpático de todos era Giovanni Florio, quien, a pesar de su nombre y origen italianos, había nacido en Inglaterra. Había sido empleado por Castelnau como secretario privado y tutor de su hija. Cuando lo conocí, ya había publicado una traducción de Los viajes de Jacques Cartier, de Ramusio, y una gramática bilingüe italiano-inglés que se llamaba Florio his Firste Fruites, cuyos diálogos vivaces estaban pensados como práctica del idioma.

Él, como yo, era un tipo conversador y obstinado. Se llamaba a sí mismo "el resuelto John Florio". Como yo, no carecía de detractores, pero conmigo fue generoso compartiendo sus amistades.

Tanto él como Castelnau enriquecieron mi vida con amigos quienes, a veces, me alentaron siempre con nuevos desafíos de superación. El primero entre esos amigos era sir Philip Sidney, a quien todavía recuerdo como el modelo de perfecto caballero. En su corta

Librodot

vida-murió en una batalla naval cuando sólo tenía treinta y dos años- vivió muchas vidas y a todas las hizo hermosas. Fue cortesano, poeta, estadista, soldado, amigo y mecenas de las artes. Había viajado mucho por Europa y hablaba muy bien tanto el francés como el italiano. Sin embargo, por encima de todo, poseía una elegancia y un encanto que calmaban incluso mi espíritu turbulento. Merecía respeto, pero también lo ofrecía; aún sigo valorando eso.

No obstante, lo que más me atraía en él era el poeta. En este lugar, donde por muchos años no había visto la luna ni las estrellas, todavía recuerdo algunos de sus versos:

¡Con qué tristes pasos, oh luna, subes a los cielos,
Qué silenciosa y con qué pálido rostro!

Y ese otro verso que, con tanta tersura, resume lo que me estaba ocurriendo, sin que lo supiera:

"¡Necio!" me dijo mi musa. "¡Contempla tu corazón y escribe!"

Ese otro yo, como la musa de Sidney, me estaba urgiendo a que mirara en mi propio corazón, a que examinara mi propia mente, a que aceptara como auténtica mi propia experiencia de Dios en Su universo tal como yo lo percibía. Todavía no podía reconciliar ese nuevo yo con el antiguo. Todavía no podía definir la visión que había visto o que creía haber visto. Así que, laboriosamente, seguía construyéndola con palabras.

En Londres, con la ayuda de Sidney y del mismo Castelnau, encontré a un impresor que publicaría mis obras, un hombre llamado Charlewood. No obstante, en lugar de seguir la práctica usual empleando su rúbrica en la encuadernación y en las guardas del libro, cedí al consejo de mis amigos -y del mismo Charlewood- y volví a presentar las obras (siete en total) como si hubieran sido publicadas en Venecia o París.

Esta práctica respondía a dos razones: un sello extranjero vendería mejor que los ingleses, y el editor inglés se ahorraría la desagradable atención de los censores. Esta pequeña estratagema, a decir verdad bastante inocua, tuvo mucha importancia en mi juicio de Venecia. Sirvió, en primer lugar, para probar que era un mentiroso cuyo testimonio en la defensa carecía de valor; en segundo lugar, demostró que yo era un hombre venal que haría cualquier cosa por dinero.

En términos relativos, la estratagema fue una negligencia menor. ¡De hecho, se convirtió en otro leño para echar al fuego el día en que me quemen! Para la ley y para la teología da lo mismo lo relativo y lo absoluto.

Mi estadía en Inglaterra constituyó el más feliz y fructífero período de mi vida. Hay otros, muchos otros que la enriquecieron, pero la lista es demasiado larga para darla aquí. Al fin y al cabo, estoy escribiendo mi apología personal y no la historia de una época, turbulenta y sangrienta, aunque lista para estallar con esplendor como lo hacen las flores primaverales en los campos de batalla.

Como escribía en mi propia lengua, continué produciendo mis obras con constancia y cada vez con mayor vigor: La cena del Miércoles de Ceniza, La causa, el principio y el uno, Del universo infinito y los mundos, La expulsión de la bestia triunfante.

No tengo el tiempo ni la inclinación para repetirlas aquí, pero se imprimen con el resto de mis trabajos. No todas serán quemadas cuando me quemen. Otras generaciones las leerán y juzgarán mucho después de que yo haya sido borrado de la faz de la Tierra. Hay momentos en que pienso en eso como en una revancha: los Inquisidores obligados para siempre a perseguir mis ideas como fuegos fatuos en la tierra pantanosa. Hay un refrán que dice para los Dioses, la venganza es un bocado sabroso. Yo, en vez de eso, digo que la verdad se

Librodot

defiende a sí misma y que nadie puede enterrarla tan profundamente que no vuelva a salir a la superficie, ratificada su gloria.

30 de diciembre

Apenas empiezo a escribir, recuerdo que hoy hace catorce años del abrupto final de mi paso por Inglaterra en 1585. Ocurrió así.

Estaba en la embajada, escribiendo en mi dormitorio, una mañana gris a principios del invierno. No había nada afuera que me llamara para salir. Las nubes estaban bajas, caía una lluvia fina, había un hedor que provenía de la resaca dejada por la marea baja a lo largo del Támesis. Así que estaba sentado en mi escritorio, esbozando el plan de una nueva obra sobre la Física de Aristóteles. John Florio llegó. Tenía noticias devastadoras: el Embajador había sido llamado a Francia. Su sucesor llegaría en un mes. Nuestro hogar se dividiría. Todos nosotros teníamos que hacer nuevos arreglos para nuestro futuro.

Un poco irritado, lo confieso, pregunté por qué no me había informado el Embajador mismo. Florio, con más paciencia de la que exhibía en general, me dio la explicación.

-Los despachos de París llegaron apenas hace una hora. Su Excelencia fue a transmitir las noticias a su esposa. Ella está enferma, como sabes, y embarazada nuevamente. Este cambio le impondrá mucho trabajo. Pero también hay otras cosas. Su Excelencia está en un gran problema financiero. Los fondos que le estaban destinados no llegaron de París; tampoco se le pagará, creo, hasta que vuelva y hable con el Rey. Peor todavía: a través de los años, Su Excelencia pidió prestadas grandes sumas de dinero a María Estuardo. No hay muchas posibilidades de que puedan o vayan a ser devueltas. Por eso, sé paciente, amigo mío. Su Excelencia te lo explicará en persona a su debido tiempo.

-Cuando se vaya, ya no habrá nada para mí aquí. No tengo nada. Ya es hora que yo también me vaya. Espero que pueda viajar con él a Francia.

-¿Por qué no se lo propones? No puedo acompañarlo. Éste es mi país. Nací aquí. Tengo que encontrarme otro puesto en Inglaterra. Tú, quizá, podrías ayudarlo en su viaje, pero tendrás que pagar tu propio pasaje e instalarte en París por tu cuenta.

-Puedo hacerlo.

Dije eso bastante confiado, pero mis fondos eran escasos y mis expectativas tampoco eran muchas. Nuevamente, tendría que convertirme en un erudito errante, voceando mis mercancías como un mercachifle de feria, agachándome, mendigando y adulando para conseguir un mecenas. De la nada, me vino a la memoria un texto de las Escrituras: Y el Señor puso una marca en Caín. Y Caín se marchó fuera de la presencia del Señor y vivió en la tierra de Nod, al Este del Edén.

También sobre mí había una marca. Si Su Santidad el Papa fuera el vicario de Dios, entonces yo también me habría marchado de Su presencia. En ese momento helado del invierno londinense, mi deseo más desesperado era volver a Él. Cuando huí de mi patria, arranqué de cuajo mis raíces. Éstas, sin importar lo rico que fuera el alimento que se les prometiera, no prendieron fácilmente en tierra extranjera. Por eso, sin llegar a ser capaz de definirlo, siempre me sentí aquejado por un sentimiento de inestabilidad, de pérdida, de alienación. En los días que siguieron, cuando tuve oportunidad de tener una charla tranquila con Castelnau, me repitió su consejo: que agachara la cabeza sumiso y que hiciera una tregua con Roma. El camino a Roma me conduciría a mi hogar.

Castelnau, con su bondad de siempre, me preparó cartas de recomendación, una, de él mismo; la otra, del embajador de España ante el Nuncio Apostólico en París, Su Excelencia Girolamo Ragazzoni, que también era Arzobispo de Bérgamo. Las cartas no sólo explicaban

mis circunstancias personales, sino que hacían una entusiasta recomendación tanto de mi carácter como del uso futuro que la Iglesia podría hacer de mí, si mis problemas actuales pudieran ser resueltos. Era poco para un hombre tan acosado como yo, pero lo mejor que Castelnau podía ofrecer en sus actuales circunstancias. Él tenía sus propios problemas. Durante el viaje desde Londres, con la complicidad de un sirviente, le robaron todos sus objetos de valor, incluidos los presentes reales. Llegó a París sin un centavo y tuvo que dedicarse a reconstruir su fortuna.

Por consiguiente, en París nuestros caminos se separaron todavía más. Castelnau volvió a besar manos en la Corte y fue destinado a la comandancia de un ejército. Encontré alojamiento barato en los cercanos y familiares alrededores del College de Cambrai y renové antiguas amistades. Françoise Solanges había muerto, pero mis amigos impresores, a pesar de los problemas, todavía eran prósperos.

Sin embargo, en los meses que siguieron, pasé necesidades. Publiqué tres pequeños volúmenes sobre la Física de Aristóteles, y una obra sobre las Matemáticas de Fabrizio Mordente, un compatriota de Salerno, que había inventado el compás de ocho puntos y que había escrito una obra muy exacta titulada Compás y regla. De hecho, su hermano Gaspari había servido en la milicia con mi propio padre. Más tarde, Frabrizio y yo volvimos a encontrarnos en Praga, donde él era Astrónomo Imperial.

A lo largo de los años, me pregunté muchas veces por qué mis amigos eran capaces de alcanzar notoriedad -o, si eran de cuna noble, a conservarla aunque estuvieran ociosos, como Sidney en Inglaterra-, mientras que yo, que tenía mucho más que ellos para ofrecer, veía que mis ambiciones continuamente se frustraban o vivía sujeto a un destino obstinado y maligno. Me tomó un buen tiempo entender que el problema era yo y no alguna combinación de las estrellas. Era como un caballo con anteojeras, que sólo miraba hacia adelante, incómodo con sus arneses y, a veces, furioso por los obstáculos que se presentaban en su marcha.

Mi pupilo John Hennequin había escrito ciento veinte propuestas contra los puntos de vista de Aristóteles y sus seguidores sobre la naturaleza y el mundo. Hice que se publicaran y organicé un debate en el College de Cambrai. Hennequin defendió sus propuestas, pero fue vencido por Raoul Callier, un joven y brillante abogado.

Fui invitado a responder a Callier, pero decliné el ofrecimiento porque ya era tarde. Por esa razón, la asamblea se burló de mí. Me exigieron que volviera a presentarme al otro día. Nuevamente, decliné el ofrecimiento. Les dije que estaba dispuesto a concederle la victoria. Sus burlas fueron mayores y más tumultuosas. Supe entonces que el clima de la academia y de la opinión pública había cambiado. El viento y el marea estaban en contra.

Una noche de invierno, me sucedió algo peor al presentarle mis cartas de recomendación y mi petición al Nuncio Apostólico Ragazzoni, en presencia de su asistente, el jesuita Spagnolo. Mi pedido era simple: que se me levantaran las censuras y que se me volviera a admitir en los sacramentos y en la práctica del oficio de sacerdote, no en mi Orden, sino en el ministerio secular. Su Excelencia fue amable. Me escuchó sin hacer comentarios, pero ofreció pocas esperanzas. Me dijo que su intervención sería inoportuna e inútil. Cuando le rogué saber por qué, me contestó:

-Hermano Giordano, hay ciertas realidades que usted debe aceptar. Desde abril, en el trono de Pedro se sienta un nuevo Pontífice, Su Santidad el papa Sixto V Como usted, él es miembro de un orden antigua, los franciscanos. Desgraciadamente para usted, él sirvió como Inquisidor: ¡nada menos que el Gran Inquisidor de Venecia! Si me permite que se lo diga con todo respeto, no es un hombre fácil. Ya comenzó con un despiadado régimen de purgas en Italia. ¡Ha impuesto la pena de muerte por bandolerismo, incesto, proxenetismo, aborto, sodomía e incluso adulterio! Ni siquiera perdona a sus más íntimos. Así que, Hermano Giordano, no estamos hablando aquí de un pastor amable que cuida a su manada o que busca a las ovejas descarriadas para cargarlas a hombros y llevarlas a casa. Se trata de un hombre con una vara en sus manos, que aventa el grano sobre el campo trillado. Se lo digo con toda claridad: no hay para usted ninguna esperanza salvo la completa sumisión. Vuelva a su Or-

Librodot

den, suplique el perdón, acepte cualquier castigo que le den, deje que sus superiores intercedan por usted ante el Santo Padre. ¿Está preparado para eso?

Le respondí que no. Lo único que conservaba de la orden eran malos recuerdos. Su Excelencia se encogió de hombros y abrió sus manos suaves, lamentando y desaprobando mi locura.

-Entonces, lo lamento. Nada puedo hacer por usted, Hermano Giordano.

La entrevista había terminado. Había sido expulsado a la negrura exterior de los condenados. Pasé el resto de esa noche en un burdel.

No fue mi primera visita a una casa de citas; a Dios gracias, tampoco la última. Juzgué que si mi sacerdocio quedaba en suspenso, lo mismo podía pasar con mi siempre precario compro-miso de castidad. Ya había frecuentado esa casa, a veces solo, a veces con amigos, en mis días más prósperos como Lector en la corte del Rey. Ahora, era un gusto demasiado caro.

Recuerdo bien a la mujer. La llamaban la petite guenon -la monita-, porque era experimentada, traviesa y estaba llena de alegre malicia. Estaba desesperado por enterrar mi tristeza en su cuerpo; pasados los primeros momentos salvajes, me aferré a ella, despertándome y durmiéndome durante toda la larga noche.

Siete años de cárcel con su dieta han minado mi fortaleza y mitigado mi deseo. Dante estaba en lo correcto cuando escribió: No hay mayor tristeza que la de recordar épocas felices en tiempos de miseria. Con todo, todavía recuerdo esa noche, no por el placer obtenido -¿cuánto tiempo perdura el recuerdo del éxtasis sexual?-, sino por el extraño y casi mágico momento de revelación que experimenté esa madrugada.

Las circunstancias fueron triviales e incluso sórdidas. Me fui separando de la mujer dormida a mi lado y me levanté para orinar en el bacín. Antes de volver a la cama, me quedé desnudo frente a la ventana, viendo el claro cielo del invierno, pletórico de estrellas brillantes. De pronto, comprendí lo que necesitaba decir, lo que había estado tratando de decir durante todos esos años, en latín, en italiano, hablando y escribiendo, pero que no había conseguido articular completamente.

Fue un instante arquimédico en el cual mi espíritu gritó "Eureka. Lo encontré". También fue un momento bíblico: oí una voz que dijo "abre la boca", y mi lengua vacilante se volvió repentinamente elocuente.

Había abandonado la condición humana. Ya no estaba encerrado en los cerrados círculos de los universos de Ptolomeo o Copérnico. Tampoco estábamos en sus centros. No éramos un sistema simple, éramos la parte más pequeña de una vasta creación que se expandía al infinito. La vastedad de esa visión fue la que finalmente hizo inteligible la noción de Dios, el cual, de hecho, nos hizo inteligibles a nosotros mismos y tolerables los terrores de nuestra vida.

No sé cuánto tiempo me quedé ahí; pero, súbitamente, estaba- temblando, con frío, sí, pero también con la conmoción de la experiencia. Volví a la cama. La mujer se movió y se volvió hacia mí; volvimos a abrazarnos estrechamente.

Ésa, me pareció, era la coda final de la revelación. No estábamos separados. Nada en el cosmos estaba separado o disociado. Nada de eso podía caérsele de entre las manos al Creador que lo había hecho, que le había dado vida; era inmanente en todas sus partes. Por primera vez en años, pronuncié una verdadera plegaria: Dame memoria para retener este momento. Dame palabras para contarlo.

Cuando temprano por la mañana volví a mi alojamiento, todavía seguía en trance. Sabía lo que quería realizar; pero también sabía que necesitaba calma, libertad de mis preocupaciones financieras, cierta distancia de los tumultos que volvían a tener lugar en Francia. Pregunta inmediata: ¿dónde encontrar juntas todas esas cosas?

Era claro que tenía que dirigirme hacia el este y el norte, a aquellos centros de enseñanza de Alemania, que estaban controlados por los seguidores de la Reforma, en los que

eruditos como Philipp Melanchthon estaban reviviendo el estudio de las fuentes originales en hebreo y griego.

Primero fui a Marburg-am-Lahn porque allí, en 1527, Felipe el Magnífico había fundado la primera universidad protestante y, dos años más tarde, el mismo Felipe había invitado a Lutero, Zwingli y Melanchthon para que encabezaran un coloquio sobre los artículos esenciales de la fe que pudieran constituirse en una confesión común para los reformadores de Alemania y Suiza.

El clima, por lo tanto, parecía auspicioso: un príncipe ilustrado, una universidad nueva, sabios abiertos, aun en los temas conflictivos. Así que fui a Marburg, armado con mis libros publicados, un currículum de mi carrera cuidadosamente revisado y un puñado de esperanzas.

La bienvenida me pareció bastante cálida. El 25 de julio de 1586 me matriculé. Pagué mi inscripción y se me incluyó en el registro de la Universidad como "Jordanus Nolan, napolitano, Doctor en Teología Romana, admitido con el acuerdo de la facultad'.

Siempre sospeché que la frase "Teología Romana" fue la que causó el daño. Cuando, como paso siguiente, pedí formalmente autorización para enseñar filosofía en público, el rector me la negó categóricamente. También se negó a darme sus razones, diciendo que fueran las que fueran, la facultad estaba de acuerdo con ellas.

Me sentía ultrajado y furioso por su patente traición. Fui a la casa del rector y le eché en cara su acto contrario a toda justicia y a las prácticas comunes en todas las universidades. Se negó a seguir discutiendo. Me devolvió mi inscripción y, una vez más, volví al camino, esta vez hacia el norte, a Wittenburg, donde Martin Lutero había clavado sus noventa y cinco tesis en la puerta de la Schlosskirche y donde más tarde él y su amigo Melanchthon habían sido enterrados uno al lado del otro.

También había otro buen augurio. Mi viejo amigo y compatriota, el jurista Alberico Gentilis, estaba allí. Arregló que diera una conferencia privada a algunas personas de importancia. En consecuencia de ello, fui contratado para disertar en la universidad durante un período de dos años.

Hasta entonces todo iba bien, pero no hay mal que por bien no venga, y lo que más me fastidiaba era mi propia incompetencia en el idioma alemán y mi poco conocimiento de los hábitos y costumbres locales. Por supuesto que todos hablábamos latín, el idioma común de los académicos, pero para la cama, la comida y el esparcimiento la lengua vernácula es más útil. Por lo tanto, siempre estaba dos pasos atrás de la historia y del desarrollo presente del movimiento reformista que Martin Lutero había empezado en Alemania. Tampoco podía medir la fuerza de sus escritos y prédicas en alemán. Sin embargo, entendí claramente algunas cosas: había enfrentado al Papa, al Emperador y a los rebeldes de su propia facción y, estando bajo excomunión, proscripción e incluso amenazas de muerte, había sobrevivido a todos. Me familiaricé con los veintiocho artículos de la Confesión de Augsburg, cuyo principal autor fue Philipp Melanchthon, que trataban de demostrar que las doctrinas de Lutero no se desviaban de los dogmas fundamentales de la fe cristiana. Admiré la claridad y la tolerancia de la exposición. Yo mismo no habría encontrado dificultad alguna en suscribirla, aunque sentía que teníamos que ir mucho más allá y alcanzar mucho más lejos para abarcar la ilimitada maravilla del testimonio escrito en la tierra misma y en el cielo de la noche.

No obstante, confieso que, a causa de la libertad y el respeto que se me confirieron, en Wittenberg enseñé con más discreción y menos controversias. Mi amigo Gentilis había sugerido sabiamente que mis conferencias debían tomar en cuenta las nuevas corrientes del pensamiento alemán y la distancia que la teología había tomado respecto de los dogmas deductivos de Aristóteles. Mis oyentes, públicos y privados, incluían a nobles, académicos, profesores y doctores. Me recibían con los brazos abiertos y me honraban como amigo y colega.

Las obras que escribí en esa época de satisfacciones fueron de carácter fundamentalmente académico porque tenía asegurado un círculo de lectores y también porque

preparaba mis conferencias con sumo cuidado y sutileza. A pesar de eso, cada día pensaba en el proyecto que se me había presentado esa noche invernal en el dormitorio de la petite guenon en París. Era algo que no podía forzar; tenía que crecer como un árbol fuerte, tomándose su tiempo.

En Wittenberg, encontré alojamiento en la casa de un tal Wolf Springer, un profesor de matemáticas retirado que continuaba enseñando a un grupo de estudiantes avanzados. Era un tipo corpulento e hinchado, que comía demasiado y bebía con ganas, pero cuyo cerebro todavía funcionaba bien. Trabajaba en un pequeño estudio en la universidad, así que sólo nos encontrábamos para la cena y para jugar al ajedrez, en el que era un maestro y yo un muy mal alumno. Mi cabeza siempre andaba por las nubes de la especulación mientras que él estaba atento a la matemática del juego. Cuando me jaqueaba, tomaba su vela y se iba a la cama, dejándome para que buscara una manera de escapar de la trampa a la que me había conducido.

Springer era viudo, pero su casa la administraba su hija soltera, Greta, una joven atractiva pero lacónica que mantenía todo impecable y la mesa bien servida, y que nos obligaba, a su padre y a mí, a aceptar una servidumbre no del todo desagradable. Era también una costurera excelente y una diestra fabricante de guantes. Mientras jugábamos nuestra partida nocturna, se sentaba a la luz de la lámpara a coser plácidamente, oyendo nuestra conversación y haciendo ocasionales comentarios agudos. Instruida por su padre, escribía al modo gótico con buena letra, leía fluidamente en alemán y latín y llevaba las cuentas con tanta exactitud como un banquero.

Me hacía preguntas sobre mi carrera. Me gustaba describírsela -al menos, una buena parte de ella- con detalles pintorescos. No parecía muy impresionada. Lo que más le interesaba era mi vida en la Corte en París y en Londres: cómo se vestían las mujeres, cómo se comportaban en su vida social, cómo arreglaban sus matrimonios y sus aventuras. Según me dijo, la filosofía la aburría. La religión era una cuestión de buenas maneras y hábitos sociales. Como las matemáticas de su padre, era la expresión de una creación metódica. No podía entender por qué había tantos problemas y rivalidades sobre las fórmulas y las expresiones doctrinarias. Dejó bien en claro que no quería disputas religiosas en su casa. Le dije que, por lo que a mí respectaba, no debía temer.

Esas conversaciones breves y algo inconexas se prolongaron durante varias noches, después de que su padre retiraba a dormir. Finalmente, llevó las preguntas a un terreno más personal.

-¿No hay mujeres en su vida, Maestro Bruno?

-Las ha habido. En este momento, no hay ninguna.

-¿No se siente solo?

-Todos nos sentimos solos a veces. Para los vagabundos como yo, es difícil mantener una relación.

-¿Está diciendo que es fácil para las personas sedentarias como yo?

En su voz había un ribete de enfado que me sorprendió. Una querella era para mí tan necesaria como la Peste Negra. Traté de tranquilizarla.

-¡Por favor! No quise decir otra cosa que lo que dije. Soy un recién llegado a su casa. Me preguntó algo sencillo. Traté de responder. Hablemos de usted.

-No hay nada que decir. Soy lo que usted ve, una hija respetuosa, ama de la casa que mi madre me dejó.

-En la cual Giordano Bruno, hombre de un lejano país, está contento de ser acogido y cuidado.

Eso le hizo sonreír. El mal momento había pasado. Le deseé buenas noches y me fui a mi cuarto. La dejé sola, a la luz de la lámpara, midiendo un pedazo de cuero fino con el molde de papel para un guante.

Las trampas que nos juega la memoria a veces son muy extrañas. Esa noche, mientras me preparaba para dormir, me puse a meditar sobre mi infancia en Nola, sobre los bosques y

las viñas del monte Cicada y sobre la sombra oscura y distante del Vesubio, que marcaba el fin de mi mundo. En el centro de mi recuerdo había un pensamiento simple: el monte Cicada era mi lugar. Era el sitio al que pertenecía. Mis dioses lares estaban allí. Por eso, me alojara donde me alojara, me anotaba como "Giordano Bruno, el nolano". Fue así como descubrí un rasgo conmovedor en la observación de Greta Springer: "Soy lo que usted ve, una hija respetuosa, ama de la casa que mi madre me dejó".

Por mi parte, yo carecía de patrimonio, también de familia, porque el día en que tomé mis votos había renunciado a ambas cosas. Por Cristo me convertí a mí mismo en un pobre. Había sido adoptado en la hermandad de los elegidos que predicarían Su mensaje al mundo.

Ahora, hiciera lo que hiciera, había perdido. No podía ni me atrevía volver al pasado. Mi presente era inestable; mi fortuna, un gran signo de interrogación. Me puse el camisón, apagué la vela y me acurruqué buscando calor bajo las mantas. Así estuve un buen rato, desvelado en la oscuridad, viendo la luz de las estrellas a través de la ventana de la buhardilla.

Mi pequeña discusión con Greta Springer había definido más estrictamente mi dilema personal. Ella era la hija soltera, destinada por la suerte y la costumbre a cuidar a un padre que envejecía. Adecuadamente, se la había dotado con la propiedad de la casa, pero la dote había sido condicionada a que se quedara en el lugar y a que siguiera cuidando un padre con salud todavía vigorosa y activo en su profesión.

Por lo tanto, era natural que me viera como a un candidato potencial para el matrimonio. Era el académico residente, que vivía apenas a un paso de su dormitorio. El padre me aprobaba y también tenía una ocupación para mí como yerno residente que mantuviera el hogar estable. La situación, asimismo, me ofrecía una serie de beneficios. Si decidía unirme a la congregación luterana, podía librarme de las censuras de Roma, contraer un matrimonio válido y, bajo la protección del Elector Augusto, asegurarme una residencia permanente en el país.

Sabía que una palabra que dijera decidiría toda la cuestión: compromiso, casamiento, conversión y una vida nueva y estable. Sin embargo, no la dije. En mi presente estado de peligro, me pregunto por qué diablos no la pronuncié.

En ese momento, tenía una lista completa de respuestas. Todavía era joven. Mi suerte, finalmente, se había dado vuelta. Los tiempos estaban cambiando. Roma misma cambiaría. Era el nolano, un hombre del sur. No podía verme a mí mismo viviendo para siempre bajo los cielos grises del norte, yendo a la iglesia juiciosamente cada domingo del brazo de mi esposa, quitándome el gorro de académico ante la rigurosa congregación luterana. No podía imaginarme adaptando mis palabras a un nuevo ritmo. No amoldaría mis pensamientos a una nueva cadencia para un público nuevo, tan crítico, tan pugnaz como el antiguo. Tenía pocos motivos para querer a los católicos, pero comprendía muy bien qué había querido decir Erasmo cuando anunció: Seguiré en esta Iglesia hasta que encuentre una mejor. A lo que agregué mi propio comentario: "Ésta es la piel con la que nací. No puedo ni voy a cambiarla de color como un camaleón para adaptarla al de las hojas".

Más allá de todo eso, tenía que admitir que para el matrimonio tenía tan poco talento como para la vida conventual. Los gramáticos, los juristas y los teólogos están sujetos a los datos, las definiciones y los dogmas. Por naturaleza, el filósofo es un espíritu vagabundo.

A pesar de todos los cargos que levantaron en mi contra, no soy un heresiarca, ávido de poder sobre sus seguidores. No soy el Doctor Fausto, que prometió su alma al diablo a cambio de sabiduría. Como mucho, soy un peregrino confundido, que busca un gorro para impedir que el sol le queme el cerebro. El problema era -¡y sigue siendo!- que cada sombrerero quiere ponerme a la fuerza en la cabeza su propio tipo de gorro, ya sea que calce o no. ¡Y como insulto final, cada uno espera que también me ponga su propio distintivo!

Todo mi entrenamiento en la Orden de Predicadores, y en la vida intelectual que ésta fomentó, parecía dirigido a doblegar mi yo esencial y a su completo aniquilamiento en un acto de inmolación suicida. Querían producir sirvientes leales a una institución que se

Librodot

vinculaba directamente con Roma, más allá de la jurisdicción de los obispos provinciales, cuyas lealtades, al ser locales, siempre resultaban sospechosas. La Orden misma obtenía beneficios de ese vínculo. Se la protegía, enriquecía y se le otorgaba un inmenso poder delegado, no menor que el de la mismísima Inquisición. En ese proceso de gobierno, no había lugar para individuos erráticos como yo. Con todo, no me dejaban abandonarla; me mantenían en la Orden, para destruirme al final.

Todo esto se aleja de mi conversación nocturna de hace tantos años en Wittenberg con Greta Springer. Sin embargo, es parte de la misma historia. No me impondría nuevos grilletes, pero tampoco la avergonzaría. Quisiera pensar que esto me proporcionará algún saldo a favor el día del juicio.

En esta soledad en la que ahora vivo, en la que he vivido durante siete tediosos años, llegué al menos a una convicción firme. El primer don que se nos da, y el último que rendimos, es el yo, esa esencia que nos distingue a cada uno de los otros, esa vida que es únicamente nuestra. Ese yo y el Creador que le dio existencia son los únicos en mi celda. No pedí el don. Quisiera o no, lo tuve y todavía estoy pagando la deuda, mes tras mes, dolorosamente. Al final, deberé devolver el don, degradado, mutilado, aunque todavía -espero- llevando la huella legible del Hacedor. Una vez más, en mi cabeza suenan los fragmentos de los versos que escribí años atrás.

... Había en mí
Lo que ningún siglo futuro
Podrá negar: no temí morir,
Preferí una muerte valiente a una vida sin combates.

¡Eh! Valientes palabras, Hermano Giordano, mientras la llama de la vela sigue encendida y te refugias en el diminuto líalo de luz. Pero, ¿qué pasará cuando apagues la luz y de cada rincón venga la oscuridad, y el pobre loco de tres celdas más allá empiece con sus gritos?

¿Acaso la hija solterona, el padre matemático y los estólidos vecinos de Wittenberg no habrían sido una mejor opción? Ya es demasiado tarde. El dedo ya ha escrito en la pared Mene Mene Tekel Upharsin. Los días de mi vida están contados y casi terminados. Los Inquisidores me han pesado en su balanza y me encontraron defectuoso. El minúsculo reino que construí, esa pequeña pila de libros, panfletos y poemas, será quemada enfrente de san Pedro, y mis propias cenizas serán paleadas y arrojadas al Tíber. Por fortuna no tengo mujer, si no, sería reducida a la mendicidad por el crimen de haberme amado. Por fortuna

no engendré hijos -al menos, ninguno que yo sepa-, así nadie tendrá que penar por mí.

Cuando a uno lo queman, ni siquiera le dejan una moneda para pagarle al barquero. Nos tachan del libro de los vivos. Ese minúsculo yo, ese niño curioso que erraba por las laderas del monte Cicada, será confiado al cuidado del Dios que le dio vida. En el peor de los casos, Él tiene que ser menos espantoso que aquellos que ordenan las cosas en Su nombre.

A menudo blasfemé, pero nunca contra Él, que dijo: Dejad que los niños vengan a mí porque de ellos es el reino de los cielos.

31 de diciembre

Es la víspera de Año Nuevo. Mañana será Capo d`Anno, el inicio de un nuevo siglo, el diecisiete de lo que nos complace llamar la Era Cristiana. Mi carcelero me dice que afuera hace mucho frío, que un viento helado baja aullando de los Apeninos. Los pastores que cada invierno descienden de los Abruzzi para pastorear sus majadas en la Campagna se acurrucan con sus ovejas y perros en los ángulos de los antiguos muros y en los huecos de bóvedas en ruinas. Por lo general, en esta época van por las calles, tocando sus cornamusas para ganar dinero para el vino. Hoy, sus dedos e instrumentos están helados. Adentro de la prisión, siempre hace frío, pero al menos estamos protegidos del viento. Lo oímos aullar como a un murmullo espectral, como el lamento de un alma perdida. Después de haber vaciado mi cubo y de haber comido mi magra colación, estuve tentando de volver a la cama, taparme la cabeza con la manta e hibernar como un oso. De hecho, a veces me comparé a mí mismo con uno de esos osos bailarines que vi en las ferias campestres en Alemania. El pobre animal tiene una argolla en el hocico, una argolla en la que hay un aguijón, así que, cada vez que el amo tira de la cuerda, el animal baila, no de alegría sino de dolor.

Así es como, durante años, ha transcurrido mi vida. Cada sesión con los Inquisidores -en sí misma, un tormento repetido- está precedida por un doloroso ayudamemoria sobre el strappado, instrumento para los interrogatorios todavía activo. Es un sombrío consuelo de mi situación saber que mi próximo encuentro no será con el torturador, sino con el verdugo. Por lo tanto, me digo que no soy una bestia de carnaval, sino un hombre. Me envuelvo los hombros con la manta, me siento a la mesa y vuelvo a emprender la inconexa narración de mi vida y trabajos.

Desde hace siglos, lo normal ha sido que los sabios, artistas y poetas tuvieran que vivir bajo la protección de los ricos y poderosos. En nuestros días, la Iglesia es el más rico y poderoso mecenas. Después de la Iglesia, en sus respectivos órdenes y grados, vienen los reyes, los príncipes, los nobles y, en último término, los mercaderes prósperos y los aventureros afortunados a quienes la propia riqueza los ha ennoblecido.

Hay una consecuencia que surge de esto: si uno quiere compartir la comida del mecenas, debe buscarse un lugar en la mesa del mecenas antes que en la de los sirvientes. En Wittenberg, por casi dos años, fui un invitado a la mesa. Ganaba dinero y respeto y, más importante aún, tenía ocio y la mente libre para estudiar y escribir.

Sin embargo, había olvidado que, cuando el mecenas muere, su sucesor cambia la lista de clientes y que también cambian los lugares en la mesa. Eso es exactamente lo que me ocurrió en Wittenberg.

El Elector Augusto de Sajonia era un hombre mayor, luterano por fe y simpatías. Cuando murió en 1586, el poder en las filas protestantes pasó al fanático calvinista John Casimir, quien dominaba eficazmente al nuevo elector Christian I. Muy pronto, Casimir y Christian empezaron a suprimir a los elementos extranjeros o sospechosos que estaban en la Iglesia y la Universidad. Desde luego, mi nombre estaba bien alto en la lista. Era un ultramontano, nacido y criado del lado malo de los Alpes. Se me insinuó que tenía la opción entre una salida honorable o una problemática. Elegí la primera y solicité permiso para que la ocasión se recordara con un discurso de despedida y una oración de elogio y agradecimiento al rector, la facultad y a los distinguidos compañeros de la universidad quienes me habían acogido, a mí, el extranjero, entre ellos.

Era un arreglo que convenía a todos. Mi agradecimiento era genuino. A mis amigos les agradó. Nadie se avergonzó. Mi reputación personal mejoró. Me tragué la tristeza y la ira, pero las celebré en un pequeño epigrama del Ecclesiastes, que dediqué y firmé para algunos amigos:

Lo que fue, eso mismo es lo que será

Librodot

Y lo que se hizo, eso mismo es lo que se hará:
No hay nada nuevo bajo el sol.

Nuevamente salí al camino. Esta vez, me dirigí hacia el este, a la ciudad imperial de Praga, en Bohemia, donde mi amigo Fabrizio Mordente era Astrónomo Imperial y Matemático del Emperador Rudolf II. Sabía que él me recibiría bien y que me presentaría a un círculo de caballeros que, como había ocurrido en otros lugares, podrían pagarme por conferencias privadas y comprar copias de mis obras. A pesar de ello, mi día ya estaba avanzado. Era 1588. Tenía cuarenta años y aún era como Caín, un vagabundo por las tierras al Este del Edén.

Extrañamente, el viaje en sí mismo no me molestó. Gocé la novedad de los lugares, la variedad de hombres y de mujeres a lo largo de los caminos de Europa, los chismes de los cocheros y de los palafreneros, y el cálido olor a cerveza de las tabernas y postas. Desarrollé una especie de lingua franca que me permitió hablar con ellos. La antigua habilidad para comerciar con extranjeros que había aprendido en las calles y callejas de Nápoles volvió a mí. En el camino, nunca me aburría. Y no era difícil hallar una mujer, sirvienta o matrona viajera, con quien calentar mi cama, que me agradeciera por la compañía cuando llegaba la mañana. Estaba agradecido por la tregua en la soledad y, a cada momento, aprendía, encajando los fragmentos de nuevo conocimiento en el entramado de una filosofía audaz, más allá de las categorías y de los silogismos de los escolásticos.

Ésa era la obra que seguía escribiendo mentalmente mientras preparaba trabajos más prosaicos: un opúsculo sobre la Medicina de Ramón Llull, un comentario sobre la Física de Aristóteles, los Principios y Elementos de Geometría. Eran éstos panfletos reescritos o reconstruidos a partir de obras anteriores pero, a la vez, mis pasaportes para la academia y mis peticiones de protección imperial.

En Praga, una bella ciudad, Fabrizio Mordente me recibió cálidamente y me alojó en su casa hasta que encontrara mi propio lugar. Como yo, él era del sur. El dialecto de Salerno no difiere demasiado del napolitano y fue un gran gusto hablar libremente en el idioma de nuestra tierra. La esposa de Mordente

tocaba muy bien el laúd y, por las noches, terminada la cena, cantábamos viejas canciones de marineros y campesinos: 'Sto core mio, Villanella ch`all' acqua va, Michelemma. Al principio, esos pequeños acontecimientos domésticos me llenaban de alegría, pero me dejaban con una sensación de pérdida, la melancolía que el exiliado nunca pierde por completo.

Fabrizio Mordente entendía muy bien la emoción; también comprendía los riesgos especiales de mi posición. Los explicaba de manera humorística.

-Amigo, nadie pelea con matemáticos o geómetras. Por un lado, no pueden leer nuestras ecuaciones; por otro, no pueden medir un pedazo de tierra o construir el campanario de una iglesia sin nosotros. No objetan que tomemos prestada el álgebra de los árabes, nuestros símbolos de los griegos y nuestras observaciones estelares de los persas. Tampoco nadie pelea contra un médico. Si el paciente vive, es un hacedor de prodigios, se embolsa el pago y se lleva el reconocimiento. Si el paciente muere, fue porque Dios lo llamó y no porque el doctor lo mató. Pero tu caso, mi querido Giordano, es muy muy diferente. En primer lugar, te las estás viendo con cosas invisibles, intangibles. Una idea no se puede medir. No la puedes pesar como harina en un costal. Cuando les pones palabras, éstas significan cosas diferentes para diferentes personas. La diferencia es tan grande como la que existe entre una masa y un hacha de acero fino... Para peor, amigo mío, eres un hombre elocuente. Perturbas a la gente, la excitas como el fuego en la sangre.

-¿Es malo eso, Fabrizio? ¿Es un crimen?

Librodot

-No. Pero es un talento peligroso. Piénsalo un poco: un simple discurso puede derrumbar un imperio, un simple himno puede dividir una iglesia. ¿Qué prefiere oír la gente? ¿Un cántico llano del claustro o el himno Nuestro Dios es una poderosa fortaleza de Martin Lutero?

-Pero yo no predico la revolución ni la reforma. Sólo pido la libertad de pensar y de decir.

-Para los que mandan, las ideas son como los dientes del dragón. Siémbralas en la tierra y un día habrá hombres armados que amenazarán con derribar el trono.

-¿Estás diciendo que aquí, en Praga, no seré bienvenido? -En esta casa siempre serás bienvenido. En cuanto al resto, ya he hablado de ti a mi amigo Gian Maria della Lama, que es el médico personal del Emperador. También es napolitano, así que con él te sentirás cómodo. Por ser mi amigo, te recibirá amablemente y te presentará ante el Emperador como sabio distinguido. Como tributo a Su Majestad Imperial, le dedicarás las obras nuevas que trajiste. Según della Lama, dado que los libros son tratados técnicos y no plantean temas controvertidos, Su Majestad aceptará la dedicatoria.

-¿Y después?

-En agradecimiento, Su Majestad te dará un obsequio.

-¿Qué tipo de obsequio debo esperar?

-Estoy seguro de que será generoso.

-¿Un puesto en la universidad? ¿Una subvención como residente?

-Lamentablemente, no. La universidad es una institución católica, Su Majestad es un príncipe católico. Te dará dinero -y las gracias, claro-, y te sugerirá que disfrutes tu breve visita a esta maravillosa ciudad.

-¿Cuán breve, Fabrizio?

-No más de seis meses. Preferentemente, menos.

-¡Dios santo! ¿Qué hago después? ¿Adónde voy?

-Tienes tiempo para pensarlo. Habla con della Lama; él ha tenido sus propios problemas con Roma, pero los ha superado muy bien. Sé que eso es algo que él te contará. Lo más provechoso aquí es una bella figura: cierto estilo, ¿no?

Por supuesto que Mordente tenía razón. A mí me correspondía convertir mi decepción en triunfo. No debía ser percibido como un académico en apuros, suplicando por un nuevo puesto. Al contrario: yo era un sabio distinguido, que disfrutaba un período de estudio tranquilo mientras daba los toques finales a su obra maestra. Si bien un poco tarde, estaba empezando a aprender que se podía cumplir con las ambiciones simulando que se renunciaba a ellas, y que la reputación podía cimentarse con mayor seguridad en un cuidadoso anonimato.

Gian Maria della Lamma me recomendó discreción y me reveló la naturaleza de su propia experiencia. Su nombramiento como Médico Imperial había despertado grandes celos, no sólo en su profesión sino en la Curia romana. Después de todo, el hombre que se ocupaba del cuerpo del Emperador estaba más cerca de él que cualquier otro de sus consejeros de la Iglesia o del Estado. Los celos suscitaron rumores maliciosos, que fueron informados a la Inquisición y al mismo Pontífice.

-En parte, fue culpa mía -admitió francamente della Lama-. Abrí demasiado la boca en compañía equivocada. Dije que la Iglesia canoniza a sus propios santos, inventa a sus propios herejes y refrenda sus propios milagros. Por mucho que quisiera, lo único que no puede hacer es inventar su propia ciencia médica. ¡Maestro Bruno, imaginad en qué convirtieron lo que dije! Me denunciaron de inmediato bajo la sospecha de herejía. Su Santidad, el papa Sixto que, como sabéis, es un fiel guardián de la fe, escribió una carta al Emperador, diciéndole

que sólo los buenos católicos deberán ser admitidos a la intimidad del lecho de enfermo imperial. Afortunadamente para mí, el Emperador se negó a doblegarse, pero me advirtió que ni el Pontífice ni los inquisidores olvidarían o perdonarían con facilidad. Me concedió la

residencia permanente en Bohemia y me sugirió que me mantuviera bien lejos de Italia. Construí una pequeña finca fuera de la ciudad y ahora soy ciudadano de este país.

Esa confesión me alentó a abrirle mi propio corazón, y él me dio un prudente consejo.

-Una vez que el Emperador os haya recibido y os haya otorgado su favor, no frecuentéis la Corte, no os convirtáis bajo ningún punto de vista en una figura pública. Eso le agradará al Emperador. Él hará saber que la presencia de tan grande sabio honra la ciudad y que vuestro deseo de soledad para el estudio deberá ser respetado.

-¿Puede sugerirme dónde podría encontrar esa soledad para el estudio?

-Me será grato alojaros en mi villa. Hay un matrimonio que se ocupa de ella. La mujer controla al personal, él administra la granja. Os harán sentir muy cómodo. Hay una buena biblioteca y, si decidís cabalgar, un establo con caballos aceptables. Hay mucho lugar, y cuando mi familia y yo vayamos -algo bastante raro en estos días- disfrutaremos el placer de vuestra compañía. Bueno, ¿que os parece?

Qué otra cosa podía hacer sino agradecer con creces cuando el Emperador aceptó la dedicatoria de mis obras y me hizo el más generoso de los obsequios: una bolsa con trescientos taleros, más que suficiente para mantenerme por un año. En caso de que me interesara, me señaló también que su vecino

principesco, el duque Julius de Brunswick, acababa de fundar una nueva academia en Helmstedt a la que le había dado su propio nombre: la Academia Juliana. Era claro que quería construir una facultad importante. Su Majestad estaría feliz de recomendarme al duque Julius. Si me decidía a escribir a la academia, él enviaría mi carta por el correo imperial: favor no pequeño, dado que el correo era desastrosamente caro y no siempre puntual o confiable.

Aunque transitoria, era una respuesta a todos mis problemas: un retiro tranquilo, comida y alojamiento gratuitos, la oportunidad de emprender mi obra maestra, cuyos sonoros ritmos ya resonaban en mi cráneo.

Cuando me instalé en el campo y, bajo los vigilantes ojos del ama, dispuse mis libros y manuscritos frente a una ventana que daba a los huertos florecidos y, más allá, al verdor de las colinas, ya había llegado la primavera. Durante una breve y mágica hora, pensé haber vuelto a mi infancia en el monte Cicada. ' Cuando la inspiración flaqueaba, me dedicaba a un pequeño compendio de obras sobre magia, naturaleza, matemática y malevolencia. El mismo, pensaba yo, constituiría un acompañamiento adecuado a la carta que me proponía escribir al rector de la nueva Academia Juliana de Helmstedt. Lo que entonces no sabía era que esa obra constaría posteriormente en los cargos en mi contra. Al hombre que se metía con la magia, con propiedad, lo llamaban mago, nigromante. Según la creencia popular -o según cualquiera que se aprovechara de ésta-, mago era alguien que comerciaba con las malas artes y los misterios prohibidos. Eso era lo que Mocenigo, mi perverso mecenas, quiso comprarme más tarde: la clave del misterio. Al no vendérsela -porque no podía hacerlo-, él me vendió a la Inquisición.

Sin embargo, en ese momento, en mi retiro campestre, estaba contento. Mi mente estaba lúcida. Mi cuerpo, bien alimentado con comida casera. Finalmente, estaba libre de la terca y desesperada preocupación por el mañana. Escribía sin reservas. Los primeros esbozos de De Monade y de De Inmenso se apilaban sobre mi escritorio. Tachaba poco. La prosa y el verso fluían como un torrente, llevando con ellos mis pensamientos, vivaces como peces en el agua clara.

> La esencia divina está en todo. Todo lo llena, todo lo penetra.
>
> Ésta es la vida de las vidas, el alma de las almas. Dos son los principios activos del movimiento. Uno es finito y se mueve en el tiempo. El otro, infinito, es la naturaleza del Alma del Mundo, de la Divinidad en hecho, que está en todas partes y en todo.

Ya no necesitaba los trucos y los artificios de la composición literaria, las elaboradas metáforas, las mitologías a la moda. Ahora buscaba claridad y exactitud para expresar las vastas simplezas y los infinitos ocultos en las motas de polvo o en un grano de arena.

Anhelaba un instante en el que pudiera abdicar del pasado y del presente y entregarme, libre como un águila, a los altos vientos del pensamiento especulativo. Pensaba que si tuviera un lugar como ése, una pequeña granja que me alimentara y algún servicio que me mantuviera, podría convertirme en el filósofo de una nueva era. Si pudiera liberarme de la tiranía del mecenazgo y subsistir con los ingresos de mis libros y con el producto de mi pequeña propiedad, según creía, podría sorprender al mundo.

Esa ola de euforia fue la que me llevó a una decisión funesta. Haría una incursión más en la academia. Seguiría el consejo del Emperador, escribiría a Helmstedt y pediría al rector que me matriculara y que me permitiera enseñar hasta que hubiese completado mi obra maestra. Luego de eso, iría a Frankfurt, publicaría la obra y, entonces -como Mordente me había sugerido- seguiría un nuevo plan de acción: buscaría un banquero que me financiara una finca pequeña que resultara viable, y luego haría un trato con una editorial como Wechel y Fischer, de Frankfurt, para dar continuidad a mis obras y a mis ingresos.

Cuanto más pensaba en ello, tanto más posible me parecía; pero necesitaba dar dos pasos: uno que me llevara a Helmstedt y otro que me sacara de ahí. La recomendación imperial de mi sabiduría era demasiado valiosa como para desperdiciarla y el salario académico de un año pondría a salvo mi pequeño capital para la gran aventura que tenía por delante.

Según lo soñé y lo planeé, así ocurrió. A principios del otoño de 1588, me despedí de Praga y viajé a Helmstedt donde, el 13 de enero de 1589, me matriculé en la Academia Juliana, que en el momento de mi admisión contaba con cinco mil estudiantes y más de cincuenta Maestros.

Se me dijo que, a su debido tiempo, se me consideraría para un puesto de profesor. Mientras tanto, me instalé, reuní a mi alrededor a un pequeño grupo de discípulos que me pagaban y continué con la siguiente parte de De Inmenso, la obra que estaba escribiendo. La más amarga ironía es que, dado que trata acerca de un postulado todavía impensable -un universo infinito y una pluralidad de mundos, creados y mantenidos por una divinidad inmanente-, ésta es la obra por la que, con mayor seguridad, me condenarán por herejía.

Gracias a Dios, en Helmstedt carecía de medios para leer el futuro, aunque no podía escaparme por completo de las controversias del presente. En mayo, el duque Julius murió. Sus exequias se celebraron con mucha pompa -y con la mayor sinceridad- en la capilla de la fortaleza. No tomé parte en esos acontecimientos más que como espectador; pero siete semanas más tarde, al final del período oficial de luto, me ofrecí a pronunciar la acostumbrada "Oración de Consuelo" que cerraría las ceremonias.

Mi oferta fue aceptada. Tomé tiempo y puse cuidado en el texto, además de mucha emoción. Mucho debía a la amabilidad de ese buen hombre y al recibimiento en su ciudad que me había brindado. Hablé sin reserva:

> Llegué aquí para proseguir con mis nobles aspiraciones y estudios, actividades que mucho valoro pues en mi propio país fui expuesto a las ávidas fauces de la loba romana, forzado a un culto insano y supersticioso, oprimido por la violencia de la tiranía. Aquí, en Helmstedt, como por milagro, fui devuelto a la vida. Me sentí un ciudadano libre, seguro en el gozo de mil gentilezas y honores.

La oración gustó tanto al duque Henry Julius que me regaló ochenta escudos y me garantizó su protección personal contra mis adversarios, entre los cuales, con bastante ironía, había un tal Gilbert Voet, Pastor Principal y Superintendente de la iglesia de Helmstedt.

Ese tipo arrogante se encargó de convertir enjuicio público una disputa privada, excomulgándome de la asamblea luterana, de la cual nunca había sido miembro formal. Voet era una de esas personas pendencieras y farisaicas que se pueden encontrar en toda secta religiosa. No obstante, la intervención del Duque le hizo callar, aunque no suprimió su enemistad hacia mí, ni el celo con el que siguió complotando contra mí.

Esos dos acontecimientos, la mejora de mi fortuna personal y la ineludible fricción religiosa, ratificaron mi plan de terminar todas las obras emprendidas y usarlas como los cimientos de una nueva e independiente carrera.

Para ese fin, contraté a un secretario, un joven graduado de la universidad, Jerome Besler, hijo de un pastor protestante de Sprottau, Silesia. Era estudioso, discreto y diligente. En lugar de aplicarme siempre a la dura tarea de escribir a mano, podía dictarle; en ese año atareado y crítico, su leal compañía me resultó importante.

A Besler le dicte las versiones finales de mis obras sobre magia .y otro volumen sobre los Orígenes y elementos de las cosas y sus causas. Con él, también discutí e hice constantes cambios críticos a las tres obras clave: De Monade, De Inmenso y De Universo et Mondi.

Ésa era la labor que más feliz me hacía, lo más cerca que un hombre puede llegar de un acto creativo divino: sacar algo de la nada o, tal vez con menos presunción, imponer un orden creativo a una masa confusa de ideas e imágenes.

Ya estaba cansado de las controversias y disputas y de todos los torneos de escarnios de los académicos en los que éstos exhiben sus habilidades como gallos de riña ante un público inculto. Entonces, sólo les pedía lo que ahora tengo en demasía: ocio para la soledad y la contemplación.

El día casi terminó y estoy por encender la vela, cuando la puerta de mi celda se abre de un empujón y él guardia deja entrar a mi amigo el Hermano John, Encargado de las Limosnas, homunculus britannicus que sirve al Superior General. Sus ojos de azul lavanda brillan de buen humor. Me apresuro a abrazarlo y a darle la bienvenida con un placer que casi me hace derramar lágrimas.

-¡Hermano John! ¡Qué sorpresa maravillosa! No esperaba volver a verte. ¿Qué te trae por aquí?

-Mis pies y la indulgencia del Superior General, a quien humildemente a veces represento.

-¿Para qué en este caso?

-Mañana es día de fiesta, el comienzo de un nuevo año. Es un momento propicio para visitar a los enfermos y a los que están en la cárcel. Tú, como Jacob, todavía estás luchando contra el ángel misterioso y siendo herido en la pelea. Tus hermanos deberían venir para ayudarte: ¡uno de nosotros, al menos!

-¿Y cómo tomó el Superior General ese pequeño sermón? -Mejor de lo que esperaba. De hecho, te manda como obsequio personal un rosario que él mismo ha bendecido. Pide que lo recuerdes cuando recites los Pater y los Ave.

-No lo olvidaré. Díselo.

-Se lo diré. Mientras tanto, te traje los regalos del pobre: vino y salchichas. Una botella para compartir y una para guardar.

Levanta el faldón de su túnica y me muestra los presentes, escondidos, como antes, en la red de pesca atada alrededor de la cintura. Entre ellos hay un sacacorchos, un manojo de plumas y, maravilla de maravillas, un pequeño cortaplumas, el primero que he tenido desde que me encarcelaron. El Hermano John me advierte.

Librodot

-Esconde el cuchillo. La última vez que vine, te vi escribiendo. Un escribiente tiene que poder cortar sus propias plumas, ¡aunque los otros mutilen sus ideas!

Mientras él dispone los regalos sobre mi mesa y descorcha la botella que vamos a compartir, me pregunto hasta dónde puedo confiar en este hombre y cuánto estoy dispuesto a apostar por él. He sufrido cuando, antes, los Inquisidores me alojaron con informantes para incitarme a hablar. Por alguna razón, no puedo ver a este hombrecillo como espía o provocatore. Además, ¿qué arriesgo, en realidad? Mi vida ya se acabó. ¿Qué significa mi testamento, al que tanta importancia le doy? En el peor de los casos, una indulgencia; en el mejor, un frágil rehén del azar de los siglos, del pillaje de demasiados futuros.

Mientras bebemos la primera botella y masticamos rodajas de salchicha, le pregunto:

-Hermano John, ¿estarías dispuesto a recibir mi confesión?

-Más que dispuesto, Hermano Giordano.

-¿Bajo el sacramento?

-¿De qué otro modo?

-¿A pesar de que al final sientas que no puedes ofrecerme absolución?

-¿Qué te hace pensar que te la negaría?

-La manera o incluso el momento en el que me confieso. Quizás el haber sido expulsado de la Iglesia, tal vez la forma defectuosa en que lo haría.

Me echa una mirada burlona, luego sonríe y sacude la cabeza.

-La expulsión, todas las excomuniones son maldiciones que nosotros, los virtuosos, hacemos caer sobre nuestras propias cabezas. Soy tu hermano, no tu juez. Te absuelvo, de la misma

manera que espero ser absuelto en el nombre de Dios; pero no soy Dios para negar u ofrecer misericordia. En cuanto al aspecto formal del acto, tú puedes simplemente persignarte o recitar todos los salmos penitenciales, no importa. ¿Quieres confesarte ahora? -vuelve a sonreír-. Difícilmente podríamos estar más en privado.

Entonces, como todavía dudo, me desafía amablemente.

-Te cuesta confiar en mí. ¿No es cierto?

-Llámalo infección de la cárcel. Me cuesta confiar en todos. Pero te ruego no te sientas ofendido.

-¿Y tú no te ofenderás si me niego a convencerte de que confíes en mí?

-Claro que no.

-Entonces, Hermano Giordano, ¿dónde estamos? ¿En un callejón sin salida?

-Eso parece.

-Déjame que trate de sacarnos de ahí, protegiendo siempre tu derecho a callar y a encomendar tu causa sólo a Dios.

-Me gustaría, sí.

-Entonces, empecemos conmigo, el Hermano John, el limosnero, el hombrecillo que transporta sus regalos colgados junto a sus genitales. Siempre fui el enano que parió mi madre, pequeño y deforme. De niño, se burlaban de mí y me intimidaban, pero para los dominicos fui un estudiante correcto. Cuando crecí, el convento me pareció un buen lugar en donde estar. Ofrecía seguridad, cuidado fraternal, la protección y la dignidad del santo hábito de Santo Domingo. No me decepcionó. Encontré todas esas cosas y me sentí -me siento- agradecido. Pero como todos los que sufrieron abusos, seguí siendo un escéptico que casi nunca creyó que podría fiarse de su buena suerte. Todavía sigo siendo escéptico, pero poseo un talento que tú nunca adquiriste: el talento para el silencio y para la adaptación. No siempre estoy orgulloso de él, pero la mayor parte del tiempo, sí, porque es un talento para la supervivencia; y la primera condición de la salvación misma es que sobrevivamos para alcanzarla. Así que, ya ves, en eso nos parecemos mucho, salvo que en el arte de la paciencia silenciosa tú eres un alumno lento.

-¡Cuánta razón tienes, Hermano John! ¡Cuánta razón!

-¡Por favor, déjame continuar! Hay otros, como nuestro Superior General, como muchas otras personas de la Iglesia, que poseen el talento contrario: el de creer. Lo llaman "el don de la fe" como si fuera un golosina dada en recompensa a los niños buenos. ¡Tienen suerte! Dales premisas seguras y sacarán una conclusión segura, luego cierra las contraventanas y di: "Nuestro camino al Paraíso está lleno de luz". ¡Entrégales una antorcha e incendiarán el mundo y, sin importarles quién se queme, lo llamarán cristiandad!

-Si la Inquisición pudiera oírte, Hermano John, sería a ti a quien quemarían.

-Pero no hay nadie aquí, Hermano Giordano, salvo tú, yo y Dios, que es nuestro silencioso testigo.

-¿Y qué piensa Él de esto?

-Hace siglos lo dijo de aquellos que lo mataron: "Padre, perdónalos. No saben lo que hacen". Como un buen hombre, pásame la botella y sírvete otro vaso. Una para beber y la otra para guardar, ¿recuerdas?

Fue entonces, cuando todavía estaba sobrio, que decidí confiar en él. Rasgué la tela de mi jergón, saqué las páginas de mi manuscrito y las dispuse frente a él, sobre la mesa.

-Hermano, ésta es mi confesión bajo sacramento, como prometiste. Todavía no está terminada, pero lo estará antes de que me maten.

Examina las hojas con rapidez, deteniéndose aquí y allá para sopesar un párrafo al que le presta especial atención. Luego, pregunta.

-¿Qué quieres que haga con esto?

-Sácalo de aquí. Búscale un hogar seguro, del cual pueda algún día salir a la luz.

-¿Por qué te resulta tan importante?

-No quiero ser borrado de la historia sin una palabra escrita en mi defensa.

-Un pedido razonable. ¿Cómo harás para entregármelo?

-Lo recogerás tú mismo porque pediré que seas tú quien reciba mi confesión final. No creo que me nieguen eso, aunque tú, hermano, eres libre de negarme tanto el favor como el sacramento.

-Me hará feliz ofrecerte ambas cosas, Hermano Bruno. Empezaré a trabajar silenciosamente sobre el Superior General. Le agradará que le diga que, al menos, vas camino a la salvación. Creo que alentará mis visitas. Me parece que incluso está empezando a sentirse culpable en relación con este largo y triste asunto.

-¿Pero no hará ningún esfuerzo para salvarme?

-Eso sería pedir demasiado. Está a la cabeza de una gran y poderosa Orden, pero su poder lo tiene sólo por 'delegación. No desafiará al Pontífice ni a la Curia. No debes culparlo demasiado. Él es más prisionero que tú.

-¿Esperas que crea eso, Hermano John?

-Sé que suena imposible, ¿pero acaso no es la mejor razón del mundo para creer? Sírvete más vino. En el vino está la verdad, ¿no?

Antes de que él se marche, el manuscrito es guardado en mi colchón de paja, junto con el cortaplumas y las plumas de reserva. Estoy agradablemente borracho; lo bastante como para aceptar la bendición que sobre mí murmura el Hermano John, haciéndome la señal de la cruz sobre la frente:

-¡Dios te dé valor, Hermano! ¡Dios te dé valor!

1 de enero de 1600

Anoche dormí profundamente, pero soñé con muchas cosas confusas.

Estaba otra vez en Frankfurt, en la gran feria anual, donde me había propuesto empezar una nueva carrera o, al menos, reinventar la anterior. La feria ya estaba en funcionamiento, con sus pasillos y terrenos atestado de visitantes.

Había mercaderías de todas partes del mundo: pieles de Rusia, sedas de Italia, telas y joyería de Francia, hierro forjado de Alemania, corales del Mediterráneo, perlas de Oriente, especias traídas por los comerciantes holandeses de las Indias.

Había mercaderes de cada país, cambistas negociando en todos las monedas de Europa y de Levante. Había montañas de libros, viejos y nuevos, y sobre ellas caminaba el mismísimo Wechel, decano de los editores, hacedor de obras maestras de la tipografía y la encuadernación, quien oficiaba de anfitrión para todos los amantes europeos de los libros.

A él buscaba yo en mi sueño, pero siempre estaba al otro lado de la esquina y yo tenía miedo de no encontrarlo nunca. Las personas que me empujaban en la turba parecían indiferente u hostiles, o de algún extraño modo, temerosas de mí. Cuando les hablaba, me daban la espalda bruscamente y se persignaban contra el mal de ojo. Todo el sueño reflejaba las frustraciones que había encontrado a mi llegada a Frankfurt con mi secretario Besler.

En realidad, Wechel me recibió con mucha amabilidad y me ofreció alojamiento en su propia casa mientras mis obras eran preparadas para su publicación. No obstante, el permiso para mi estadía en la ciudad había sido aplazado por el Senado y no me atreví a disgustarlos tomando una residencia no autorizada. Así que dejé mi trabajo en las competentes manos de Wechel y me retiré a Zurich, donde todavía tenía amigos y podía mantenerme por medio de conferencias privadas.

La contrariedad subrayaba la inestabilidad esencial de mi existencia y redobló mi determinación de remodelar mi vida. Sin embargo esa misma determinación me hizo vulnerable a otra ilusión: la de que todavía podría remediar mi posición frente a la Iglesia y reasumir una vida normal como sacerdote académico más allá de las tiranías de la vida conventual.

Para la época en que volví a Frankfurt, el admirable Wechel había logrado mi permiso de estadía y la licencia para imprimir mis obras. Me había conseguido alojamiento en el convento carmelita, que se autofinanciaba ofreciendo hospitalidad a los visitantes. Parecía que también informando a la Inquisición sobre sus huéspedes. Mucho más tarde, en Venecia, tomando como base un informe del Prior, se me cuestionó "por dar conferencias a estudiantes heréticos, y por publicar ideas quiméricas y difundir fantasías".

En ese momento yo no tenía modo de saber que estaba siendo denunciado. Ése es uno de los terrores del sistema: uno sólo puede adivinar la identidad de los que lo acusan, pero nunca enfrentarlos para examinar la calidad de su evidencia.

En Frankfurt desarrollé una agradable relación con dos libreros venecianos, Gianbattista Ciotti y Giacomo Britano. Ciotti ya había impuesto el prestigioso sello Minerva y tenía una larga lista de clientes entre los nobles venecianos. Entre ellos había un tal Zuane Mocenigo, uno de los Savi, Consejero de la República, sobrino del antiguo Dogo.

Él había leído algunas de mis obras y pedido referencias mías a Ciotti, a través de quien me enviaba una carta invitándome a ir a Venecia, unirme a su familia y enseñarle a él los secretos de la memoria y de la magia. Todavía lo estaba considerando cuando, por otra vía, me llegó una segunda carta. Ésta era aún más persuasiva: en términos financieros, sería recibido con los honores debidos a un gran sabio, lo cual no podría dejar de complacerme; gozaría del favor y de la protección de una de las más respetadas familias de la Serenissima. Etcétera, etcétera, etcétera.

No tenía motivo para dudar de la sinceridad del ofrecimiento. Sabía lo suficiente sobre la política veneciana como para entender que la República estaba gobernada por una poderosa y reservada oligarquía de familias nobles, cuyos nombres se repetían constantemente en la lista de Dogos. Incluso los romanos respetaban y trataban con deferencia a los venecianos, a quienes temían porque un día podrían verse tentados de convertirse al protestantismo para garantizar la independencia de La Más Serena República.

Librodot

Así que era como si una puerta dorada se hubiese abierto ante mí. Por otro lado, mis amigos estaban aterrados por el riesgo. Italia sería, para siempre, territorio hostil. ¡Los venecianos eran comerciantes que venderían a su propia madre por un ducado! Era un tonto al meter la cabeza en la boca del león. Obstinado como siempre, no les hice caso. Mordí ansioso el cebo y acepté la invitación de Mocenigo para convertirme en su sabio residente.

Con dinero en el bolsillo y la firme promesa de Mocenigo, no tenía prisa por llegar. En el verano, Venecia es una ciudad fétida. Aquellos que pueden permitírselo, parten hacia las colinas para escapar del calor y del hedor. De modo que viajé despacio y agradablemente por el montañoso país de las Dolomitas y llegué a Venecia en agosto de 1591. Mocenigo y su familia todavía estaban ausentes, por lo que me quedé sólo unos pocos días; luego crucé las lagunas hacia la ciudad de Padua, donde había arreglado encontrarme con mi secretario Besler.

Teníamos trabajo para hacer, trabajo que podía hacerse mejor en esa ciudad. Su universidad era la más famosa de Europa, especialmente sus facultades de derecho y de humanidades. Había excelentes bibliotecas y hospitalarias reuniones llevadas adelante por una gran población de estudiantes extranjeros; alemanes, húngaros, bohemios, cada cual con su propia "compañía" e insignia nacional. Las autoridades venecianas las alentaban y protegían porque traían riqueza a la provincia y abrían nuevas oportunidades para el comercio.

El Patriarca de Venecia tenía otro punto de vista. La presencia de comunidades protestantes sólo podría contribuir a difundir la herejía. Los Consejeros de las Más Serena República alzaban los hombros indiferentes ante la amenaza. Si hubiera habido provecho en el trato, habrían comerciado con el Diablo

mismo. Se aferraban a su proverbio: "Primero los venecianos y después los cristianos".

Sin embargo, bajo esa apariencia de tranquila adaptación, había una constante tensión y malestar entre Roma y Venecia. Los romanos temían una deserción en masa tal como las que había habido en Alemania e Inglaterra. Los venecianos tenían sus propios recelos. Decían: "El que cene con el Papa que lleve una larga cuchara y mantenga libre la mano de la espada".

¿Por qué ahora, cuando ya es demasiado tarde, recuerdo tan vívidamente esas cosas? En aquellos días andaba como un caminador de nubes, sin preocuparme en absoluto sobre la diferencia entre un luterano, un calvinista, un husita o un bogomil. Mis preocupaciones entonces se referían al infinito, al espíritu que animaba todas las cosas. Ahora, mi visión se limita a cuatro paredes y a un futuro sobre el cual resulta inútil especular porque muy pronto tendré que experimentarlo.

Mi primer encuentro con Zuane Mocenigo fue en su propio palacio, cerca de San Samuele. Era unos diez años menor que yo, apuesto y elegante para vestirse; estaba casado con una joven de cuna noble a quien parecía mantener constantemente embarazada. En su bienvenida fue elocuente, aunque se mostró algo ansioso por impresionarme con el alcance y la profundidad de sus conocimientos. Me quedé con la sensación de que era un hombre de talento moderado e importantes relaciones y de que tenía una necesidad de confirmar tanto la buena opinión que poseía de sí mismo como el respeto que su imagen exigía. Durante nuestra primera conversación capté un cierto tono perentorio que me hizo sentir tan incómodo como a él inseguro de sí mismo. Primero hubo un regateo sobre mis honorarios. La suma

era bastante generosa, pero no le gustó que le dijera que quería que me pagara mensualmente por adelantado.

-¿Por qué, Maestro Bruno? Prefiero pagar después de que el servicio haya sido dado, aunque no tendría objeción en adelantaros una suma modesta sobre vuestras futuras ganancias.

-Con respeto, Messer Mocenigo, en la relación de maestro a alumno a la que me invitáis, el servicio se da cada día. No es un punto sobre el que quisiera discutir.

Librodot

-Que así sea entonces -se avino con disgusto-. Bien, veamos las cuestiones domésticas. Como sabéis, tengo hijos y mi mujer está embarazada otra vez. Debo entonces preguntaros si tenéis alguna enfermedad eruptiva.

-No, Señor.

-¿Algo en los pulmones? ¿Fiebres infecciosas?

-Nada.

-¿Bebéis?

-Alegremente, pero con moderación. Borracho, no se puede estudiar.

-¿Sois pendenciero?

-No lo creo. Cuando discuto puedo ser vehemente en cuestiones de principios, pero no soy -nunca lo he sido- un buscapleitos de taberna. Discuto con serenidad y mantengo la paz.

-¡Muy bien! Nosotros, los Mocenigo, tenemos un nombre que debemos cuidar.

-Y yo, Señor, maneras civilizadas a las que debo atenerme.

-Mantenéis relaciones con mujeres.

-Cuando se ofrece la oportunidad y puedo permitírmelo. Se sonrió estúpidamente de costado, con aire de conspirador, y me desafió.

-Sé, Maestro Bruno, que habéis sido monje. Sé que renunciasteis a vuestros votos. ¿Con cuántas mujeres habéis estado?

Le respondí con inesperada indiferencia.

-No con tantas como el Rey Salomón, pero con las suficientes como para estar contento.

-¡Entendido! -nuevamente era un patricio condescendiente hablando a un plebeyo-. Soy tolerante de las indulgencias privadas, ¡pero no quiero que mis sirvientas anden con el vientre hinchado ni quiero en mi séquito pajes con el culo dolorido! En Venecia hay casas de citas que se acomodan a todos los gustos. ¡Así que, divertíos afuera, eh!

-Soy huésped en vuestra casa, Messer Mocenigo. Os respeto tanto como espero que me respetéis a mí.

Comprendió que había ido demasiado lejos y sus disculpas -si bien a pesar suyo- fueron inmediatas.

-¡Por favor! No quiero faltaros el respeto. Es que, simplemente, entre caballeros...

No encontró las palabras para terminar la frase. Me gustó dejarlo así confundido por un momento. Abruptamente cambió de tema.

-¡A lo nuestro entonces! Tengo una vida ordenada, como seguramente vos también tenéis. Desde la primera colación hasta el mediodía, ambos estudiaremos juntos. Las tardes y las noches son vuestras, pero mi mayordomo debe saber cómo encontraros en el plazo de una hora. Hay amigos que quiero que conozcáis; reuniones de caballeros a las que desearía presentaros. -Estaré a vuestra disposición, Señor.

-Sin embargo, quiero advertiros algo.

-¿Señor?

-Respetaréis las confidencias que tengamos entre maestro y alumno. No diréis a nadie, hombre o mujer, los secretos que compartamos. ¿Poseéis secretos, no? ¿Disciplinas de poder, artes antiguas?

-Durante años escribí y diserté sobre tales asuntos. Enseñé las disciplinas de la memoria y de las artes de la magia natural, tanto antiguas como modernas. Pero entendedme, Messer Mocenigo, el maestro es alguien que enseña, no alguien que esconde. El saber es como el aire que todos respiramos. No podéis conservarlo en una botella y ponerle un corcho como al vino para vuestro uso exclusivo.

El cambió que se operó en él fue pasmoso. Todo su cuerpo se endureció. Sus ojos se velaron. Pareció retraerse dentro de su propia piel y emerger, despacio y silenciosamente como una víbora lista para atacar. Su voz era baja y sibilante.

-¿Qué me ofrecéis entonces, ya que pago la cuenta?

-¡Lo aprendido en toda una vida, Señor! Poco o mucho, es toda la riqueza que poseo. El uso que hagáis de ello es asunto vuestro. Pero dejadme agregar un pensamiento. Vine aquí por vuestra invitación. Hasta ahora no os he costado nada. Lo más que puedo costaros es un mes de sueldo. ¿Acaso no sería inteligente que nos probáramos el uno al otro? Descubriríais qué puedo enseñaros; yo vería con qué rapidez aprendéis.

De nuevo, cambió como un camaleón ante mis ojos. Se río y me palmeó la espalda como una camarada.

-¡Sois audaz, Maestro Bruno! ¡Algo arisco, pero audaz! ¡Eso me gusta! Con seguridad podremos probarnos perfectamente. ¿Por qué no empezamos con un paseo por mi ciudad, Novia del Mar, Emperatriz del Adriático y de todos los mares al este de Rodas y Askelón?

Confieso que, mientras caminábamos y hablábamos, él me agradó. Estaba lleno de orgullo por su ciudad, por su comercio exterior, la belleza de sus monumentos y de sus mujeres, la habilidad de sus constructores navales quienes, afirmó, cada día botaban una galera. Noté el respeto con él que era saludado en el Rialto, la cordialidad de su propio saludo y la formalidad con la que me presentaba: "el más docto de los filósofos, el Doctor Filippo Giordano Bruno quien, después de su estadía en las cortes reales de Europa, me ha brindado el honor de trabajar en mi casa como sabio residente".

Por supuesto, me sentí halagado. Aunque no podía deshacerme del recuerdo de sus extraordinarias transformaciones. Había en él una profunda veta de malicia; también cierto espíritu mezquino, como si la vida lo hubiera engañado en cuanto a sus justas recompensas. A lo largo de los prolongados años que siguieron a su traición, me hice la pregunta que, Dios sabe, debería haberme hecho al principio: "¿Por qué alguien que lo tiene todo -nobleza de nacimiento, dinero y respeto público- traiciona a un hombre que sólo viene a enseñarle su sabiduría?".

La respuesta todavía se me escapa: quizá porque él pensó que era mi dueño y, al equivocarse, se dispuso a destruirme; tal vez -y, retrospectivamente, parece lo más posible- era un aficionado, un diletante que aspiraba al renombre de sus antepasados, pero que carecía del talento o de la energía para alcanzarlo. Creo que por eso me pidió que, antes que nada, le enseñara los secretos de las artes mágicas. Él las veía como el camino más corto y rápido para llegar al poder, como los dones de Midas que convertía todo en oro. Al principio, sus pedidos eran abyectos; luego, en la medida que mis cuidadosas exposiciones no lo satisfacían, coléricos.

-¡Oíd, Maestro Bruno! ¡Estamos en mi cuarto privado! Estamos protegidos. Así que decídmelo sin vueltas. ¿Poseéis las fórmulas herméticas? ¿Conocéis la Cábala? ¿Podéis recitar los nombres del poder, las invocaciones debidas? ¿Podéis dibujar los cuadrados mágicos, el pentagrama? ¿Practicáis la alquimia? ¿Podéis hacer pociones para el amor y aliviar el mal de ojo?

-¿Y si pudiera, Señor?

-Hacedme también adepto.

-¿Con qué objeto?

-¿Por qué necesitáis preguntar? No sois un imbécil. Os lo diré una vez, sólo una. Yo, Zuane Mocenigo, estoy encaminado hacia una gran empresa para mí y para mis hijos. En dos siglos, la familia Mocenigo produjo cuatro Dogos. Así que tengo mucho en juego. Si me dais poder, también lo tendréis más allá de lo soñado. Sed ahora mi tutor en las artes mágicas y seréis mi chambelán, el favorito, más allá del alcance de Roma. ¡Eso es todo! Tenéis mi verdad. ¡Decidme la vuestra!

Con lo dicho, se había vuelto vulnerable. Sin embargo, era peligroso. Le contesté y con toda la tranquilidad y el respeto que pude reunir.

-Mi Señor, podría comprometerme a enseñaros las cosas que pedís. Dadme redomas, alcoholes y alambiques, y podría ser el alquimista más prolífico de Europa. Pero, ¿oro del plomo? Ningún hombre lo ha hecho. Nadie puede hacerlo. ¿Magia? Dadme tiza y compases, un gato embrujado, libros mohosos escritos en jerigonza y haré crecer los pelos en la tonsura

de un clérigo. ¡Ésos son trucos de feria para que practiquen los bribones, para que tiemblen los tontos!

Sabía que él estaba furioso conmigo, pero se contuvo por temor a que pudiera haber otros secretos que le estuviera escondiendo. Traté de apaciguarlo contándole mi encuentro en París con don Miguel Maravilloso, que era tanto fabricante de espadas como alquimista. Me oyó con atención, simulando entender lo que decía, pero volvió a insistir obstinadamente con la pregunta.

-Decidme, Messer Bruno, ¿podéis lanzar maldiciones sobre la gente?

-Puedo, Señor, ¡igual vos!

-¿De veras puedo? ¡Decidme cómo, entonces!

-¡Es fácil! Caminad por la ciudad. Procuraos un aspecto solemne, pasead hinchado como una paloma buchona. Comenzad un rumor sobre cualquier hombre, alto o bajo. Difundid su muerte, la infidelidad de su mujer, la traición de sus amigos. En un día estará temblando por el filo de dagas espectrales, adelgazando por temor al veneno.

Mocenigo entendió la noción bastante rápido. Su ira menguó. Sus ojos se iluminaron con malsana alegría, pero llevó la pregunta más lejos.

-¿Eso es lo que hace un mago?

-El mago se crea a sí mismo, Señor. Los ignorantes lo confirman en su papel.

-¿Cómo?

-¿Qué otra cosa es la magia sino jugar con los nervios tensos y los miedos secretos? ¿Pociones de amor? La mitad del ducado-compra bastantes cantáridas como para hacer que a un eunuco se le pare como un poste y le hurgue entre las piernas a cada monja desde aquí hasta Vicenza. Mezclad las cantáridas con sangre de murciélago o bálsamo, balbucead cualquier tontería mientras lo hacéis, ¿cuál es la diferencia?

Al instante siguiente estaba de pie, con la daga desenvainada y pinchándome la garganta.

-¿Y ésa es la suma de vuestro conocimiento, Maestro Bruno? ¿Por eso os pago?

-¡No, Señor! -dije apartando la daga con un gesto de desdén-. Ésa es la locura de la que deseo protegeros, la locura de la ignorancia y la superstición. Debéis desembarazaros de ella antes de que podáis comenzar a adquirir sabiduría. Y algo más, Meseer Mocenigo: las eliminái más rápidamente con la risa que con amenazas. Si queréis que me marche, entonces decidlo. Si me queréis aquí, respetad la enseñanza que os ofrezco: la que es más difícil de obtener.

Fue un momento de peligro, y yo lo sabía. El tipo era un tirano despreciable, algo más que un loco, tironeado entre la ira y la razón. En ese mismo instante me sentí volver a mis días de estudiante en Nápoles, cuando había que ser rápido para sobrevivir. Por fortuna, Mocenigo era un cobarde. Rápidamente se ablandó y, casi inmediatamente, se convirtió en un escolar que, a modo de disculpa, me sonreía. Envainó su daga y me ofreció su mano.

-Perdonadme, Maestro Bruno. Tengo mucho que aprender de vos, incluida la urbanidad. Deseo que os quedéis y que sigáis enseñándome.

-Muy bien. ¿Queréis que continuemos?

-¡No, no! Prosigamos mañana y concentrémonos en las artes de la memoria, que son menos controvertidas que las artes mágicas.

-Como gustéis. Aprovecharé la oportunidad para ver algo de la ciudad.

-¡Bien! Paseaos por el gueto. Es un lugar exótico; algunas de las mujeres judías son extraordinariamente bellas. Puede que os interese visitar el estudio de nuestro gran maestro pintor Jacopo Robusti, llamado Tintoretto. Ya es un hombre mayor, pero sus hijos Domenico y Marco todavía mantienen el estudio activo... Ahora me palmeaba con si yo fuera un gato, tratando de que volviera a ronronear. Me resultaba detestable, porque sabía que él había empezado a odiarme; sin embargo, estábamos ligados uno al otro como los gemelos deformes de un nacimiento monstruoso.

Desde ese día comencé a pensar en cómo podría librarme de él y volver a Alemania. Sólo podía adivinar la manera en que Mocenigo trataría de vengarse, ¡y vaya que trataría! Todos los sutiles mecanismos de la República estaban a su disposición. Ni el mismísimo Dogo podía viajar sin permiso. Enviarían asesinos para matar a cualquier artesano que hubiera traicionado los secretos de la fabricación de cristales. Se alentaban las denuncias anónimas. Había un pequeño ejército de informantes a sueldo. Allí, yo era un extranjero. También tenía serios problemas con la Iglesia. Era demasiado conocido como para esconderme con facilidad. En cualquier momento cualquier ciudadano podía denunciarme mediante una nota anónima deslizada en la Boca del León y, luego de eso, los guardias de la ciudad podían atraparme en cualquier instante como a un camarón en un red. Que fue exactamente lo que al final hicieron; pero, antes de que comenzara la ópera, había una larga obertura.

Mocenigo mantuvo su promesa de presentarme en varias reuniones a caballeros dedicados a las letras y a la filosofía. Me recibían con cortesía y parecían impresionados por mi elocuencia, la sutileza de mis razonamientos y mis habilidades en las artes de la memoria, las cuales les divertían de distintos modos. Ciotti, el librero, estaba siempre presente porque así era como creaba un mercado para sus libros. También, había clérigos y prelados de diferentes grados. Algunos me aprobaban y algunos, no; pero siempre se observaban los modales de la ocasión. Con todo, nunca estaba demasiado seguro de si Mocenigo me estaba usando para mejorar su propia reputación o para comprometer la mía con el fin de volverme más dependiente de su buena voluntad.

En su propia casa preparó con algún cuidado una reunión con el Inquisidor General de Venecia, el Prior Gabrielli, un dominico. Su saludo fue frío, y al principio, nuestra charla se parecía más a un interrogatorio que a una conversación. Gabrielli me preguntó:

-Vuestro nombre, por favor, para saberlo bien.

-Filippo Giordano Bruno, llamado el nolano.

-¡Ah, sí! Se nota el acento del sur. También los rumores salidos de viejas historias, asuntos todavía no resueltos, abandono de los votos, una existencia libertina, sospechas de herejía.

-Como habéis dicho, Prior, son rumores: rumores, habladurías y sospechas que no han sido probadas.

-¡Es verdad! Pero Hermano Giordano, con vuestra causa todavía abierta, sois audaz de poneros al alcance de vuestros inquisidores.

-Con el mayor respeto, Prior, estoy aquí porque confío en la justicia de mi causa, en la caridad de la Iglesia, en la noble casa que me brinda protección.

-Sabéis que no tenéis autorización para enseñar públicamente ni para predicar en la Iglesia ni dar los sacramentos.

-No busco eso, Prior. En este momento, soy un filósofo residente con su patrón.

Mocenigo intervino inmediatamente.

-Y yo, mi querido Prior, respondo por mi propio huésped. El Consejo ha aprobado su estadía. El Patriarca no tiene objeciones. Creo que todos podríamos sacar provecho de la presencia del Maestro Bruno en nuestra ciudad.

-Confío en que así sea, amigo mío -de pronto, para mi sorpresa, Gabrielli se relajó y me sonrió-. Dejadme deciros, Hermano Giordano, que os he oído hablar y me parecisteis elocuente y persuasivo. No puedo ignorar el escándalo de vuestra vida vagabunda, ni puedo ocultaros nuestras preocupaciones sobre la ortodoxia de vuestros libros publicados. No obstante, dado que Messer Mocenigo os ofrece la protección de su nombre y de su casa, por el momento, estoy satisfecho.

-Me hace feliz oírlo, Prior.

Ahora, si me permitís, necesito hablar en privado con Mocenigo.

Mientras caminaban juntos fuera del cuarto, sentí un repentino estremecimiento de temor. Como dicen los alemanes, fue "como si un ganso hubiera caminado sobre mi tumba".

Había demasiadas sfumature, tenía que descifrar demasiadas sombras de sentido y énfasis en un solo instante. Como siempre, me mostré descaradamente audaz, pero confieso que me sentí como Sócrates cuando vio que los atenienses ponían cicuta en su copa.

La noche recién empezaba. Era el tiempo que me correspondía. Dejé un mensaje con el mayordomo y salí a divertirme en la ciudad. Elegí un sitio ruidoso, una taberna cualquiera cercana al Arsenal, donde iban los marineros, los constructores de buques y los remeros de las galeras, hombres enormes y toscos, con hombros de buey y puños de gigante. Todas las naciones del Mediterráneo estaban allí: hombres libres y esclavos, nubios, chipriotas, gente de Corfú, libios y coptos del Delta del Nilo. Era una Babel de lenguas, de colores y de vestidos. Las mujeres eran vulgares, pero brillantes y charlatanas como cotorras. Llegaban

suplicando bebida y compañía, y prometían para más tarde falsos paraísos de delicias. A lo largo de mi vida de vagabundo, pronto aprendí a elegir compañía y a mantenerla en un rincón apartada de los buscapleitos y los predadores. La mayoría de las veces, las muchachas estaban conformes con el arreglo. Les sacaba el peso de encima y les ahorraba el trabajo de ofrecer sus encantos a borrachos groseros con los bolsillos vacíos.

Me sentía cómodo en esos lugares. Los había frecuentado desde mis días de estudiante en Nápoles. Entendía el gergo, el argot que se usaba en los barrios bajos. Si alguien proponía una canción, yo podía cantarla pasablemente bien. Podía rasguear una mandolina prestada o adornar una historia de viajero para igualar las de los marinos. A medida que fui creciendo, esas excursiones me proporcionaron otra recompensa bastante especial. No tenía nada que debatir. No había nada que discutir: era la vida sin adornos, sin pretensiones. Los que allí estaban no eran moralistas cariacontecidos que emitieran juicios porque una muchacha estuviera hurgando en el bolsillo de un hombre mientras él la toqueteaba debajo de la falda. No había silogismos exactos sobre la naturaleza de las relaciones humanas. Era la vida en la selva prístina, a menudo breve, frecuentemente brutal y peligrosa, pero siempre fluyendo con energía y, a veces, tocada por una belleza especial como los hediondos canales de Venecia, en calma a la luz del alba, dorados en los resplandores del verano.

Esa continuidad y esa plenitud de la experiencia fueron lo que traté de expresar hace años en mis diálogos Causa, principio y unidad.

"Nos deleita el color; no uno, sino la unidad que a todos los rodea. Nos deleita el sonido; no el de una única nota, sino la armonía de muchos."

A decir verdad, sentí mucha más armonía en las roncas peleas de las tabernas portuarias que en cualquier casa de estudios de Europa.

Volví de mi excursión cuando aún era temprano. Estaba sobrio, pero con bastante licor encima como para soltar la lengua y había tenido bastante éxito en mis aventuras como para volverme descuidado. Al entrar, me sorprendió encontrar a Mocenigo aún sentado a la mesa de la cena, con dos invitados. Uno era el Prior Gabrielli, el Inquisidor; el otro fue presentado como Su Excelencia el Nuevo Nuncio Apostólico para la República, el Muy Reverendo Ludovico Taverna, obispo de Lodi. Los saludé y les rogué que me excusaran. Mocenigo insistió en que me quedara. Me sirvió un vaso de vino en el que apenas me mojé los labios, sin beberlo. Luego, me llevó a la conversación, como se conduce a un conejo a la trampa.

-Maestro Bruno, mis invitados y yo apreciaríamos vuestra opinión sobre ciertos temas.

-En tan distinguida compañía dudo en ofrecérosla, Señor. -¡Vamos! Sois demasiado modesto. Habéis viajado mucho, ¿no?

-Demasiado, Señor. Estoy contento de estar finalmente en casa.

Vi la mirada que cruzaron el Inquisidor y el Nuncio, pero apenas la tomé en cuenta. Acababa de salir de un mundo mucho más simple. Mocenigo continuó desarrollando su trampa.

-Durante vuestros viajes habéis conocido tanto lo alto como lo bajo.

-En verdad, sí. He sido lector del rey de Francia. He sido recibido por el emperador de Praga y la reina de Inglaterra. He dado conferencias en Wittenberg, Helmsted y Oxford. Pero, sí, también he vivido pobremente, con buhoneros vagabundos y comerciantes de caballos.

¿De qué otro modo es posible conocer la condición humana? ¿De qué otro modo es posible ganarse el derecho a hablar de ella?

-¡Ajá! -dijo finalmente el Nuncio Apostólico con una voz aguda y enfática, como el ruido de las ramas cuando crepitan en el fuego-. Por lo tanto, Maestro Bruno, a veces habéis estado en malas compañías.

-Compañía humana, Excelencia. Nunca reclamé el derecho de juzgar a mis semejantes.

-Pero cuando habéis sido ordenado sacerdote, ¿no se os impuso el derecho, o más bien, el deber, de oír la confesión, de conceder o negar la absolución?

-Pero yo, Señor Nuncio, decliné ejercer ese derecho porque he visto demasiado a menudo que se abusa de él. Mocenigo intervino rápida y serenamente.

-Estoy seguro, Maestro Bruno, de que Su Excelencia no quiso desairaros. Queremos vuestro juicio sobre un asunto más importante. Como bien sabéis, hay rebelión en el aire, cisma, herejía y amenazas de nuevas guerras religiosas. ¿Qué motiva a la gente común de Londres, Frankfurt, Wittenberg, Venecia? Los miré uno a uno, tratando de leer en sus rostros, pero eran inescrutables como máscaras de carnaval. ¡Que fuera lo que fuera, entonces! Tendrían mi respuesta, tan directa como podía darla.

-¿Qué mueve a la gente? ¡Bah! El hambre podrá causar disturbios, pero dadles pan y cebollas y habrá acabado antes de que se ponga el sol. ¿Lujuria? Eso también alborota. He visto a un hombre rajado desde el pecho hasta el ombligo por una ramera de taberna. Pero cuando habláis de rebelión, herejía, aviso de guerra, ¡ése es otro cantar!

-¿Cuál, mi amigo? -ahora hablaba el Inquisidor-. Nosotros que estamos sentados sobre el polvorín quisiéramos saber qué es lo que enciende la mecha?

-Vos mismo acabáis de decir la palabra mágica, Prior. ¡Encender, dar la luz! El abracadabra que abre la puerta al mañana. La luz llega despacio, pero -¡por Dios!- le llega al bufón, al deshollinador y al atareado siervo.

-No comprendo -el Prior parecía asombrado-. ¿Se trata de alguna nueva y plausible revelación?

-Nueva para ellos, Prior, pero no plausible. ¡No! ¡No! -repentinamente me había apasionado. Me puse de pie y empecé a caminar, declamando como un orador-. ¡Ved! Aquí, en los anaqueles de la biblioteca de mi Señor, hay antiguos mapas que muestra que el mundo es plano y que termina apenas traspasadas las columnas de Hércules, donde dragones que lanzan fuego devoran a los pobres marineros. ¡No hay dragones! Vosotros lo sabéis; yo también. Hacia el oeste están las doradas tierras que Cristóbal Colón encontró, hacia el sur y hacia el este, las rutas marítimas a las Indias y a la lejana Cathay. ¡Ésa es la luz! Luego está Copérnico y después de él los cielos se abren a un infinito universo de soles, lunas y tierras no descubiertas.

-¡Fantasías seductoras! -dijo el Nuncio.

-¡Una doctrina peligrosa! -dijo el Prior.

-Por favor, continuad -dijo Mocenigo.

Ahora estaba lanzado, ni un rayo hubiera podido detenerme.

-Puede que sean fantasías, Prior. ¡Seductoras, sí, e incluso peligrosas! Pero despiertan la mente de los hombres a la duda y al cuestionamiento. Preguntan quién dibujó los dragones en los mapas. ¿Los cartógrafos o los charlatanes? ¿Quién dice que el Papa ve toda la creación un momento después de que lo eligieron?

¿Quién dice que el rey gobierna por derecho divino? No hay rey en Venecia. ¿Acaso Dios dispensa un derecho en España y otro diferente aquí? ¡El pueblo pregunta, caballeros! Sus preguntas producen los maremotos y la conmoción llega después.

-¡Eso es sedición! -se violentó el Nuncio.

-¡Un momento, Señor!

El que habló era otro Mocenigo, uno al que yo no había visto antes. Habló bruscamente, con autoridad. Maravillosamente, parecía que estaba hablando en mi defensa.

Librodot

-Sois un huésped en mi mesa, Excelencia; el Maestro Bruno es un miembro de mi casa. Aquí no hay sedición. Lo único que el Maestro Bruno hizo fue responder sinceramente una pregunta que yo le plantée. Podemos estar en desacuerdo con él, pero no insultar su probidad.

-Merezco la reprensión -admitió el Nuncio duramente-. Os ruego que vos, Señor, y el Maestro Bruno me perdonéis por mis malos modales.

El Prior sacudió su cabeza decepcionado. Como Inquisidor, no hacía concesiones con tanta facilidad. Hice una reverencia ante el Nuncio.

-Gracias, Excelencia. No estoy ofendido. Sé muy bien que éstas son cuestiones controvertidas, pero a todos nos afectan. Ahora, ruego a vuestras señorías que quieran excusarme.

Salí con paso firme, pero con suficiente lentitud, como para oír un breve intercambio en voz baja entre el Nuncio y Mocenigo. -¡Ése hombre es un problema, Señor, y vos todavía lo alojáis en vuestra casa!

-Sois nuevo aquí, Excelencia -dijo secamente Mocenigo-. Un emisario en busca de amigos. ¿No deberíais preguntaros, en primer lugar, el motivo y el porqué de las cosas?

No oí el resto, pero me bastó para confirmarme lo que el mismo Mocenigo me había dicho: él estaba implicado en un juego de alta política entre Roma y Venecia. Yo era simplemente un peón que, de una sola movida, podía ser barrido del tablero.

Desde mis circunstancias actuales, todo se presenta claro como el agua; pero en ese momento no era así. Por un lado, Mocenigo era un personaje demasiado inteligente; por el otro, era demasiado inestable como para que lo leyera con precisión. Descifrarlo me costó tanto esfuerzo como el que tuve que hacer cuando empecé con mis estudios de los misterios egipcios.

Por ejemplo, después de ese episodio, sus estudios diarios conmigo se volvieron más intensos y detallados. Tomó muchísimas notas y me hizo todo tipo de preguntas, algunas sutiles y penetrantes, otras irrelevantes e incluso vulgares. Preguntó, por ejemplo, cómo juzgaba los milagros de Cristo, la cura de los enfermos, la multiplicación de los panes y los peces, la resurrección de Lázaro.

Yo respondía a la manera del debate académico. Le señalé que los Evangelios habían sido escritos mucho después de la muerte de Jesús, con la intención de que fueran guías y apuntes para el uso de los fieles. Entre las distintas narraciones había muchas discrepancias. Recuerdo haber observado con impertinencia que, dado que los judíos veían a los cerdos como animales sucios, cuando la piara de los cerdos Gadarenos se arrojó al mar parecía más una broma que un milagro. También dije, según recuerdo, que el trato que Cristo dio a María Magdalena era testimonio de su tolerancia en cuestiones sexuales. La perdonó "porque ella había amado mucho". Por su parte, la Iglesia había convertido en pecado mortal lo que, después de todo, Dios mismo había inventado, ¡y lo que tan bien y agradablemente servía a hombres y mujeres!

Mocenigo se rió y tomó nota como si hubiera sido un chiste para compartir con sus amigos. Tomó otra cuando cité mi propio caso y dije que la Iglesia subvertía en mensaje del Evangelio al gobernar por el miedo y no por el amor.

Ahora sé que fui un tonto confiado, un tonto que dictaba a un traidor los términos de su propia acusación. En esa época todavía creía que era el deber de un maestro honesto debatir todas las cuestiones y todas las opiniones con los alumnos. Cuando vi, finalmente, el peligro en que me ponía, ya era demasiado tarde para escapar.

Dije a Mocenigo que necesitaba visitar Frankfurt para tratar con Wechel sobre mis publicaciones. Se negó a dejarme ir, arguyendo que todavía no había cumplido con mi contrato. Le dije que mi ausencia sería corta y que, como hombre de honor, por supuesto cumpliría con mis deberes hacia él. Volvió a negarse. Esta vez, me amenazó con retenerme por la fuerza. Le dije que no tenía derecho a retenerme contra mi voluntad. Volvió a amenazarme y se marchó pisando fuerte.

Esa noche, muy tarde, entró en mi cuarto acompañado por su sirviente Bartolo y cinco o seis gondoleros de los canales venecianos. Me arrastraron fuera de la cama y me encerraron en un despacho. A la mañana siguiente, trajo a un capitán de la guardia con algunos hombres quienes me llevaron a una bodega de la planta baja, donde me mantuvieron por varios días.

Allí, a las tres de la mañana, fui formalmente arrestado por un capitán Matteo d'Avanzo, a las órdenes del Consejo de los Diez. Fui llevado a la cárcel de la Santa Inquisición para esperar el juicio bajo cargos todavía no especificados.

Así comenzó una larga agonía que ha consumido los últimos ocho años de mi vida. Quisiera agregar una nota al pie. Jamás fui encarcelado con comodidades. A diferencia de ciertos nobles cautivos de la historia, nunca se me ha permitido el apoyo de compañeros fieles, una conversación civilizada, o leer y escribir a voluntad.

Desde el principio, todo fue reducido sólo al mínimo tolerable: la comida necesaria para que no muriese de hambre, el calor suficiente para que no me congelara hasta morir, el papel y la luz mínimos para que sólo tomara las notas relevantes para mi causa. Ninguna medicina contra las fiebres de la prisión, ningún abogado para aconsejarme contra los innumerables acusadores sin rostro que me acosaban.

Por lo tanto, al garabatear esta crónica de los años de la langosta, no se me debe culpar si escribo con menos elocuencia o menos exactitud de la que alguna vez pude utilizar. Fui un prodigio en las artes de la memoria. Ahora debo esforzarme para recordar de los detalles y ordenar las cronologías, a pesar de que, extrañamente, puedo recordar los diálogos y recitarlos como un viejo actor; tal vez sea eso, al fin y al cabo.

Hay momentos, como después de la tentativa del Hermano John, en los que estoy dispuesto a rezar, pero las oraciones de mis años monásticos se me han vuelto desagradables. Por eso invento mis propias invocaciones:

"En caso de que me hayáis olvidado, Señor, soy Giordano Bruno, ínfimo filósofo y alguna vez sacerdote, mago por fama y hereje por imputación, instigador de sediciones, peleador, borracho, caminador de nubes, el que baila su jiga sobre la cima de una montaña esperando el fuego estelar. ¡Oremus! ¡Oh Dios, si Dios existe! ¡Oh Cristo, si no te han matado para siempre en tu Calvario! ¡Oh madre de Cristo, tú que has visto qué pueden hacer los hombres a uno que oyó una música ajena! Inclinaos hacia mí. Sed tiernos. ¡Soy un bufón, un comediante cuyo público son los ciegos, los sordos y los tontos! O quizá sea exactamente lo contrario: soy el afligido y ellos los avergonzados por mi enfermedad. Sin embargo, efectivamente veo visiones, grito una especie de plegaria, siento en mi pulso tambores apocalípticos. Puede que las visiones sean falsas. No lo sé. Puede que la plegaria sea una blasfemia. No es mi propósito. ¿Los tambores? Tú, oh Dios, mantén mi corazón latiendo, susúrrame al menos una vez: `¡Tranquilízate, estás en casa y a salvo!`.

¡Ya está! La he pronunciado y la he puesto por escrito: la plegaria de mi alma, el deseo de mi corazón. Pero mientras me acuesto para descansar, todavía está la misma pregunta sin respuesta. ¿Dónde esta el hogar del vagabundo Hermano Giordano? ¿Y dónde irá a parar al final de su último viaje?

2 de enero

Quiero asentar como un hito la fecha en la que fui sacado de la cárcel para enfrentar a los Inquisidores del Tribunal veneciano. Fue el 26 de mayo de 1592. Apenas unos meses antes, un nuevo Pontífice -Ippolito Aldobrandini, Clemente VIII- había sido elegido para ocupar el trono de Pedro. Era demasiado pronto para saber qué podía esperar -si es que podía esperar algo- de su clemencia y sabiduría. De momento, los venecianos me retenían,

encerrado como un pájaro en una jaula. Esa cárcel de la Inquisición estaba sólo a unos pasos de las cámaras del jefe Inquisidor y de las de los Magistrados del Consejo dé los Diez. Para llegar a ellas, el prisionero tenía que pasar por el siniestro cuarto de los interrogatorios al que sería enviado si no lograba satisfacer a los Inquisidores.

La primera vez que fui llevado ante el Tribunal supe que estaba en un grave aprieto; enterrado hasta el cuello en arena movediza y viendo llegar a la caballería. El Presidente del Tribunal era el Patriarca de Venecia en persona, primado de todos los Obispos de la República, Su Excelencia el Muy Reverendo Lorenzo Prioli. A su lado estaba el Nuncio Papal, Ludovico Taverna, a quien había conocido en la casa de Mocenigo. Al Prior Gabrielli ya lo conocía como jefe Inquisidor. Tomasso Morosini, hijo de una antigua familia, representaba a la magistratura, y con él estaba un tal Luigi Foscarti, otro apellido histórico de Venecia. La asamblea se completaba con el Magistrado, un guardia y yo, zaparrastroso y maloliente por mis días de encierro. En esa humillación había, claro, un método. Incluso en la mejor de las circunstancias, era difícil mantener la determinación y la dignidad ante todos esos nobles y el poder que representaban.

El Patriarca comenzó la reunión con una invocación al Espíritu Santo, rogando claridad y sabiduría en las deliberaciones. Por mi parte, tenía pocas esperanzas de que la plegaria fuera respondida. Allí había muchos intereses encontrados. El Magistrado me pidió que dijera mi nombre, edad, mi origen y mi lugar de nacimiento. Luego, el Prior Gabrielli, el Inquisidor, se dirigió a mí en términos formales.

-Filippo Giordano Bruno, Presbítero, Clérigo Regular de la Orden de los Predicadores, ha sido citado aquí para responder a ciertas denuncias que atañen a vuestras obras públicas, vuestras conferencias y las opiniones que habéis expresado en privado y en público.

Decidí que tenía que defenderme inmediatamente o perder cualquier pequeña ventaja que tuviera. Plantée una sencilla pregunta.

-Os pregunto, Prior, con gran respeto; de qué se me acusa.

-¿Acusar? -parecía verdaderamente asombrado-. Por ahora no se os acusa de nada. Estamos aquí sencillamente para investigar cargos hechos contra vos.

-¿Por quién?

-No podéis saberlo.

-¿Hay quienes amenazan mi vida y no puedo saber sus nombres? ¿Cómo podré recusarlos?

-Los hemos examinado, Señor, como os examinamos a vos.

-Pero yo estoy aquí, prisionero, mientras ellos continúan libres; aunque probéis que están mintiendo, sigo siendo víctima de ellos. ¿Es justo eso?

-Es el método de la ley.

-¿Tengo algún recurso contra esa ley tan agobiante?

-Ninguno, Señor. Somos servidores de la ley que existe hasta que una sabiduría ulterior la cambie. El Juez os leerá los cargos.

-Por favor, hay otra cuestión.

-Manifestadla.

-Mi celda es húmeda; mi comida, apenas suficiente para no morir de hambre. Me aquejan dolores reumáticos. Puesto que aún no soy un criminal, ¿podría ofrecérseme la cortesía de una silla?

Hubo un frío repentino en el cuarto. Fue como si hubiese proferido una obscenidad. Todos miraron hacia el Patriarca. Él hizo al guardia un gesto impaciente con la mano.

-¡Traedle una silla! No puede estar todo el día de pie como una cigüeña mientras razonamos su caso. Ahora podemos seguir con nuestro asunto.

Se me trajo una silla. Me senté. Era una victoria ínfima, pero eso me dio valor. El Magistrado recogió sus papeles y empezó a leer la acusación.

"En primer lugar, se acusa al nolano de tener opiniones contrarias a nuestra Santa Fe, de haber disertado contra la Fe y sus Ministros. Tiene opiniones erróneas sobre la Trinidad, la

Librodot

divinidad de Cristo y la Encarnación. Tiene opiniones erróneas sobre el mismo Cristo, la Santa Misa y la transustanciación. Sostiene que el universo es infinito y eterno. Cree en la transmigración de las almas, aun de los humanos a los animales. No cree en la Virginidad de Maria, la Madre de Jesús. Practica las artes de la adivinación y de la magia. Ha incurrido en los pecados de la carne. Ha vivido entre herejes y adoptado sus doctrinas y costumbres. Éstos son los encabezamientos generales del documento; los particulares son todavía más escandalosos. El nolano ha manifestado, por ejemplo, que los milagros de Cristo fueron trucos de hechicero; que los sacerdotes y los frailes son asnos que se venden a otros asnos; que la Iglesia corrompe el mensaje del Evangelio y que busca convertir por el miedo y no por amor; que el hombre debe usar su propia libertad para llegar a Dios."

Hizo una pausa para recuperar el aliento. No pude contener un comentario desdeñoso.

-Mis Señores; es un catálogo muy largo. -De los más viciosos errores -dijo el Nuncio. -¡Demasiados para un hombre, Excelencia!

Morosini, el Asesor de los Magistrados, ofreció su propio y seco comentario.

-A ese documento le falta sobriedad. Está claramente escrito con precipitación y con ira.

-Gracias, mi Señor -dije agradecido por su intervención-. Y puedo agregar que esa denuncia se contradice a sí misma. Primero proclama que soy un hereje que rechaza la suma y substancia de la fe, mientras que, al mismo tiempo, abogo por un amor apostólico, una necesidad de llegar a Dios en libertad.

¿Qué busca ese enemigo sin nombre? ¿Lanzar una moneda al aire y que ésta muestre la cara y la cruz a la vez?

El Patriarca se inclinó hacia adelante y me habló directamente.

-¿Tenemos que entender que negáis cada una y todas las manifestaciones que hay en estos cargos?

Era un señuelo tentador, pero no caí en la trampa. Necesitaba establecer una base más amplia para mi defensa. Le dije:

-¡No, Eminencia! Niego el sentido y la conclusión de la totalidad. Denuncio mala intención en el informante, una tergiversación de mis palabras.

-¿Podéis explicaros, por favor?

-Mirad, Señor. Cuatro de nosotros somos clérigos, escolásticos entrenados en la argumentación y la disputa. Los otros son juristas, familiarizados con la lógica de la Ley. Sabéis cómo se nos enseña, con el método del pro y el contra. Un día convenimos debatir y decimos: "¡No hay Dios! ¡Refutadme!" Otro día declaramos lo contrario. Ése es el método, honorable y aprobado desde Aristóteles hasta santo Tomás. ¿Eso nos convierte en herejes? ¡Por supuesto que no! Pero cualquier tonto o pícaro, oyendo nuestra charla, podría sacarla de contexto y mandarnos a la hoguera por eso.

El Patriarca movió la cabeza afirmativamente y dio una orden al Magistrado:

Anotad que el acusado no niega las palabras que formalmente le fueron imputadas. Él niega la tacha de herejía y denuncia mala intención en el informante.

Nuevamente, Morosini agregó su propia nota de apoyo.

-Como asesor de la República, solicito un nuevo interrogatorio al mencionado informante.

-Se le hará -dijo el Prior Gabrielli, luego se volvió hacia mí-. No sin razón, Hermano Giordano, objetáis el testimonio anónimo. Entendemos la objeción aunque no podemos admitirla. Sometámonos, por lo tanto, a una evidencia más amplia: la crónica de vuestra vida y los libros que llevan vuestro nombre en la portada. ¿Estáis de acuerdo con eso?

-¡Con el mayor gusto, Prior! Pero con la condición de que pueda interpretarme a mí mismo y a mis propias palabras.

-¿Necesitarán interpretación? -dijo, hostil y con desprecio Taverna, el Nuncio.

-¡Siempre, Excelencia! ¡Siempre! Un sencillo ejemplo: estáis caminando por el río del Palazzo. Sentís un repentino llamado de la naturaleza. Levantáis vuestra túnica y exponéis -

Librodot

con vuestro perdón- una parte púbica. Y una doncella que pasa grita: "¡Indecencia, indecencia!" Alegáis una simple necesidad: mear o reventar. ¡El acto sigue necesitando una explicación!

Todos se rieron; durante un breve instante creí tenerlos de mi lado. El momento pasó muy rápidamente y el interrogatorio recomenzó.

Si alguien que acaso difundiera estos recuerdos preguntara por qué yo, en mi presente situación, debo seguir repitiendo esos viejos dramas, que explique que todavía están tan vívidos en mi mente como el día en que tuvieron lugar. Ésa era mi primera batalla campal contra los Soberanos, Autoridades y Príncipes de la Iglesia y el estado secular.

Nunca antes y nunca después la carga fue tan clara, el enemigo tan directamente visible, la esperanza de victoria y de vindicación tan denodadas. Dado lo que yo ponía en juego, dadas las ventajas en mi contra, había un cierto desafío épico. Una vez, en París, en la escuela de esgrima, había visto al maestro Miguel.

Maravilloso enfrentarse con tres espadachines a la vez y desarmarlos a todos en dos minutos. Mi combate sería mucho más largo, pero durante ese día de hace tanto tiempo creí que podría ganarlo. El Prior me condujo resueltamente a través de su informe.

-... empecemos con el libro abierto de vuestra vida: ahora tenéis cuarenta y dos años. Os instruisteis en Nápoles. Estudiasteis Lógica, Filosofía y Humanidades.

-Sí. Tuve buenos maestros también: Teofilo Vairano, Vincenzo. Los recuerdo con mucho cariño.

-A los diecisiete entrasteis como novicio en el priorato de santo Domingo. En estos registros se os describe así: un estudiante ávido, con una memoria prodigiosa, una lengua capciosa, una voluntad no fácilmente inclinada a la disciplina.

No pude resistirme a un chiste a mis propias expensas.

-¡Si se juzgara a nuestra juventud, Prior, la mayoría de nosotros terminaríamos en la horca!

El comentario despertó alguna risa y el Prior balbuceó con dificultad su recitado.

-Entonces, tomasteis los votos. Prometisteis solemnemente vivir en la pobreza, en la castidad y en el sometimiento obediente a la Regla de la Orden, ¿verdad?

-Lo hice.

-Fuisteis ordenado sacerdote.

-Sí.

-Y luego rompisteis vuestros votos. Abandonasteis el convento y el sacerdocio. ¿Sí o no?

-Sí.

Hizo una pausa para dejar que el Tribunal asimilara mis afirmaciones. La próxima pregunta vino de Tomasso Morosini, Asesor de los Magistrados. Preguntó de la manera más moderada.

-¿Por qué lo hicisteis, Maestro Bruno?

-¿Por qué? Es historia antigua, mi Señor. Dejadme que trate de reconstruirla para vos. ¿Deduzco que nunca habéis sido monje?

-¡Nunca! Gracias a Dios tanto la Iglesia como yo nos hemos ahorrado la experiencia.

-Permitidme entonces que la describa. Un monasterio, mi Señor, es un pequeño mundo, encerrado detrás de muros de piedra. Hay unos pocos santos; ¡muy pocos! algunos que viven en una sencilla bondad. También hay otros que, dentro o fuera de la Iglesia, venderían a sus hermanas por un trozo de pastel. En ese pequeño mundo no hay mujeres, sólo hombres; éstos, a pesar de la abstinencia, las penitencias y las noches de rezos se vuelven sexualmente violentos contra los de su propia clase; entonces, como toros encerrados en la misma pastura, expresan mutuamente su ira. Primero se me acusó de una impiedad. Me negué a llevar en el cuello los medallones de los santos arracimados como las Uvas de Baco. Yo prefería los símbolos de nuestro Fundador, el Rosario y el Crucifijo.

-¿Pero más tarde también los abandonasteis?

-Por favor, Señor, dejadme terminar primero. En otra oportunidad -y fue entonces cuando la cuestión se puso seria para mí-, encontré a un monje hurgando en mis papeles, husmeándolos en busca de herejía como un cerdo en busca de trufas. En ese momento estaba leyendo y tomando notas sobre el mundo del maestro Erasmo de Rotterdam. Estaba prohibido leer sus libros, excepto con autorización. Escondí mis volúmenes en una letrina, donde más tarde fueron descubiertos. Apenas se me supuso culpable, el Superior General me procesó para ser llevado a juicio en Roma. Yo sabía qué significaba eso. Nosotros, los Predicadores, somos nuestros propios inquisidores. Carecía de respuesta entonces -como ahora- contra la mala fe y la conspiración. Así que huí de allí.

Luego del breve silencio que siguió a mi confesión, llegó la voz seca del Nuncio Taverna.

-¿No tiene la escritura algo que decir sobre eso?: "El culpable huye cuando nadie lo persigue".

La cólera me cegó y me volví contra él.

-¡No me juzguéis con frases y textos, Señor! ¡Si no es así, aquí no se administra verdadera justicia!

-¡Sois insolente, Maestro Bruno!

-¿Lo soy, Señor Nuncio? Sentaos aquí y sentid la hoja de la espada en vuestro cuello. Dejadme que os arroje mendrugos de las Escrituras. ¡Ya veréis si os gusta!

El Patriarca intervino con firmeza para sofocar la querella.

-¡Debemos controlarnos! Éste es un tribunal y no un reñidero de osos. Tenéis que admitir, Maestro Bruno, que esa fuga vuestra reviste un tinte de culpabilidad.

-Lo sé, Eminencia. Nunca lo he negado.

-Si hubierais tenido el talento de enfrentar a vuestros acusadores y de confiar en la afectuosa benevolencia de nuestra Madre Iglesia, ahora podríais evitaros estar en peligro.

-Eminencia, a los veinticinco años, rebelde y con miedo, nuestra Madre Iglesia me parecía una giganta, indiferente respecto de su progenie, desatenta de todos sus miserias.

-¡Ella era y es vuestra madre!

-¡Y a mí, su hijo, sus pechos todavía me parecen secos; sus manos, mucho menos que amables! Por favor, Eminencia, ¿puedo ponerme de pie y estirar mis miembros doloridos?

-Sois libre de hacerlo. No somos carceleros, sino investigadores judiciales, que buscan una verdad común.

Estaba incorporándome cuando Taverna desplegó su trampa.

-Hermano Bruno, ¡ésta sería una verdad! Fuisteis a Zurich y os convertisteis en calvinista: en un renegado, en un cazador de deseos falsos y extranjeros.

-¡No, Señor! -ahora, al menos, estaba de pie y lo enfrentaba-. era un alma atormentada, que trataba de encontrar un sombrero con que cubrirse el cráneo a punto de estallar.

-¿Y lo hallasteis?

-¡No! Este incansable diablillo que me persigue me impidió tal descanso. Discutí con esos suizos carentes de humor y pasé un tiempo en la cárcel.

Taverna había demostrado lo que quería. Como todo buen duelista, presionaba mucho para mantener la ventaja. -Parecería, Hermano, que no sois ni una cosa ni la otra. Entre los herejes, sois ortodoxo. ¡Con los fieles, eres menos creyente que Julia la Apóstata!

Él estaba esperando mi respuesta. Yo sabía que no tendría ningún beneficio siguiendo esa línea argumental. Probé con otra. Le pregunté:

-Excelencia, ¿tuvisteis alguna vez un hijo?

-¡Cómo os atrevéis a imputar!

-Nada imputo, Excelencia. En nuestra época, es un hecho de la vida que algunos clérigos, aun muy mayores, tengan descendientes a quienes reconocen de varias formas y a quienes mantienen fuera de sus prebendas. Acepto sin cuestionaros que no tenéis ningún hijo. Tampoco yo lo tengo. Pero si lo tuviéramos, ¿acaso no lo observaríamos buscar a tientas su camino desde la infancia a la edad adulta, poniéndose a sí mismo a prueba

contra este extraño mundo nuevo? ¿Acaso él no nos inspiraría piedad y no le extenderíamos una mano paterna para sacarlo de la oscuridad y acompañarlo a la luz?

-Si lo amáramos, haríamos lo posible. Pero, cuando llegara a la adultez, ¿lo mantendríamos a salvo de todas sus locuras?

-Uso vuestras propias palabras, Excelencia: si lo amáramos, haríamos lo posible. Por lo tanto, os someto esas palabras a vos y a todos estos caballeros. La Iglesia es nuestra madre común. ¿Cómo me veis, Señores? ¿Como a un hijo, a un hermano o a un enemigo?

Él volvió a arremeter, rápido como una serpiente.

-No sabemos. ¡Ése es nuestro problema! Un hereje puede no tener lugar en Cristo o en la asamblea de sus santos. Ved, en todos vuestros vagabundeos por Inglaterra, Alemania y Francia, observamos una curiosa circunstancia. Vuestros amigos son en su mayoría de la casta de los rebeldes: luteranos, hugonotes, calvinistas, husitas, waldesianos. Todas vuestras conferencias y discusiones -tal como se nos ha denunciado- parecen rechazar las líneas clásicas de la argumentación cristiana. ¡No debéis culparnos si a veces olemos al lobo debajo de la piel de oveja!

El Patriarca levantó una mano apaciguadora.

-A pesar de ello, deseamos trataros con caridad.

-¿Todos vosotros? ¿Vos, Prior? ¿Vos, Messer Morosini? ¿Vos, Excelencia?

Morosini respondió con fría ironía:

-Hermano Bruno, no apostéis vuestra vida a nuestro cristianismo. ¡Convencednos!

-En el nombre de Dios, ¿cómo?

-Sed paciente.

El Prior ahora se había acercado a mí con unas notas en la mano.

-Contestad a las preguntas como se os plantean. Tened la certeza de que, al final, llegaremos a un terreno común de verdad. Ahora, sentaos y continuemos.

Su nueva forma afable lo hacía más peligroso que antes. Su primera pregunta fue engañosamente sencilla.

-Entonces, Hermano Giordano, estamos de acuerdo en que vuestros libros sois vos. ¿No hay controversia?

-No hay controversia, excepto que... Taverna dio un fuerte golpe en la mesa.

-¡Siempre hay excepciones! ¡Nunca una respuesta directa! Morosini sonrió y se encogió de hombros:

-El hombre es filósofo. Necesita que los términos se definan.

-Definámoslos entonces -dijo Gabrielli, que estaba demasiado tranquilo para sentirme cómodo-. Antes de que prosigamos, ¿qué necesitáis saber, Hermano?

-Prior, ¿sois dominico como yo?

-Sí.

-¿Aprendimos la misma teología?

-Sí.

-Nuestros maestros nos dijeron que está permitida la libre especulación sobre cualquier asunto, excepto sobre la sustancia de la fe. ¿Estáis de acuerdo?

-Lo estoy.

-Por lo tanto, cuando en mis libros razono sobre la naturaleza y el orden natural, tenga razón o me equivoque, estoy más allá de la proscripción.

-Sí. Pero si dais un paso más allá de la naturaleza y entráis al dominio de la fe, caéis bajo la ley.

-¿La ley de quién, Prior? Antes de que consienta piadosamente en suicidarme siguiendo vuestro códice, ¿podríamos, por favor, examinarlo juntos?

-¡Dios mío! -gritó Taverna, de pie, ahora reprochando vigorosamente al patriarca-. ¡Este hombre es un embustero; teje una red de sofisterías leguleyas sólo para distraernos!

-¿Lo soy, Señor Nuncio? -me forcé con mucho dolor a estar de pie, como para poder confrontarlo mirándolo a los ojos-. ¡Dejadme que os muestre qué soy! Un hombre que no

tiene un simple abogado o un amigo en el tribunal. Estoy mal dormido por culpa de las ratas y la humedad que hay en mi celda. No he preparado mi causa. Vosotros, sólo vosotros, habéis visto los documentos. Por otra parte, en mi celda no tengo una vela para poder leer. Os enfrento: cinco jueces, un clérigo y un guardia armado. ¿Qué hay detrás de vosotros? La majestuosidad de Venecia y su Imperio, el poder de Roma y de todos los príncipes que lo apoyan, todo el ejército de la ortodoxia. Os ruego, entonces, que me deis al menos el tiempo para argumentar por mi vida. ¡O terminad con esta infame comedia y quemadme ahora!

En la sala se produjo un largo silencio. Ninguno estaba preparado para responder al el desafío que les había arrojado. Finalmente, el Patriarca se levantó y expuso su decisión.

-La opinión del Hermano Bruno ha sido bien expresada. Recomiendo encarecidamente a mis colegas que se abstengan de acosar al acusado y que respeten su derecho a defenderse. Por favor, Prior, proceded.

Gabrielli se remitió a sus notas y luego se dirigió a mí.

-Habéis pedido una declaración de la ley. Así la expresamos: Nuestro Salvador, Jesús Cristo, descendió a la tierra, como Dios encarnado, y nos ofreció la revelación de la verdad eterna. Dejó a Pedro y a sus sucesores las llaves del Cielo, autoridad para predicar, interpretar y revelar el código moral implícito en la verdad. Ése es el derecho de Pedro, mantenido por el Pontífice reinante. El resto de nosotros, obispos y sacerdotes, podemos servirnos de ese derecho sólo por delegación legal. ¿Estáis respondido, Hermano?

-¡No, Prior! Vuestra respuesta evade toda la cuestión de la continuidad apostólica y el poder papal. Ésa es la roca con la cual la Europa cristiana ha naufragado. Hemos tenido un concilio: Trento. Sus decretos cortaron a Europa como si fuera un queso. Desde entonces, hemos sido católicos a la fuerza y no creyentes. En su corazón, Europa es cristiana. ¿Cuánto tiempo puede durar esa peligrosa división? La respuesta está en una pregunta todavía más sutil, Prior: ¿cuáles son los limites del poder? Ponedlo en términos filosóficos: ¿hasta qué punto lo absoluto es absoluto?, ¿hay un máximo y un mínimo? ¿Quién dice con certeza qué cosa es cuestión de fe y qué de especulación?

Debo concederle al hombre su debido respeto. Le plantée un dilema y no se amilanó. Mantuvo la calma y me dio una respuesta cuidadosamente medida.

-Los limites son definidos, de vez en cuando, por documentos papales, los concilios y la palabra común de la Iglesia.

-¡Pero los limites cambian, Prior! Así que lo que ahora podría hacerme quemar, mañana podría convertirme en santo o en doctor de la Iglesia. ¡Ése es mi problema! En Su última cena con Sus discípulos, Cristo bendijo el pan y el vino y los compartió. Dijo: "Toma, come. Éste es mi cuerpo. Ésta es mi sangre". Fue un acto de misterio. Él no lo explicó. En la familia cristiana, ese acto se repite y comparte con alegría y esperanza. Nosotros le hemos puesto un nombre, como la etiqueta de un boticario: ¡transubstanciación! Cristo nunca usó esa palabra ni oyó hablar de ella. ¡Pablo se habría atragantado con ella! Se me acusa -anónimamente- de prácticas mágicas. ¿Qué tipo de magia tenemos aquí? ¿Magia natural? ¿Magia matemática? ¿Necromancia? ¡Ayudadme, Prior! Ayudad a la administración de justicia en este lugar.

-No puedo, Hermano, porque la cuestión carece de relevancia. Habéis pedido una declaración de la ley. La tenéis. No llevaré esta discusión al absurdo.

Era inteligente y experimentado. Ahora se había librado del dilema. Lo había esquivado y ya estaba en otro campo. No tenía otra alternativa que seguirlo. Recogió dos volúmenes de la mesa y me los mostró; también al tribunal.

-Éstos son dos de vuestros títulos: De los mundos infinitos y Causa, principio y unidad. ¿Vos los escribisteis?

-¡Sí, yo los escribí!

-Qué curioso: las inscripciones de las guardas del libro dicen "Impreso en Venecia". De hecho, ¿no fueron impresos en Inglaterra?

-Si -traté de no demostrar lo sorprendido que estaba. Habían cavado más profundo de lo que pensaba.

-¿Así que vos y vuestro editor os habéis puesto de acuerdo para mentir?

-Si lo presentáis de esa forma, sí.

-¿De qué otra forma podría haberlo presentado?

-Quizá podríais notar, con cierta tolerancia, que se trataba de una estratagema comercial, bastante común y aconsejada por mis editores.

-¿Para mayores beneficios?

-Obviamente.

-¿No os convierte eso en un hombre venal?

-Denota pobreza, Prior. La condición de académico no es el camino a la riqueza.

-¡También demuestra que el hombre es un mentiroso! -dijo Taverna.

-Una falsedad insignificante -dijo Morosini, moderando el cargo-. Ninguno de nosotros, creo, querría que este hombre fuera colgado por eso.

-¡Claro que no! -dijo Taverna sin presionar- Sin embargo, debería volvernos cautos sobre su credibilidad.

Era claro que esa desgraciada y pequeña revelación me había hecho perder mucho terreno. Me pregunté a qué otro sitio me conducirían los inquisidores. El prior tomó el volumen De los mundos infinitos.

-En esta obra, afirmáis que el universo se extiende más allá de nuestra vista hasta el infinito. Nuestro mundo es sólo uno de muchos. ¿Lo interpreté bien?

-Sí, así es.

-¿No estamos entonces a un paso de la herejía? ¿No es la infinitud un atributo de Dios y sólo de Él?

Aquí no hay contradicción. Notaréis que digo que el creador infinito es coextensivo a su infinita creación.

-¡Decís más! -volvió las hojas hasta un pasaje marcado-. Decís: "Lo que llamamos creador es el espíritu que a todos nos animó'. Ya estáis fuera de la naturaleza y en la fe. Estáis en conflicto.

-No es eso lo que quería decir.

-Pero así lo escribisteis. Habéis dicho que sois vuestros libros.

Había perdido otro punto de apoyo. Necesitaba reunir mi ingenio y reagrupar mis argumentos, pero el Inquisidor no me dio tregua. Me alcanzó el libro y me ordenó:

-Por favor, leed el pasaje que he marcado. Normalmente soy un lector que lee con fluidez, incluso con elocuencia. En esa oportunidad, la boca se me secó y fui torpe. Incluso para mí, su autor, el texto me sonó tan hueco como una calabaza.

"Al ser el alma, el ánima, la propulsora de la energía eterna, después de la muerte del cuerpo continúa animando a otro cuerpo, sea éste humano o animal."

Cerré el libro y se lo devolví al Prior. Él lo apoyó deliberadamente en la mesa; luego se concentró en silencio mientras los otros, también callados, esperaban su resumen.

-Hermano Bruno, en este libro suyo tenemos dos declaraciones; ambas son, literalmente, heréticas. La Iglesia siempre enseñó que Dios, un ser eterno e infinito, es infinitamente más grande que su propia creación, de la cual, mientras la sustenta, se mantiene separado. Además, la Iglesia siempre enseñó que las almas humanas no migran a otros cuerpos. Por consiguiente, parecería que, al menos dos de los cargos que se os formulan, están bien fundados.

Ése fue el momento que Taverna había estado esperando: una imputación formal de herejía sacada de mis propias obras. Se reclinó en su silla, sardónico y displicente, como si toda la causa en mi contra ya hubiera terminado.

-Mientras vemos la caída del Hermano Bruno, creo, caballeros, que descubriremos que la denuncia hecha en su contra es un documento sincero, escrito por un hombre honesto, tan pasmado como nosotros por las opiniones de este supuesto filósofo.

¿Qué decís, Hermano? ¡Es mejor que confeséis ahora antes de agotar la paciencia y la credibilidad de este tribunal!

Ahora, estaba arrinconado contra la pared. Necesitaba todo mi ingenio y fuerza para lanzar una estocada a mi adversario.

-¡No confesaré, Señor Nuncio! Me mantengo en mi primera declaración: libertad para especular, sostener y expresar opiniones sobre cualquier tema del orden natural. Declaro además que todo lo que he escrito o dicho se ajusta en substancia a la Fe. Dadme papel, plumas y tinta, dadme mis libros, una copia del documento en mi contra, tiempo y algo de luz en mi celda y os probaré mi ortodoxia, punto por punto. Puede que haya errores, pero son de expresión, no de intención. Con todo gusto me retractaré de ellos y los sacaré de futuras ediciones.

-Ahora tenemos una concesión de serpiente -dijo Taverna implacable- Nos dice: "Tengo toda la razón, pero si me equivoco, cambio de la noche a la mañana". Este sujeto nos tendrá aquí durante doce meses con sus juegos malabares. ¡Dadle suficiente papel, y con lo que escriba nos llevará a la tumba!

-Tiene el derecho de contestar, ¿o no? -por primera vez, hablaba Foscari, el Inquisidor, quien había estado sentado en silencio durante todo el proceso hasta ese punto. Parecía viejo y enfermo, y su voz era débil; pero a mí me sonó como el Arcángel Gabriel anunciándome la posibilidad de salvación-. Tenemos el deber de oír sus respuestas y él tiene la obligación de retractarse cuando se convenza del error. Él ofrece eso. ¿Por qué no aceptar?

-Porque no confío en él. Altera lo que dice y cambia como una veleta. ¡Es un mentiroso, lo confesó!

A pesar de ello -Foscari era un hombre porfiado-, tenemos una misión clara: el estudio sobrio, el veredicto desapasionado, una sentencia que se ajuste a los delitos probados.

A lo cual el Patriarca agregó una nota de gracia salvadora: -También debemos tener un interés misericordioso por el alma inmortal de éste, nuestro atribulado hermano. Propongo que suspendamos esta sesión para un momento que a todos nos convenga. Hemos acordado tomar nuevo testimonio a nuestro informante. Que así se haga. El Magistrado volverá a convocarnos. El guardia puede trasladar al prisionero. Mi agradecimiento a todos vosotros, caballeros.

Mientras me conducía de vuelta a mi celda, el guarda, un honesto paisano de las marismas cercanas a Roverna, me dijo alegremente:

-¡Te has salvado por un pelo, hermanito! Por la manera en que iban las cosas, pensé que te iban a poner en el potro de tormento antes del anochecer. ¡Ese tipo, el Nuncio, es detestable! ¡La próxima vez ten cuidado con él!

Mirándolo retrospectivamente a través del abismo de los años, veo a Taverna no tanto como un enemigo, sino como el prototipo de todo lo que me había parecido repugnante en la vida conventual y en la Iglesia misma. Como obispo, él había sido investido con el oficio pastoral para el cuidado de las almas. En sus manos, sin embargo, el báculo pastoral se había convertido en una espada. El pastor se había transformado en una agente del cuerpo político, desdeñoso de la gente de la cual había sido separado hacía mucho tiempo.

Le había planteado una pregunta clara. ¿Qué era yo para él: un hijo, un hermano o un enemigo? Había declinado responder, inventando, en lugar de ello, otra categoría: el hereje, que no tiene lugar en Cristo o en Su familia. Políticamente, la definición servía muy bien. No había esperanza de cura. El miembro enfermo debía ser extirpado quirúrgicamente. Todo argumento sobre el tratamiento era fútil, incluso peligroso. La enfermedad podría extenderse y destruir todo el cuerpo.

Cada jurado de inquisidores al que me enfrenté durante los siete años siguientes había incluido al menos una, y a veces más, réplicas de Taverna: pragmáticos, perentorios, inmisericordes y profundamente excedidos de sí mismos. Querían abrir sus brazos a la Magdalena arrepentida, sus corazones a los hijos pródigos que volvían, pero eran inflexibles con el que preguntaba confundido, con el peregrino en el camino oscuro, que clamaba por la luz.

El problema, el misterio es que siempre están ahí; siempre han estado; siempre estarán hasta el fin del mundo. ¡Amén! Estas excursiones a la memoria se revelan más dolorosas de lo que esperé. ¡Excusadme, Señores! Señoras, lo único que puedo hacer es soñar con vosotras. Buenas noches.

3 de enero

Esta mañana, cuando cumplía con sus rondas, mi carcelero, el rudo, me dice que estoy en la lista para un baño y para el peluquero antes de que el Superior General me visite de aquí a tres días, en la Epifanía.

Se me ocurre hacer una broma y le ruego que esta vez el agua de mi tina esté caliente. Él me maldice sin vueltas. ¿Qué derecho tengo yo de quejarme de nada? Pronto, estaré agradecido por tener una gota de agua fría. Me asarán como a un cerdo, después arderé para siempre en el infierno.

La pura grosería del hombre me impresiona profundamente. Ni siquiera puedo enfadarme con él. Sin embargo, cuando despliego mi papel y empiezo a afilar una pluma, mis manos tiemblan y mi mente se conmociona.

Para calmarme, comienzo un juego privado que aprendí en la escuela, en Nápoles. Sobre una hoja de mi precioso papel, hago una serie de pequeños dibujos eróticos: hombres y mujeres en varias posiciones de unión sexual. Representan recuerdos de mis escapadas juveniles como postiglione per le puttane y mis últimas visitas como cliente de varias casas de cita de Europa. Tengo alguna habilidad para dibujar y mucha memoria visual, por lo que los dibujos fluyen vigorosamente de mi pluma. Los recuerdos vuelven en tropel, y con ellos las punzadas de una concupiscencia que creía muerta desde hacía mucho. Empiezo a pensar que los dibujos funcionarían bien como ilustraciones para Los sonetos lascivos de Pietro Aretino.

Por su talento como satírico y -según los rumores- chantajista, lo llamaban el azote de los príncipes. Nunca lo conocí. Apenas tenía siete años cuando él nació y era mucho mayor cuando descubrí sus escritos. Mientras trabajo en mis dibujos obscenos, pienso cuánto habría disfrutado su compañía.

A media mañana, la niebla negra me abandona. Dejo mis papeles y los escondo dentro del colchón junto con las páginas de mi manuscrito. Después, me instalo para volver a escribir. Inmediatamente, vuelvo a estar en Venecia, enfrentando al Tribunal de la Muy Santa Inquisición.

Recogieron todas las pruebas y todos los testimonios a los que pudieron echar mano, y me confrontaron con ellos en una serie de intensos interrogatorios. Sus tácticas también cambiaron. Ya no me paseaban formalmente por un escrito preparado; me acosaban por todos lados, buscando arrinconarme, como sabuesos persiguiendo a un zorro. El Prior me leyó un párrafo de una declaración:

-El nolano dijo estas cosas: "Cristo era un pobre tipo, que sedujo a la gente con sus trucos de magia. Temía a la muerte y trataba de huir de ella". ¿Recordáis estas palabras, Hermano?

-Quizá podría, Prior, si me indicarais quién es el informante que las registró y la ocasión en la que se me imputa haberlas pronunciado.

-Sabéis que no podemos hacer eso.

-Entonces me pedís que responda a una acusación de un individuo sin nombre sobre una conversación en una ocasión no especificada. ¡Vamos, Prior! ¡Es demasiado! ¡No puedo responder!

-¿No podéis o no queréis? -dijo Taverna, alerta y mordaz como siempre.

-¡No debe hacerlo! -dijo Morosini, quien, aparentemente, todavía me defendía. Se volvió hacia el Patriarca y le dijo-: Eminencia, todos hemos leído el testimonio sobre el cual se basa esta cuestión. Para algunos de nosotros es muy sospechoso. No debemos esperar que el Maestro Bruno nos entregue una espada para que lo matemos.

-Estoy de acuerdo -dijo el Patriarca, que pertenecía tanto a la ciudad como a la Iglesia. El Magistrado planteó una pregunta cuidadosa.

-¿Cómo debo registrar esto, Eminencia? El Patriarca reflexionó un instante.

-El acusado alegó que sin más informaciones que el Tribunal no está dispuesto a darle no podía responder la pregunta. Nuestro colega, el Nuncio Apostólico, imputó eso como una negación. Messer Morosini adoptó el punto de vista contrario, con el cual concuerdo. Ahora, por favor, prosigamos.

Respiros como ése eran raros. La presión me estaba cansando; al final del día se me enviaba al húmedo horror de una celda veneciana y a la compañía de otros desgraciados que me venderían por una cucharada extra de polenta. No les temía. Debería haberlo hecho porque, por despecho, me volvía descuidado de lo que hablaba con ellos.

El Prior Gabrielli planteó una cuestión que mostraba lo lejos que habían lanzado sus redes.

-Os leo un texto. Lo escribisteis en vuestro libro Causa, principio y unidad. Habláis de Isabel de Inglaterra, quien usurpó el trono, asesinó a la legítima heredera y, de manera blasfema, se llamó a sí misma Cabeza de la Iglesia, Protectora de la Fe. Esto es lo que decís: En alabanza de la Divina Isabel, reina por título y dignidad, cuya presencia ilumina con luz brillante todo el mundo, a quien ningún príncipe puede superar en conocimiento, arte o generosidad. ¿Son vuestras estas palabras?

-Lo son.

-La dama es una hereje, una perseguidora de la Iglesia. -Dejadme deciros que no he estado en posición de cuestionarle su doctrina, y que ella jamás me persiguió, aunque sabía que yo era católico. No le pido a este tribunal que perdone lo que he escrito, sólo que considere algunos hechos como atenuantes: frecuentaba la Corte de la Reina. Era huésped del embajador de Francia, un caballero católico muy leal a la Fe. Él no convirtió un cumplido cortés -y espero que vosotros tampoco- en un cuestionamiento de la ortodoxia. En cuanto al epíteto "Divina", es una manera de expresarse en la Corte de una mujer. Un prendedor, un anillo o una cinta son todos "divinos".

La Reina no podía merecer menos.

En el cuarto hubo risas ahogadas. El Patriarca reaccionó rápidamente para sofocarlas con reprobación.

-Buen Hermano, parecería que erais mas cortesano que cristiano.

-Es cierto, Señor, y me arrepiento.

-Estoy seguro de ello -dijo Taverna que otra vez se echaba sobre mis flancos-. Nadie mejor que vos para saber que en la primitiva Iglesia la prueba de la fe consistía en negarse a llamar divino al emperador.

-No era la práctica en Londres. Además, mi fe era conocida y nunca renuncié a ella.

-¿Y aquí, en la prisión, Hermano, cuál era vuestra fe? Le habéis dicho a otro prisionero: "Cristo, nuestro Señor, cometió un pecado mortal al haberse opuesto a la voluntad de Su Padre. En el jardín rezó “Padre, aparta de mí ese cáliz”. ¿Habéis dicho eso?

-Dije más. Él informó menos. Haciéndolo, mintió.

-¿Podéis explicaros, Hermano?

-Fácilmente. Lo que dije fue: "Parecería que Cristo cometió un pecado mortal. Parecería que se negó a cumplir la voluntad de Su Padre, y agregué: Al final, se inclinó ante la voluntad de Su Padre".

-¿Por qué deberíamos creer vuestra versión?

-¿Por qué deberíais creer la otra, a menos que ya hayáis decidido condenarme?

-¿Negasteis que el Infierno exista como lugar de castigo, de eterno castigo?

-Expresé dudas sobre la manera en que eso se enseña. Me resulta difícil, lo confieso, entender por qué el Creador malgastaría su infinito poder para crear un osario. Pero recuerdo a vuestra Excelencia que las dudas honestas no significan en modo alguno herejía. ¿Acaso no enseñáis eso en teología?

-¿No dijisteis que Moisés era un mago inteligente, diestro en las artes mágicas con las cuales venció a los magos del Faraón?

-¡Por favor! ¡Por favor! -Morosini se puso de pie, llamando la atención del Patriarca-. Eminencia, podríamos aplicar un poco de sentido común. Dios sabe que no estoy defendiendo al acusado, ¡pero me avergüenza verlo castigado con una lluvia de cargos como un campesino en el cepo!

El Patriarca claramente estaba perturbado. No quería hacer del emisario romano un enemigo. Esperó un buen rato antes de replicar con hesitación.

-Tal vez, Messer Morosini, quisierais explicar vuestra objeción de manera más completa. Debéis entender que se han hecho cargos que deben ser respondidos.

-Con el mayor respeto, Eminencia, lo entiendo; pero dejadme que me explique con una parábola.

-¡Tenéis nuestra venia! Con tal de que la parábola no sea demasiado larga.

-Es muy corta. Conocéis... todo veneciano lo conoce... el pequeño callejón a uno o dos pasos de San Marco. Lo llaman la Calle de los Muñecos; allí hacen las máscaras de carnaval y los muñecos de los niños.

-Confío en que eso sea pertinente -dijo Taverna descontento.

-¡Paciencia, Señor! -dijo Morosini sonriendo. Yo también estaba intrigado por su parábola-. Para hacer un muñeco, comienzan con un maniquí de madera: sin rostro, sin ojos, apenas extremidades, un tronco y una cabeza. Todos se parecen. Luego el artesano comienza a pintar. Unas pocas pinceladas y ya es un Arlequín. La boca hacia arriba y se ríe. La boca hacia abajo y está triste. Un cambio de ropas, unos mechones de pelo, y entonces él es una ella, una dama de la más alta alcurnia. Veis a nuestro Bruno aquí sentado. Lo oísteis defenderse. Fuera de toda duda, es un hombre inteligente, un académico de fuste. Pero ese otro Bruno -el Bruno del rumor, el del informe anónimo, el de la tergiversación maliciosa que nosotros, en este tribunal, hemos confirmado para nosotros mismos-, ese otro Bruno, es una invención, un muñeco saltarín más allá de la realidad. Ningún

hombre vivo puede equipararse a él: ¡sea santo o satanista, tan hereje como Arius, tan gran santo como nuestro propio Antonio de Padua! Con esto termina mi parábola, señores.

Él había hecho por mí más de lo que podría haberme atrevido a esperar, aunque no podía entender por qué. Había obligado al tribunal a quedarse en silencio. Yo estaba en el medio como en una alberca oscura, con el agua hasta el cuello. Taverna, el Nuncio, se puso de pie. Estaba tranquilo y sorprendentemente contenido. Se sonrió y levantó las manos haciendo el gesto de rendirse.

-Dejadme decir primero con gran deferencia que Messer Morosini nos ha prestado un servicio. Aquí hay confusión. Hay contradicción. Tal vez no hayamos tratado con ella con la destreza que deberíamos. Por lo tanto, debemos tomar rápida acción para enmendarnos.

-¿Qué acción sugiere vuestra Excelencia? -preguntó el Patriarca, ansioso de llegar a una solución.

-¡Poned a Bruno bajo Interrogatorio!

Tomó un instante registrar la conmoción. Fui el último en comprender el horror de aquello. Taverna estaba pidiendo que fuera sometido a torturas para sacarme una confesión. De pronto, me sentí mareado y con náuseas. Enterré la cara entre las manos. El guardia me tomó por los hombros y me puso derecho. El Prior protestaba.

¡No! ¡No lo consentiré! La intención de la ley es clara. El tribunal no pondrá a ningún hombre bajo tortura salvo que haya exhibido obstinación y desprecio.

-Y yo digo, Prior, que con la evidencia de su actuación aquí, Giordano Bruno es un mentiroso que a todos nos desprecia.

-No estoy de acuerdo -dijo el taciturno Foscari-. Él no se ha negado a responder, en consecuencias no es contumaz.

La única mentira que hasta aquí hemos probado contra él es la atribución de sus libros a un editor veneciano, y él lo ha admitido.

-Anoto el desacuerdo -el Nuncio era implacable-. El Magistrado debería anotarlo también; después, anotar lo que estoy por decir. Como Nuncio Papal ante la Muy Serena República, represento a la Cabeza de la Iglesia Universal, Su Santidad el Papa Clemente. ¡Con ése, mi título en el nombre de Dios, pido que Giordano Bruno sea inmediatamente puesto bajo Interrogatorio! Ahora, caballeros, ¿qué decís?

El primero en responder fue Morosini.

-Un pequeño detalle, Excelencia.

-¿Cuál?

-Los instrumentos de muerte y tortura están a disposición de la República y no de la Iglesia. ¡Al menos aquí en Venecia, Señor!

Taverna estalló en repentina cólera.

-¿Me los negáis, entonces?

-Todavía no. Espero que Roma, a través de vos, haga un pedido formal y cortés a la República, a la cual represento en este tribunal.

Recuerdo muy vívidamente ese extraño momento de incertidumbre en el cual estaba más atento a la habilidad de los dos duelistas que a mi propio destino que dependía del resultado. Taverna, el diplomático, contestó con fría formalidad.

-Messer Morosini, solicito, formalmente y con profundo respeto, cooperación para completar el trabajo de esta muy Santa Inquisición.

Morosini se tomó su tiempo. Podía darse el lujo. Mi tiempo se acababa. Lo oí despacharme como a una cesta de pescado en el mercado.

-Para ayudar a la Fe y para cimentar más la amistad entre Roma y Venecia, la consiento.

Debo haberme desmayado. No recuerdo nada hasta que desperté para descubrir que era arrastrado por dos guardias a mi celda, y arrojado adentro como un saco de grano.

Al día siguiente, me llevaron a la sala de torturas para mi primera experiencia con el dolor. Me estiraron en el potro hasta que, podría jurarlo, hubieron separado cada coyuntura de mi cuerpo. No voy a extenderme en ello aquí. Las historias del tormento humano son un lugar común; a mí me esperan cosas mucho peores antes del día de mi liberación de este mundo enfermo.

Quiero consignar que cuando desperté en mi celda, agonizando por los calambres, temblando de fiebre, Morosini estaba de pie, empujándome con el pie. Lo oí burlarse de mí, pero en la oscuridad no pude ver su rostro.

-¡Pobre hombrecillo! Tan engreído con vuestras refinadas filosofías. ¡Ni siquiera podéis distinguir qué tiempo hace! El trueno rueda en vuestros oídos y todavía escucháis a los ruiseñores! ¡Despertad, Maestro Bruno! ¡Despertad!

Traté de volverme, pero cada movimiento era un tormento. Pregunté:

-¿Quién sois? -¡Un amigo! Levantó una lámpara para que pudiera verle la cara.

-¡Dios me libre de tales amigos!

-No puede. Como vos, es un prisionero de los teólogos y de los inquisidores. Yo soy el único que puede ayudaros ahora.

-¡Vos! ¡Me habéis vendido a los torturadores!

-¡Vendido no! ¡Apenas prestado! -nuevamente se burlaba de mí-. Para enseñaros, amigo, un conocimiento necesario.

Librodot

-Dadme agua, por el amor de Dios. Me estoy quemando. Había un cubo de madera con agua. Morosini sacó agua con un cazo que había a mano y lo acercó a mis labios. Bebí ávidamente y volví a caer agotado por el esfuerzo. Morosini me preguntó:

-¿Podéis oírme y entenderme?

-Os entiendo, Señor. Lo único difícil es creeros.

-¡Me gustáis, Bruno!

-¡Dios! Era tan suave, tan fría y desdeñosamente suave-. Sois muy hombre; pero nadie lo es tanto para vencer la última vuelta del potro, el último estirón de la polea.

-¡Marchaos!

-¿Sabéis quién os ha denunciado? -¡Mocenigo!

-Muchos más, mi amigo. Tenemos testimonios, cartas e insinuaciones verbales de todos y de cada uno. El Hermano Celestino, el capuchino; Graziano, el napolitano; otros compañeros de prisión con quienes habéis bromeado y bravuconeado burlándoos de la piedad. Hay volúmenes de despreciables traiciones, ¡suficientes como para quemar a una docena de Brunos!

Le dije que estaba asqueado de su mundo enfermo. Se rió y se encogió de hombros.

-No os dejarán abandonarlo con tanta facilidad. Os pisotearán como a la uva en una cuba. Quemarán vuestro pellejo, lo colgarán de un muro y dirán: "¡Mirad! ¡Éste era otro heresiarca, otro Arius, otro Lutero!".

-¡Heresiarca! Dios mío. ¿De dónde sacáis esas fantasías?

-No fantasean, amigo. Son los hombres más pragmáticos de todos, como yo.

-¿Qué buscáis?

-Engañar a Mocenigo, escupirlo en sus astutos ojos. ¿Todavía no sabéis, mi pequeño Sócrates, por qué Mocenigo os ha traicionado?

-Quería que le enseñara magia. Yo no podía, ni me rebajaría a esa fantochada. Pensó que lo engañaba.

-¡Oh, Dios! ¡La inocencia de los sabios! Mirad. Erais un regalo del cielo para Mocenigo. Él quiere el capelo de los Dogos, que nunca obtendrá. Busca el apoyo de Roma. Para ello, piensa comprarlo con vos, un nuevo y flamante hereje.

-¿Pero vos?

-Quiero que mañana os confeséis. No culpable; al menos, no demasiado culpable. Sólo de error y de ignorancia. Firmad cualquier retractación que os dicten.

-¿Y qué pasará después?

-Después, pertenecéis a Venecia, no a Roma. Os sentenciamos. Cumplís un modesto término de penitencia en un convento agradable, donde el vino es bueno y hay abundancia de libros. Cuando en un año o dos os hayan olvidado, os damos oro, un salvoconducto, un caballo y os enviamos de vuelta a Alemania.

-¡Ojalá pudiera creer la mitad de eso!

A menos que pueda convenceros, estáis perdido. Habrá más de esa dura medicina hasta que os quiebren: el cuerpo y la mente.

-Dadme un grano de esperanza.

-Es sencillo, ¿no? Dejadlos que quemen cada página que hayáis escrito; mientras sigáis vivo, podéis volver a escribirlas. Muerto, esparcirán vuestras cenizas al viento. ¿Y quién oirá los gemidos de vuestro espectro a la medianoche? ¡Oídme, hombrecillo! Os digo la pura verdad. Aquí todos estamos sitiados. Roma

hizo votos para extirpar la herejía. Venecia se empeña en ser la Más Serena República hasta el alba del día del juicio final. Os quiero libre para frustrar a ese Nuncio intrigante y para malquistarlo a Mocenigo. ¿En qué quedamos? Jugamos con cartas de tarot. Al que le toque el Ahorcado está marcado para la muerte. Nos apena, pero lo dejamos morir porque todos somos bestias salvajes que queremos vivir. ¿Bien, Hermano Bruno?

-¡Más agua, por el amor de Dios!

Me dio más agua y luego sacó un frasquito de peltre de un bolsillo y lo destapó. En un instante de locura, pensé que sería veneno, pero me sonrió con una sonrisa irónica y torcida, y me tranquilizó.

-¡No os preocupéis! Es un bebida para haceros dormir. Mi boticario la preparó. Podéis soñar con lo que os he propuesto. Si estáis de acuerdo, haré que os laven y os hagan sentir cómodo antes de que enfrentéis al Tribunal y hagáis vuestra retractación.

Una pregunta extraña e irrelevante surgió de mis labios. Fue como si otro hombre estuviera expresando mis confusos pensamientos.

-¿Por qué, Messer Morosini? ¿Por qué me habéis robado mi ira?

-Para devolveros vuestra vida, Hermano Bruno.

-Me pregunto si en realidad la quiero. Me pregunto... Claro que la quería. En ese lugar, después de haber experimentado por primera vez una tortura prolongada, la quería con desesperación, pero mientras el narcótico empezaba a hacer efecto, sentí el alivio, la euforia y la confianza suficientes para aceptar la oferta que Morosini me había hecho: no admitir una culpa específica, sino hacer una retractación general de los errores en los cuales podía haber caído, una expresión de penitencia por mis delitos personales.

Dije a Morosini que sí, que podría ponerme esa arpillera, incluso con algunas cenizas extras rociadas sobre mi cabeza. Me dijo -al menos pienso que me dijo- que él se ocuparía del resto. No le oí marcharse. No oí el portazo. Estaba misericordiosamente a la deriva en una tierra yerma, obre el muy lejano abismo del tiempo.

Todavía debía interpretarse un acto más de este drama. Algunos días más tarde, todavía débil y cojo, pero limpio y afeitado, fui llevado nuevamente ante los Inquisidores. Estaban, creo, algo turbados por mi aspecto, pero era claro que Morosini los había preparado para mi acto de retractación. Esa vez, el Prior Gabrielli fue amable conmigo. Me preguntó:

-Giordano Bruno, ¿sois un hombre honesto?

Confieso que la pregunta me hizo sonreír. Parecía una extraña manera de empezar. Respondí con todo el humor que pude.

-Sí, Prior, por lo general lo soy. A veces más, a veces menos. No obstante, creo ser honesto de corazón.

-Os pregunto, entonces, preocupado por vuestro cuerpo enfermo y por vuestra alma turbada, ¿os retractaréis de vuestros errores?

Ya estaba lo suficientemente repuesto como para ser cauto. Esos hombres pasaban el tiempo dividiendo y subdiviendo, buscándole la quinta pata al gato. Formulé mi respuesta con deliberado cuidado.

-En general, Prior, y sinceramente, puedo admitir errores en la escritura y en lo que dije. Pero ateniéndome a lo que estamos hablando: sin un texto, sin la fuerza para argumentar, podría admitir monstruosidades. No haré eso.

-En un tiempo de penitencia -y la penitencia se impondrá, pero se concederá clemencia-, ¿examinaríais en serena calma todos vuestros textos, consultaríais, reflexionaríais y finalmente os retractaríais de cualquier detalle que pudiera aparecer como falso respecto de la Doctrina Apostólica?

-Sí, podría prometer eso, reservándome aún el derecho escolástico del debate.

-Que, dada la buena voluntad del académico, ninguno de nosotros aquí presentes os negaríamos. ¿Estáis todos de acuerdo, Excelencias?

No oí palabras, sólo un susurro como un resuello sobre la mesa. El Patriarca me hizo un gesto con la mano para que me acercara.

-Acercaos al estrado, Hermano.

Cuando me puse de pie, las piernas se me doblaron. El guardia me levantó, me condujo al estrado y me obligó, sin apremiarme, a arrodillarme. Para inclinarme tuve que apoyarme en el borde del escritorio. El Patriarca volvió a dirigirse a mí.

-No hay fórmula. Dirigíos a Dios.

Cerré los ojos y oré a un Dios ausente para que me enviara las palabras. Llegaron despacio y dolorosamente.

-Mi Señor, con toda sinceridad, he revisado mi corazón y mi conciencia. Sé que por mi vida personal he provocado el escándalo y levantado sospechas de tendencias heréticas en mis escritos y discursos. Estoy listo para reformar mi vida, reparar el escándalo, rechazar las herejías. Las he reconsiderado y, si las opiniones erróneas son contrarias a la Fe, abomino muy sinceramente de ellas. Pido humilde perdón a mi Dios y a vosotros, mis hermanos y superiores por mis pecados y errores. Voluntariamente acepto el castigo que determinéis para mí y ruego... ruego...

En ese momento las palabras me abandonaron. Me derrumbé, acurrucándome en el suelo con el rostro enterrado entre las manos, sollozando incontrolablemente. El guardia me ayudó a ponerme de pie y me condujo de vuelta a la silla. Todavía estaba sollozando cuando Taverna, el Nuncio, se puso de pie para desafiar a la asamblea.

-Fue una escena conmovedora, quizás un esperanzado signo de regeneración. Pero Roma no se quedará satisfecha. En esa ciudad y en Nápoles todavía hay cargos pendientes contra este hombre. Además, debo informar a la Iglesia de Venecia y a la República que el Santo Oficio requiere la extradición del Hermano Giordano Bruno para enfrentar un juicio posterior en Roma.

Fui arrancando de mis lágrimas por un estado de gélido terror. Morosini se levantó inmediatamente de pie para protestar.

-¡No podéis hacer eso, Señor Nuncio! Este tribunal ya ha cerrado su caso.

-¡Nada hago, Señor! -era el momento de victoria de Taverna-. Yo soy un servidor y mensajero de Su Santidad, como vos, Señor, bien servís a esta Muy Serena República. No deberíamos reñir. Dejemos que nuestros superiores peleen la batalla, ¿eh? Llegarán a un acuerdo. Ahora, si su Eminencia me lo permite, os deseo buenos días a todos vosotros.

Fue un día de negra desesperación. Nuevamente traicionado, había sido despojado de esperanzas. No tenía voluntad para pelear. Me faltaba energía incluso para hablar. Cuando me llevaron de vuelta a la cárcel, estaba mudo. Tuve que apoyarme en los hombros de mis guardias para llegar a la celda. Cuando me ofrecieron de comer, la comida me dio arcadas. Lo único que pude tragar fue el agua. Al tratar de dormir, me sentí acalambrado y temblé afiebrado. Cuando por fin me dormí, lo hice de a ratos y tuve pesadillas con demonios burlones. Grité pidiendo ayuda, pero ningún sonido salió de mis labios ni llegó ayuda alguna.

Sin embargo, bastante curiosamente, mi condición de preso mejoró. Me mudaron a una celda más amplia y seca, con una pequeña ventana con barrotes, a través de la cual podía ver un retazo de cielo; cada día llegaban a ella dos palomas que descansaban y se arreglaban las plumas en el alféizar. Unos días después de la mudanza, fui llamado a comparecer ante el Gobernador de la prisión. Tenía un mensaje y un consejo para mí.

-Hay algunos nobles caballeros que lamentan mucho el curso que las cosas han tomado para vos. Lamentan que algunas promesas que se os han hecho no hayan sido cumplidas. Están trabajando para impedir vuestra extradición a Roma o, al menos, para diferirla lo máximo posible. Me pidieron que mejorara vuestras condiciones de vida aquí. Como habréis notado, ya he comenzado a cambiarlas.

-Lo he notado, Señor, y estoy agradecido.

-Entonces, seguid mi consejo. Elegid con cuidado vuestra compañía en la cárcel. Cumplid inmediatamente lo que los guardias os ordenen. Y refrenad vuestra lengua. Según todos los informes, en el pasado habéis sido demasiado locuaz para vuestro propio bien.

Luego de esto, se me empezó a levantar el ánimo. No eran sólo las mejores condiciones, sino el hecho de que ahora tenía una tregua clara de los interrogatorios y de la constante amenaza de tortura. En realidad, los venecianos habían terminado conmigo. Mi encuentro con los romanos se había, al menos, aplazado, y mi salud estaba comenzando a mejorar. Seguí el consejo del Gobernador y me relacioné con los prisioneros que menos pudieran comprometerme.

Uno de ellos era un nostromo, el contramaestre de uno de las grandes galeras que comerciaban a lo largo de la costa dálmata, llegando como mucho hasta Chipre. Una noche se emborrachó y armó una riña con la guardia, durante la cual profirió algunas blasfemias, señalando que los musulmanes administraban mejor justicia que los que se nombraban cristianos. La riña le valió una multa, y la blasfemia, un incómodo encuentro con la Inquisición. Le dije que yo también tenía mis propios problemas con el Santo Oficio y que ambos deberíamos mantenernos a una buena milla marina de ese tema. Después de eso, nos hicimos amigos y él me mantuvo entretenido durante horas con historias de su vida viajera.

Él tenía la clara percepción de la realidad política del hombre práctico. El Adriático pertenecía a los venecianos, que no creían en el libre comercio. Desde Venecia, controlaban el norte; desde su fortaleza de Corfú, controlaban la entrada meridional al golfo Adriático. Ellos exigían que toda mercancía que entrara o abandonara el Adriático tenía que pasar primero por Venecia, y lo hacían cumplir por la fuerza. Ningún navío podía navegar hacia Creta, Corfá o las ciudades de Dalmacia sin pagar un tributo que garantizara primero el arribo de sus bienes a los muelles venecianos. Las infracciones se castigaban rápidamente. Las salinas de Trieste fueron arrasadas. Las galeras venecianas asolaban a los barcos transportadores de grano que abastecían a la república mercantil de Ragusa, que era, al mismo tiempo, tributaria de los turcos y protegida por el papado.

Pero, como me informó mi amigo marino, el sistema era "una red llena de agujeros". Los bienes se contrabandeaban todo el tiempo por los ríos, por las rutas terrestres de Dalmacia y por los puertos más pequeños, donde los grandes barcos venecianos no podían entrar. El acero de Trieste se vendía en Italia, la lana y el vino venían de Apulia a Kador, y los corsarios cobraban peaje a todos. Él mismo tuvo que nadar para salvar la vida cuando una galera en la que estaba sirviendo fue atacada por doce galeotas turcas frente a Valora.

Por otro lado, había ganado suficiente dinero como para comprar dos mujeres, unas hermanas del mercado de esclavos de Trieste, las cuales, mientras él hablaba, lo estaban esperando en casa para darle la bienvenida; esperando y, claro, trabajando, manteniendo las camas calientes y la caja del dinero llena hasta que él saliera de su enredo. Su puesto también lo esperaba. Los buenos marinos eran difíciles de hallar y los mercaderes propietarios de su barco ya habían hecho una petición para su pronta liberación.

Cuando le pregunté qué tipo de trabajo hacían sus mujeres, se sonrió mostrándome los dientes y dijo:

-Por supuesto lo que mejor hacen las mujeres; pero ellas trabajan en mi casa, no en las calles. Mis amigos de las galeras son sus mejores clientes y mantienen alejados a los buscapleitos. Tengo que pagar tributo a la guardia, desde luego. En la Serenissima todo paga impuestos; pero el sistema funcionaba bastante bien para mí hasta que abrí esta bocaza mía y dije que el Islam era una religión mucho más fácil de manejar que el cristianismo. ¿No estáis de acuerdo conmigo?

Me había advertido que me mantuviera al margen, así que simplemente sonreí y murmuré una banalidad: i gusti son gusti, sobre gustos no hay nada escrito. Eso también podía ser traducido fácilmente como herejía, pero yo podría haber dicho mucho más: que no se enseña a un hombre a amar a Dios estirándolo en el potro; que no se justifica el potro diciendo a la víctima que también Cristo sufrió azotes y crucifixión.

¿Por qué recuerdo ese momento lejano en lo que seguramente será mi testimonio final? Por una cosa: me proporciona el mismo placer que gozaba en mi juventud intercambiando historias con un compañero de clase sentados debajo de un roble. Por otra parte, me ayuda a quitar de mi mente la confusión que he acumulado a través de los años: las mitologías elaboradas, las rechinantes convenciones literarias, los vocabularios de los teólogos y de los filósofos.

¡Estoy tan cansado de todo eso! Si Dios finalmente nos habla, lo hará en nuestra lengua materna. ¿Cuántos conocemos otra? Si finalmente se muestra, lo hará en las maravillas de cada día: en el batir de las alas de un pájaro, en un pimpollo que se abre, en el rostro de un

niño que duerme. No es difícil creer en la resurrección cuando, a partir de la "pequeña muerte" del acto del amor, nace un niño, y cuando al mismo niño se lo alimenta con el grano que crece desde la boca de los muertos olvidados.

En cuanto al resto, ¿qué es? ¡Bah! ¡Charla mutilada, gestos carentes de sentido para distraer al público y hacerle creer en los trucos de los prestidigitadores! Ése es uno de los cargos por los cuales me van a matar. Dicen que dije que los milagros de Cristo eran trucos de mago. De hecho, dije algo bastante distinto: "Jesús no tenía necesidad de trucos de prestidigitador. Él mismo era el mensaje y el milagro. Aquellos que registraron su vida sintieron la necesidad de embellecerla con maravillas. Estaban equivocados".

¿Qué importa esto ahora? Cuando esté muerto, la mentira se convertirá en leyenda para justificar la injusticia. La cháchara continuará. Los charlatanes harán su magia en las plazas en los días de mercado. El verdadero milagro continuará a diario, inadvertido, excepto por los pocos que poseen la gracia para verlo y por los muchos que, como yo, lo ven, lo aprecian, pero deben abandonar demasiado pronto su gozo.

Un pensamiento a la hora de dormir. Mañana voy a ser afeitado y bañado. No habrá tiempo para escribir; con las idas y venidas de gente, el riesgo de que me descubran será demasiado grande. Rezo para que el agua del baño esté caliente.

4 de enero

Mi baño y la visita de mi barbero fueron aplazados hasta mañana, la víspera de la Epifanía. Esto es lo que hacen contigo en la cárcel: engañarte con pequeñas esperanzas; entonces, cuando estiras la mano para tomarlas, te las arrebatan. Es una mezquina crueldad más para recordar al oso bailarín que su amo sostiene la cuerda que causa el dolor. No hay remedio para eso, excepto fingir indiferencia, lo cual, para este engaño, no resulta muy difícil. Sé que tendrán que dejarme presentable para la visita del Superior General y tengo un día libre para continuar esta crónica.

En los últimos meses de mi estadía en prisión en Venecia, no tenía una idea clara de lo que estaba ocurriendo afuera. Sabía que los romanos me habían reclamado y que los venecianos resistían el pedido por ser una afrenta a su soberanía. Yo era sencillamente el volano, el juguete en su juego político. El papa Clemente VIII, Ippolito Aldobrandini, ya llevaba casi un año en el trono, pero era un negociador obstinado y formidable, al que era mejor tener como amigo que como enemigo.

Por lo tanto, por voto mayoritario del Senado, en enero de 1593, los venecianos decidieron entregarme al Santo Oficio de Roma. Me llevaron a un barco que me transportó hasta el puerto adriático de Ancona. Desde allí, fui llevado por tierra a través de los Apeninos.

Abandoné la cárcel en grilletes, pero mientras estuve en el barco me los sacaron, y tampoco los tenía cuando viajé por tierra a Roma. El viaje en invierno a través de los Apeninos fue largo y duro. Pasamos mucho tiempo sacando de los pantanos y empujando nuestro pesado vehículo en los ventisqueros. Mis guardias eran bastante sociables. A lo largo del camino, compartimos abrigo, comida, vino y chismes en las posadas. Pero una vez que llegamos a Roma, volvieron a ponerme los grilletes y me entregaron al Gobernador de la cárcel de la Santa Inquisición.

Él me dio una fría bienvenida y me leyó las reglas de conducta de los detenidos decretadas por el Santo Oficio: ninguna conversación, de día o de noche, entre celdas; nada para leer que no tenga directa relación con el juicio de cada uno; ningún intercambio de mensajes o cartas; privación tanto de medicinas como de ayuda legal; si el prisionero no

Librodot

coopera, por cada infracción a la disciplina, el Gobernador puede ordenar castigo a discreción, específicamente torturas. También, éstas pueden ser infligidas por sentencia del Tribunal si el prisionero se niega a contestar con completa franqueza todas las preguntas que se le hagan, incluso aquellas que podrían revelar nuevas faltas o inculpar a otros. Cada mes, se presentaría al Tribunal una lista de los prisioneros y el progreso de las causas contra ellos.

Después de esa oración de bienvenida, fui llevado a los empellones a una celda oscura y lúgubre, en algún lugar de las entrañas del edificio. A través de los años, llegué a saber que ese edificio una vez había sido el palacio de un cierto cardenal Pucci, que se encuentra cerca de San Pedro y justo al lado de los cuarteles de la caballería. En la fachada superior estaban las oficinas de la Inquisición. En la parte inferior, los establos y los sótanos; las bodegas subterráneas habían sido convertidas en celdas. Por lo que a los prisioneros nos concernía, podríamos haber sido cavernícolas en la luna. Sé que mi primera celda estaba debajo del nivel del Tíber; la humedad corría por las paredes.

No obstante, como yo era un incurable optimista -¡más bien, incurable fabulador!- me dije que ahora vivía en el propio reino del Papa y que, tarde o temprano, sería capaz de apelar directamente ante él. Ése, creía, era mi derecho, de facto y de jure. Si toda otra justicia fallaba, a quién otro me volvería sino al sucesor de Pedro, investido por Cristo con la plenitud del poder: atar, desatar, hacer y deshacer cosas, sacar a las almas perdidas de los caminos desviados y conducirlas a la salvación.

Sabía, desde luego, que antes de que pudiera llegar al Pontífice, tendría que pasar nuevamente por entre las piedras de molino de la Inquisición. El proceso romano sería más largo que el veneciano. Había mucho más que cubrir, muchos más testimonios que tomar. No obstante, creía que, si podía resistir lo suficiente ante el Tribunal y permanecer fuera de las manos de los torturadores, un día estaría en presencia del Vicario de Cristo y recibiría tanto su absolución de la censura como su afirmación personal de mi ortodoxia.

Ahora, mi sueño se ha convertido en un fruto del mar Muerto; polvo y cenizas en mi boca. Mis apelaciones llegaron al Papa. Él se negó a leerlas. Queda un pequeño vestigio, como la última hoja otoñal, sacudiéndose en el viento del invierno.

En el día de la Epifanía, que celebra la llegada de los Magos para visitar al niño Jesús, el Superior General de mi Orden vendrá a visitarme en privado. Su posición con respecto a mí es inequívoca. Huí de la jurisdicción de la Orden; pero todavía estoy sujeto a ella. En muchas ocasiones pedí que se me liberara de los votos, por lo que podría volver a entrar a la vida familiar de la Iglesia como un simple sacerdote. Tal liberación debe ser otorgada judicialmente por el Santo Padre, pero normalmente sería aprobada sin inconveniente por insistencia del Superior General. Él se ha negado a despachar mi petición. Todavía me reclama como miembro de la Orden. Por lo tanto, por más pródigo que sea, todavía soy un hijo de la casa. Tengo reclamos tanto sobre la caridad de la familia como sobre la justicia natural.

El Superior General es un hombre muy inteligente. Conoce ese argumento tan bien como yo; pero está atrapado en otra trampa. Las antiguas y grandes órdenes religiosas como las de los Predicadores y los Franciscanos son, de hecho, las legiones del Pontífice. Son móviles, pueden ser enviadas a cualquier lugar del mundo. La Santa Sede es directamente responsable por ellas, y no los obispos locales. Son las tropas de choque de una Iglesia imperial y, así como son respetadas, también son temidas por las autoridades provinciales, cuyo poder limitan o restringen.

Los líderes de esas órdenes religiosas, los comandantes de las legiones, son, por lo tanto, hombres poderosos; pero su poder también es limitado porque son elegidos por votación de los miembros de la orden por un tiempo limitado y están obligados, en todo caso, a obedecer a la Santa Sede. En el caso de los Predicadores, sus obligaciones han incluido durante siglos el control de la Inquisición.

Por consiguiente, mi problema se define muy fácilmente. Si el Superior General acepta interceder por mí ante el Papa, tengo una oportunidad. Si no lo hace, estoy perdido.

Por eso es tan importante este sencillo asunto del baño y de la afeitada. No quiero presentarme a mi padre espiritual como un granuja salido del arroyo al lado del camino. Preciso su respeto más que su piedad. Quiero que me recomiende a Su Santidad como un escolástico de fuste, abierto al consejo sabio y a la corrección. No quiero ser despachado con desprecio a una dudosa eternidad.

No en vano en todas las ceremonias de excomunión la palabra "degradar" se repite varias veces y se designa a un clérigo de alto rango, a quien pagan dos escudos como honorarios, para llevar a cabo el acto de degradación.

Hoy no puedo escribir más. La meditación sobre mi estado lamentable me ha reducido a una melancolía tan profunda que contemplo abrirme la muñeca como Petronius Arbiter y caer silenciosamente en el olvido. Sin embargo, a diferencia de Petronius, no tendré ni el sonido de la música ni la amable conversación de los amigos. Todavía tengo tiempo para elegir un mejor -momento; además, quién sabe a qué pesadillas podría despertar.

Epílogo

Bruno tenía entonces cincuenta y dos años. Aunque su cuerpo había sido torturado y debilitado por los largos y penosos años de cárcel, se mantenía obstinadamente en su determinación. Sabía íntimamente que él no le había dado la espalda a Dios; seguía creyendo que lo que él cuestionaba no se oponía a Dios, sino sólo a algunos de los dogmas. Los repetidos pedidos de que se le diera la oportunidad de explicar sus creencias y filosofía encontraron constantes negativas. La frustración de Bruno aumentó cuando se le negó la oportunidad de presentar sus puntos de vista ante los Inquisidores papales.

El 20 de enero de 1600, Bruno fue nuevamente llevado ante los Inquisidores, esta vez en presencia del papa Clemente VIII. Todos sus peticiones previas al Papa no habían tenido éxito; Clemente sencillamente se había negado a leerlas o a considerarlas. No hay duda de que el Papa ordenó que se completara el juicio y que se pronunciara sentencia. Antes, ya habían prometido a Bruno la libertad si él se retractaba y había sido traicionado. Por lo tanto, finalmente aceptó la futilidad de ese recurso. Advirtió que sus preguntas y observaciones amenazaban a la Inquisición y a la Iglesia, y que ningún hombre estaría dispuesto a considerar sus explicaciones. La realidad y la brutalidad de su elección eran claras. Se negó a retractarse. Eligió seguir la opción del disenso; eso le costó la vida. La herejía se castigaba con la muerte por fuego en la hoguera.

El 9 de febrero, el Notario de la Inquisición, Flaminio Adriano, leyó la sentencia ante Bruno y la asamblea reunida. Después de mencionar los principales acontecimientos de la vida de Bruno y de enumerar las ocho declaraciones heréticas, la sentencia se leyó como sigue:

> Después de invocar el nombre de nuestro Señor Jesucristo y de su muy Gloriosa Madre María siempre Virgen, en la causa de las causas antes mencionadas traídas ante este Santo Oficio entre, por un lado, el Procurador Fiscal del mencionado Santo Oficio y, por otro, vos mismo, el antes mencionado Giordano Bruno, el acusado, interrogado, llevado a juicio y encontrado culpable, impenitente, obstinado y pertinaz; en esta, nuestra sentencia, determinada por el consejo y la opinión de nuestros consejeros, los Reverendos Padres,

Maestros en Teología Sagrada y Doctores en ambas leyes, nosotros por este acto, en estos documentos, publicamos, anunciamos, pronunciamos, sentenciamos y declaramos, Hermano Giordano Bruno, que sois un hereje impenitente; por consiguiente que habéis incurrido en todas las censuras eclesiásticas y en los castigos del Santo Canon, las leyes y las constituciones, tanto en lo general como en lo particular, impuestas a los herejes confesos impenitentes, pertinaces y obstinados, por lo cual verbalmente os degradamos y declaramos que debéis ser degradado.

Nosotros por este acto ordenamos y mandamos que seáis efectivamente degradado de todas vuestras órdenes eclesiásticas, tanto mayores como menores, en las que habéis sido ordenado de acuerdo con la Ley Canónica Sagrada, y que seáis expulsado. Y os expulsamos de nuestro foro eclesiástico y de nuestra Santa e Inmaculada Iglesia de cuya misericordia os habéis hecho indigno.

Y ordenamos y mandamos que seáis entregado a la Corte Secular, que seáis castigado con el castigo merecido, aunque imploramos fervientemente para que se mitigue el rigor de las leyes en lo que respecta al sufrimiento de vuestra persona, para que no estéis en peligro de muerte o de mutilación de vuestros miembros.

Además, condenamos, reprobamos y prohibimos todos vuestros dichos y el resto de vuestros otros libros y escritos por heréticos y erróneos, por contener muchas herejías y errores. Ordenamos que todos aquellos que han llegado, o que en el futuro puedan llegar, a las manos del Santo Oficio sean públicamente destruidos y quemados ante los escalones de la plaza de San Pedro, y que sean puestos en el Index de Libros Prohibidos.

Y así como lo hemos ordenado, deberá ser hecho.

Y de este modo decimos, pronunciamos, sentenciamos, declaramos, degradamos, mandamos y ordenamos, esperamos y expresamos, y por cierto imploramos, y en todo otro medio o manera mejores, que razonablemente podamos y debamos.

Así nos pronunciamos nosotros, los Inquisidores del Cardenal General, cuyos nombres suscriben este documento.

Bruno oyó la sentencia, miró a los Inquisidores y respondió: "En este momento, señores, quizá vuestro temor al sentenciarme sea mayor que el mío al recibir la sentencia".

Ese día fue degradado, entregado al gobernador de Roma y encarcelado en la torre Nona, una de las cárceles senatoriales situada en la orilla izquierda del Tíber, no lejos del Ponte Sisto y de Mole Adriane. Era la prisión que albergaba a los criminales más peligrosos de Roma.

Es interesante observar que uno de los hombres que firmó el documento de la condena de Bruno fue el cardenal Roberto Bellarmino, conocido por sus contemporáneos como el más bondadoso de los hombres, aunque participó tanto en el juicio de Bruno como en el de Galileo. Bellarmino fue canonizado en 1930. A Bruno se le dieron ocho días más para arrepentirse, pero siguió obstinado en su determinación. El 17 de febrero de 1600, una delegación de monjes y de sacerdotes de Sant'Orsola llegó a la torre Nona a las seis de la mañana. Nuevamente pidieron a Bruno que se retractara; él volvió a negarse. Bruno, entonces, fue desvestido hasta la cintura, cubierto con otra vestimenta, con llamas pintadas y conducido al lugar de su ejecución en el Campo del Fiori. Allí fue desvestido y atado

Librodot

desnudo a un poste donde fue quemado vivo. Durante la ceremonia los monjes cantaron letanías.

Hay informes contradictorios sobre los momentos finales de Bruno. Algunos señalan que fue amordazado para impedir que dijera más herejías. De acuerdo con un testigo casual, se dio a entender que Bruno había dicho que moría como mártir y de manera voluntaria, y que con tanto humo su alma seguramente iría al cielo. De acuerdo con otro, él "maldecía y no quiso oír a nadie". Kaspar Shoppe, de Breslau, un contemporáneo de Bruno que estuvo presente en su sentencia y en su ejecución, registra la escena de su muerte de este modo: "Cuando se le presentó una imagen de Cristo, retrocedió y la rechazó con una mirada airada".

Quizá Bruno haya escrito involuntariamente su propio epitafio en De Monade, una de sus obras latinas, publicada en Frankfurt en junio de 1590. Sus escritos a menudo se caracterizaban por la imaginería mitológica y el uso de seudónimos. En De Monade, uno de los personajes es el gallo; Bruno puso en su boca las siguientes palabras:

> Mucho he luchado; pensé que podía ganar, pero el destino y la naturaleza sofocaron mis meditaciones y esfuerzos. Pero ya es algo estar en el campo de batalla, porque ganar depende mucho de la suerte. Pero hice cuanto pude y no creo que nadie en las generaciones futuras lo niegue. No temí a la muerte, nunca me rendí a nadie; en lugar de una vida de cobarde, elegí una muerte valiente.

***

El 9 de junio de 1889, en el lugar del Campo del Fiori donde Bruno murió, representantes de la facultad y estudiantes de la universidad de Roma descubrieron una estatua de Bruno, obra del escultor Ettore Ferrari. Para conmemorar el acontecimiento se acuñó una medalla; su inscripción reza:

A Giordano Bruno; el siglo que él anticipó. En Roma, don de fue quemado en la pira.

Librodot